

VIDA DE LA REVERENDA MADRE  
MARIA TERESA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD AYCINENA Y PIÑOL  
Carmelita Descalza, que ella misma escribió por mandato de su Confesor,  
el Reverendo Padre Fray Anselmo Ortiz  
PRIMER CUADERNILLO

CAPITULO 1.

1. Con pura intención y sencilla obediencia le escribo a Vuestra Paternidad mi Padre Fray Anselmo las misericordias que mi alma ha recibido por la bondad de Dios, y deseo sea todo para gloria y alabanza de su Divina Majestad y de mi Señora la Virgen María por cuyo medio he sido inundada en estas misericordias desde el punto en que fui creada hasta el día de hoy. Deseo también darle a Vuestra Paternidad en esto gran consuelo y que mi alma por este medio se encienda más y más en el amor de su Dios, amén, amén, amén.

2. Confieso a Vuestra Paternidad que me anego y pierdo pie en la consideración de aquesta bondad de Dios para conmigo; su Majestad ha sido el del empeño para que esta alma consiga su salvación eterna; toda mi vida me ha cercado de beneficios y misericordias, y yo ingrata empeñada en corresponderle con ofensas y tibiezas y no cumpliendo como debo lo que le tengo prometido.

3. Este Dios bueno, este Dios rico en misericordias, me dio a mi padres santos y virtuosos, que no omitieron nada para que yo lo fuera desde mis primeros años. Mi Padre me quería en extremo y yo me admiraba de esto, porque no hallaba en mí cosa apreciable; siempre que me llamaba era diciéndome, hija mía, mi María Teresa, y quería fuera yo muy devota de la Reina de los Ángeles. Por las tardes era yo su lectora, y en cuanto me era posible le servía, y aunque estaba pequeña lo hacía con todo amor, particularmente en su última enfermedad, en la cual me dio raros ejemplos de sus heroicas virtudes: la caridad, humildad y paciencia que siempre le vi ejercitar quedaron grabadas en mi alma, y su ejemplar vida y santa muerte jamás se olvidará en mi memoria.

4. Madre, desde que amaneció en mí el uso de la razón, me enseñó la doctrina cristiana, y me la explicaba con mucha claridad, y una oración que dice así: "Dios mío, amor mío y dueño mío, por ser vos quien sois guardad este mi corazón que no se incline a maldad alguna, mas tenedlo siempre en vos, por los méritos de Cristo mi Señor amén". Todas las noches nos hacía rezar el rosario con mucha devoción: se leía un poco y después como media hora de oración, en la Iglesia no me sentaba sino era con su licencia, teniendo necesidad, ni alzar los ojos sino era para la Misa, ni mirar en la calle. Jamás quiso Madre que tuviera amigas, siempre estuve sola, ni quería mandarme a ninguna parte porque deseaba que mi corazón se mantuviera en la inocencia hasta que el señor dispusiera de mí.

5. Mis hermanos grandes eran mis segundos padres, y como les gustaba el conversar conmigo me llamaban y me instruían con su santa conversación, y buenos consejos, siendo

Tata Chente y Tata Pepe mucha parte para que yo abrazara el estado en que, por la bondad de Dios, me hallo. Mis hermanas también buenas, aunque fue con las que menos traté por no estar ellas en casa, no obstante que procuraban con Madre fuera yo a sus casas; por temor de las visitas no quería Madre.

Mis hermanos pequeños lo mismo, buenos: Miguel José me daba ejemplo con su fervor y penitencia; Juan Fermín, con su obediencia; Mariano, con su silencio; Ignacio, con su temor de Dios; y José María con el sufrimiento en sus enfermedades, sola yo he sido la mala, y puedo decir, la más favorecida de Dios.

6. La víspera que yo naciera enviaron las monjas a mi Santa Madre a casa, vestida de sayal, y al siguiente día me sacó al mundo a las seis de la mañana, en esa misma noche me bautizaron y confirmaron, poniéndome María Teresa de Jesús Anastasia Cayetana. Ni una noche estuve en pecado. La primera mantilla en que me envolvieron fue de sayal pardo como el hábito que ahora visto, la sortija y relicario en figura de corazón que me regaló mi Señor Padrino, me parece como señal que desde entonces me tomó el buen Jesús para su Esposa, queriendo que mi corazón fuera todo suyo. De nueve meses me trajeron con licencia para que entrara en este Convento, y como llorase de ver a las monjas me llevaron en donde estaba un hermoso Niño Jesús y hasta que le cogí la mano me consolé, las Religiosas que vieron esto se alegraron, creyendo sería yo con el tiempo monja.

7. Estando de edad como de 3 años comencé a conocer a Dios y aborrecer el pecado. Su Majestad desde entonces fijó en mi corazón el clavo de su santo temor y la memoria de la eternidad ha sido siempre la guía que encaminó mis pasos hasta conducirme en el puerto seguro de la Religión. Desde tan pequeña a todas horas de día y de noche no perdía la presencia de Dios, pero ya no sentía en mi corazón su amor, solo temor muy grande de sus juicios y de que mi alma se perdiera eternamente.

8. Como de 4 años me llevó Madre al colegio. Me pusieron con una Maestra sola para que no estuviera junta con las otras niñas, yo sentía mucho no jugar con ellas; pero ahora me alegro. Desde ese tiempo me acostumbré al silencio y a la soledad y a vivir como en Religión. Los días los empleaba de este modo: luego que me llamaban me levantaba, rezaba mis devociones, oía Misa en el Oratorio de casa, ofrecía a Dios todas las acciones del día y a la Virgen Santísima, a quien amaba tiernamente, con su bendición y la de mis Padres me llevaban a la escuela, aunque tenía repugnancia no lo mostraba. Con la bendición de la Maestra comenzaba a leer y coser, todo mi consuelo era la Madre de misericordia, le suplicaba me diese luz para la doctrina y lo demás, siempre aborrecí la mentira, y deseaba siempre andar en verdad delante de Dios y de las criaturas. Jamás conocía la pereza, hasta la hora de comer dejaba el oficio, y siempre he deseado ganar el sustento con el trabajo de mis manos. Lo que tomaba era un pedazo de carne y la mitad de un pan francés y agua, lo demás lo daba a la Maestra y con su licencia a otras dos señoras pobres y enfermas, con esto quedaba muy contenta. A las dos de la tarde rezaba

vísperas y completas del oficio parvo hincada con todas en el Coro, y sentía en mi alma una presencia muy viva del Señor Sacramentado deseando acompañar a los Ángeles en la reverencia con que yo los consideraba rodeados del altar y envidiaba a las almas religiosas que tenían la felicidad de haberse ofrecido con los votos a su Divino Esposo, reconociéndome yo indigna de conseguir esta misericordia. Todas, grandes y pequeñas me tenían singular amor y las de mi edad se compadecían de mí de verme tan sujeta en la celda. Después de vísperas seguía en el trabajo hasta las cinco de la tarde que tocaban a martines: yo iba muy contenta: sería también por alzar la costura; pero en las lecciones de la Virgen sentía particular consuelo, no obstante que nada de latín entendía: el rato de descanso los pasaba yo recreándome con mirar un cuadro en donde esta Nuestra Señora muy niña y hermosa con dos Ángeles barriendo: desde entonces tuve delante la humildad de la Virgen para ejercitarme en los oficios más bajos y humildes por amor de Dios, y por imitar en algo a esta Divina Reina. Los años que estuve en casa de mi Abuela tenía más proporción de esto, me levantaba muy de mañana, a las dos o tres, para barrer el patio y fregaba la plata, me ayudaban a llevar un trozo a la pila para alcanzar y en la cocina molía y partía las cebollas. Nunca dije no a lo que me mandaban. Una de mis tías iba a entrar en La Concepción y se ejercitaba mucho en la humildad y demás virtudes y quería que yo la siguiera y que no tuviera otro Esposo que a Jesucristo. Me dio un libro muy precioso de las excelencias de la virginidad, que fue mucha parte para que siguieran mis buenos propósitos. La primera pesadumbre grande que tuve fue el separarme de ella cuando entró en la Religión, era una paloma en la mansedumbre y por eso la quería yo tanto. Padeció mucho y le concedió la Virgen una santa muerte.

## CAPITULO 2

1. Seguí de esta manera hasta la edad de siete años que comencé a confesarme con Tata Toyo, como un año estuve confesándome sin comulgar, con ansias y deseos de ser admitida a esta Divina mesa. Como yo tenía un genio tan corto, a todos les tenía vergüenza y miedo y a Tata Toyo mucho respeto. Jueves y domingo me confesaba; pero jamás le decía las luces con que la bondad Divina alumbraba mi alma, ni los deseos y hambre que tenía de recibir el pan de los Ángeles, ni el desprecio que sentía en mí para todo lo terreno, ni la presencia de Dios tan continua y deseos de estar siempre en su Divina gracia. Nada, nada le decía más que mis pecados, ponderándoselos mucho para quedar segura y aunque su merced me decía, que, así como no se puede quitar tampoco no se puede añadir, a mí no me afligía el exagerarlos por el temor de hacer mala confesión. El amor de Dios estaba en mí, pero escondido, no sintiendo en mi espíritu más que aflicción y temor de su Justicia. A las almas del purgatorio les tenía mucho miedo, pero hacía cuanto podía por ellas.

2. Como de 5 años me dio una enfermedad grande, y Madre le ofreció a Nuestra Señora echarme el hábito del Carmen y luego sané. Me quedaron dolores de cabeza muy grandes, y vómitos que padecí hasta los quince años, nunca me quejaba, llegaba de la

escuela y como me veía Madre tan desfigurada, me acostaba en su cama, y la calentura que me ponía imposibilitada de andar. Los viernes me daba esto por lo regular y aunque decían era del ayuno, no dejaba yo de hacerlo por el deseo que tenía de hacer y padecer en honra de la pasión de Jesucristo, y los sábados ayunaba en honor a María Santísima: los domingos que los deseaba yo para jugar con mis hermanitos los pasaba en cama, y me afligía en extremo de verme tan enferma en los primeros años de mi vida, temiendo que la enfermedad me sería de estorbo para ser monja.

3. Por este tiempo en las madrugadas (me) quedaba, una noche como a las doce y media me levanté muy en silencio pensando era más tarde y queriendo salir por la puerta del cuarto vi a la tercera pieza en las tinieblas de la noche un cuerpo vestido de blanco, como color de nube se asomó y se quedó enfrente de mí. Cada vez que me acuerdo de esto me da un temblor y horror muy grande, y ahora que se lo escribo a Vuestra Paternidad lo mismo. Esto no fue una vez, sino como cinco en la misma noche. Como le vi me fui a la cama, con un frío como de muerte. (La) segunda vez me levanté muy quedito y me puse en la puerta, ya no había nada y al poco rato fue saliendo lo mismo, quedando enfrente de mí. Volví luego a la cama con mucho horror y miedo, no se cómo tuve tanto valor entonces, que sería yo de siete u ocho años. (La) tercera vez lo mismo, hasta la última que fue tanto el miedo, que no tenía ya valor para ver aquello. Si fuera criatura de esta vida, no podía sentir que yo me levantaba porque era a la tercera pieza. Al poco rato se llegó a la puerta en donde yo me paraba y le dio tal golpe que cerró la mitad, y la que estaba conmigo despertó, diciéndome Jesús, Ave María. Yo quedé como muerta del susto, luego dio la una y me dio más miedo. Como a las dos de la mañana me levanté porque no podía dormir, y hallé la puerta media cerrada del golpe. Pasé por el mismo lugar en donde se paraba el bulto y ya no había nada, no sé si sería el alma de un matado que oí decir los días antes.

4. De edad de 8 años comulgué la primera vez, y era tanta el ansia que tenía de recibir a Jesucristo que a la una me levanté para estar dispuesta. Esa mañana me dio un desmayo en la Iglesia; pero yo muy contenta de haber comulgado, aunque estuviera enferma. Deseaba mucho poder ser mártir como Santa Inés y otras Santas a quienes les tengo particular amor, y de no conseguir esto, ser ermitaña como Santa Rosalía, sepultándome para siempre de la vista de las criaturas para hacer una vida de Ángel y muy austera por amor del Celestial Esposo. Siempre, siempre se ha inclinado mi corazón al amor de la soledad y al retiro de criaturas. Por la misma sensibilidad de mi corazón deseaba cortar para siempre los afectos de la carne y sangre que temía yo me estorbaran la perfecta unión con mi Creador. ¡Oh Dios mío si en ese tiempo tuviera a mi Padre Fray Anselmo cómo hubiera dado alas a mi corazón para volar y descansar en tí, y conocer siempre al olor de tus unguentos buscándote a todas horas como cierva herida y sedienta de tu amor: ahora señor que ya le tengo y es mi Padre te doy infinitas gracias

por que me lo diste y te suplico humildemente por los dolores de la Virgen me lo guardes abrazado en tu amor para consuelo de mi alma hasta que la entregue en tus manos, amén!

5. Como entré en más edad me llevó Madre a casa para que comenzara a escribir. Sólo sentí dejar a Juan que era mi compañero, pero me alegré por estar con Miguel, a quien yo quería en extremo. Crecieron las ocupaciones, pero sin dejar de ir a la escuela, sólo que mandaban temprano por mí para que hiciera la plana, cuentas y lección de gramática. Toda mi vida ha sido una continua ocupación ajustada con enfermedades y aflicción en mi Espíritu, creyendo siempre estar en desgracia de Dios, no obstante que procuraba disponerme con todo fervor para las confesiones y comuniones, haciendo muchos actos de Fe, Esperanza y Caridad. En todos consideraba yo sus almas hermoeadas con la divina gracia; sola mi alma era para mí denegrada con las culpas que me parecía cometer con plena deliberación, siendo así que ni estaba en estado de discernir lo que era pecado mortal o venial. Esta amargura de mi espíritu me hacía estar siempre en el propio conocimiento de mi miseria, teniéndome por el gusano mas vil de la tierra; por eso jamás quise mandar a nadie ni que me sirvieran, si no era en lo que de total no podía yo estorbar, ni nunca acusé a las muchachas ni les di malas noches, sufriendo los dolores de cara y sed muy grande en las calenturas hasta que amanecía por amor de Dios, conociendo desde entonces que el mejor remedio para los males es la paciencia hasta que su Majestad da el alivio. Recibí del Padre de las misericordias un corazón compasivo para con todos, deseando hacerles bien en lo espiritual y temporal en cuanto podía. Jamás pude oír ni ver crueldades con las criaturas ni con nadie porque se me atormentaba el corazón, y de mejor gana tomara yo los castigos de mis prójimos porque ellos no padecieran. A la murmuración aborrecía de muerte, y quisiera persuadir a todos que nunca tengan esta mala costumbre porque desagrada mucho a Dios. Jamás he sido curiosa de ver, ni oír, ni saber nada, porque su Majestad me ponía delante todas las cosas de la vida como un río veloz que pasa y no queda mas que la cuenta estrecha que nos guarda y el premio o castigo eterno.

### CAPITULO 3

Desprecio de vanidad.

1. Me admiraba yo cómo las personas grandes hacían aprecio de alhajas y de las galas y estando yo tan pequeña eran para mí aflicción de espíritu y basura que me estorbaba caminar a la perfección. La presencia de Dios continua y la memoria de la eternidad no pensaba yo era cosa particular en mí, sino que era común a todos; y este mi asombro, considerando cómo podían las criaturas tener gusto en los contentos y diversiones del mundo; siendo para mí todo insípido y desabrido. Los únicos días que pasaba contenta era en los que me confesaba y comulgaba, creyendo tener en mi alma la joya preciosa de la Divina gracia, hasta ahora conozco este beneficio y misericordia que recibí de la Bondad Divina.

Obediencia y paciencia.

2. Las penitencias que Madre me imponía por algunas faltas las cumplía con exactitud porque Dios me veía y si las quebrantaba temía ofenderlo con la desobediencia, ni porque me pegaran o dieran otros castigos en el colegio no sentía en mí la más leve incomodidad. Una vez que me acusaron, hasta ahora estoy por saber de qué, por no hallar en mi conciencia nada malo ni travesura, me dieron una disciplina tan larga y fuerte que me reventaron los azotes. Después sentí mucho consuelo en mi alma por haber padecido sin culpa. Con nadie me quejé nunca, ni con Madre, y así he seguido con el socorro de la Divina gracia hasta el día de hoy.

Entretenimiento

3. El entretenimiento con mis hermanitos los días de fiesta era decir Misa y predicar y oficiar la mayor en el Coro con el piano, era la Religión de los Miguelinos, porque Miguel lo disponía todo Titular nuestra Señora del Rosario. Prediqué un sermón de esta Divina Reina muy bueno y tuve mucho auditorio, y como les gustó tanto, me lo hicieron repetir varias veces, me vistieron de Dominico, Tata Toyo lo trabajó para que yo lo aprendiera, los que yo hacía no valían nada, me dieron en esta ocasión muy buenas galas. La Comunidad se componía de los niños de Tata Chente y nosotros, hacíamos elección de Provincial, lo que a mí me gustaba ser era sacristán, cocía la ropa de la sacristía y hacía las candelas para las misas y las decíamos de Dominicos. Nos compraban hostias y el vino agua con vinagre, ésta era la diversión los de los días de fiesta y jugar pelota un rato.

CAPITULO 4

1. De edad de diez años me comenzaron muchas tribulaciones en mi espíritu, lloraba sin consuelo pidiéndole al Señor el perdón de mis culpas. En todo lo que hacía hallaba ofensa de Dios; todavía entonces no comprendía en lo que estaba el pecado. Todo era tinieblas para mi corazón, me cansaba de las amarguras que atormentaban mi alma, hacía varias penitencias para aplacar a Dios, a quien me parecía tener enojado. Hacía ejercicios, oración, cilicios, disciplinas, lágrimas, pero nada aliviaba el trabajo interior. A nadie le descubrí mi aflicción, sólo con Dios lloraba amargamente, pidiéndole el remedio de tanta pena, pero no había consuelo. Rendida de esto me dormía como criatura así que me acostaba. Luego que me despertaba por la mañana me daba un brinco el corazón porque empezaba de nuevo la tribulación, bebía también cucharadas de naranja agria, mas nada valía. Llegó a tanto mi desconsuelo que Madre me lo echó de ver, y no obstante de estar con el cuidado de mi Padre que se hallaba en su ultima enfermedad y cercano a la muerte, me llamó una tarde preguntándome con instancia ¿qué me afligía? Yo no le respondía otra cosa que porque tenía ofendido a Dios. Como una hora me estuvo persuadiendo que mi alma estaba en gracia, que si tenía algunas faltas eran veniales, que con agua bendita me las perdonaba el Señor porque su misericordia no tenía limites. Tantos consuelos me dio, pero nada era capaz de serenar mi corazón; se lo dijo Madre a

Tata Toyo y me llamó esa noche sola en una pieza, me preguntó ¿por qué lloraba? le respondí lo mismo. Procuró darme todo consuelo, diciéndome estaba mi alma en gracia de Dios, que no dejara las comuniones. Todo mi empeño en las confesiones lo ponía en decir claramente mis pecados; pero del modo de oración que tenía y de las tribulaciones del espíritu jamás le decía nada. Siguió el trabajo hasta que Dios fue calmando la tormenta. Llegué a aborrecer las campanas de la Catedral porque en esa Iglesia me confesaba y la confesión era para mí un tormento.

2. De once años quedé, cuando Dios se llevó a mi Padre, víspera de la Encarnación. Lo sentí mucho, pero tenía una confianza grande de que luego entró en el gozo de su Señor. Le duró lo recio de la enfermedad como un año, la toleró con mucha paciencia. El día de su muerte recibió al Señor Sacramentado, y acabándole de dar el Santo óleo, entregó el alma en manos de su Creador, teniéndolo Madre en sus brazos.

3. Después de este tiempo seguí todavía en las tinieblas y aflicción de mi espíritu mas no en tanto extremo. Desde entonces hice reflexión que Dios quería de mí que le diera todo consuelo a Madre en su soledad. Así lo procuré con el favor de Dios, y la servía en cuanto me era posible, no dándole disgusto en nada.

Caridad.

A Tata Pepe y hermanitos los cuide desde entonces con amor de Madre, y a Tata Lencho lo mismo, quien me quería en extremo, y yo lo procuraba imitar en sus virtudes. Me ejercité desde entonces en obras de caridad con los pobres, iba con Madre a sus ranchos para llevarles sus limosnas, y el Señor en esas ocasiones regalaba mi alma con particulares luces y consuelos, una vez que llegamos a visitar a una muchacha enferma de muchos años la hallamos en un pajar a ella y a toda su familia. No había más cama que la de la enferma, y eso era como de cañas enfrente de la puerta sin ningún abrigo. No me cansaba yo de verme en aquel espejo, estaba ya en agonía, parecía una santa de hermosa, aunque muy acabada, pero con una serenidad en su rostro que me admiraba y bendecía a Dios, porque es Padre misericordioso para con sus pobres. Otra señora muy pobre, impedida que comía todos los días en casa le servía yo la comida con mucho gusto, y así a muchos otros pobres: le sacaba yo mi ropa a Madre para que diera a los pobres, y quedaba con un gozo en mi corazón muy grande después de la limosna. A las de casa en enfermándose les servía en un todo, y siempre parece que me decían al oído, lo que no quieras para tí no has de querer para tu prójimo. Jamás negué cosa que pidieran, se me acababa el pan que me dejaban para los necesitados y seguía con el dinero del gasto, si tenía las llaves.

4. Conozco que la caridad es lo que más agrada a Dios, y por eso creo han llovido sus misericordias en mi alma; las oraciones de los pobres me alcanzaron grandes bienes de la Bondad Divina. Antes me afligía un poco de tanto dar, y algunas veces sin licencia, pero ahora me alegro, y me parece que Dios gobernaba mi corazón y mis manos.

## CAPITULO 5

### Voto de Castidad.

1. Se me olvidó antes de esto decirle a Vuestra Paternidad que estando yo de nueve años de edad, me encerré en la antesala de casa, porque sentí una inspiración muy fuerte y fervor muy grande en mi espíritu deseando sacrificarme al Señor enteramente; me hincé de rodillas con muchas lágrimas de contrición, delante de una imagen muy linda de Nuestro Padre San José con el Niño Jesús en sus brazos, y tomando a este glorioso Santo por mi Padrino me ofrecí a Dios Nuestro Señor, y a la Santísima Virgen María con voto de perpetua Castidad, con firme propósito de guardarlo hasta la muerte.

2. Quedé después de esto muy contenta y deseos muy grandes de ser Santa. Seguí muy bien todo lo restante del tiempo hasta los trece años de edad que me sacaron del Colegio. Hacía cada año los ejercicios de San Ignacio y recibía en ellos particulares bendiciones del Cielo, creciendo en mí los deseos de amar a Dios con perfección toda la vida. Cada día le decía a Dios con todo el corazón Vias tuas Domine demonstra mihi; et semitas tuas edoce me. Mostradme Señor vuestros caminos y enseñadme vuestros senderos. Me confesaba y comulgaba cada jueves y domingo, disponiéndome lo mejor que podía, con muchos actos de Fe, Esperanza y Caridad. Sentí siempre mucho temor de llegar a recibir el pan de los Ángeles, y solo la obediencia me hacía llegar tan a menudo a esta Divina Mesa.

3. Era muy amiga de leer, hallaba mi alma mucho consuelo con la lección de la Imitación de Cristo, El espíritu de San Francisco de Sales, el Combate Espiritual y las Vidas de los Santos. La Oración todos los días la tenía como hora y media hincada y con toda devoción porque estaba mi alma penetrada del temor de Dios. Meditaba en la Pasión de Jesucristo, o en los Novísimos, la hacía de este modo: Me persignaba poniéndome con viva fe en la presencia de Dios. Luego el acto de contrición, lección composición de lugar, invocaba al Espíritu Santo con su oración a María Santísima, a mi Padre San José y al Santo Ángel de mi guarda, dividía la meditación en los tres puntos que se acostumbra, meditaba uno por uno. Después las reflexiones, afectos y peticiones, concluyendo con un Padre nuestro y Ave María y comunión espiritual, Misa, Rosario y examen todos los días. Hasta la edad de catorce años llevé este modo de vida, cumpliendo con todo lo que se me mandaba. Pasé todos estos años atrás muy enferma, pero con humildad y paciencia. Dios me rodeaba en todo momento de sus misericordias y alumbraba mi alma con luz superior para que no hiciera aprecio de cosa de la vida.

4. Sería yo de doce años cuando quiso Madre que leyera la vida de San Luis Gonzaga. Ésta fue particular misericordia del señor, de nuevo se renovaron en mí los deseos de ser religiosa, y quería muy de veras imitar en todo a este glorioso Santo. Desde entonces le profeso singular amor, y es mi Maestro en la vida escondida en Jesucristo, por lo que goza en el Cielo de mucha gloria. Después leí la vida de San Estanislao Kostka, y le acogí



por mi abogado para que me alcance del Señor y de la Reina de los Ángeles que yo viva y muera de la enfermedad de que él murió. Murió este precioso santo en el suelo, de amor de Dios. Las imágenes de estos amados de Jesús ya difuntos las tuve siempre junto a la cama, y no hubo vez que los mirara que no hicieran algún particular beneficio a mi alma.

5. De diez años, en unas calenturas muy recias que me dieron me echaron el escapulario de mi Padre Santo Domingo, y hasta ahora le tengo. Creció desde entonces en mi corazón grande afecto al Santísimo Rosario, y me parece recibí este favor por intercesión de mi Santo Patriarca, desde entonces le tengo mucha devoción. Padebí en ese tiempo grandes miedos del Demonio, principalmente de noche procuraba este informal enemigo atemorizarme con horrores indecibles; pasaba las noches abrazada con un Niño Jesús que yo tenía para que me librara de aquel tormento, le invocaba continuamente, y también a María Santísima, no dejaba de rezar ni una noche el Santísimo Rosario. Creció tanto la tribulación que una o dos noches desperté a la que estaba conmigo para que me hiciera alguna compañía. Una tarde estaba ya acostada en la cama, no sé si fue de la calentura lo que vi, pero yo estaba despierta, vi al demonio como que se burlaba de mí, y me quería envolver o enredar dentro de una red muy espesa como de nube, y comencé a dar de gritos toda llena de horror y miedo; se levantó Nana-Má, que estaba allí, a cogerme y consolarme, diciéndome que el demonio es un perro amarrado que no nos puede hacer daño sin licencia de Nuestro Señor. Mis Padres estaban en Guatemala entonces, y me duró algún tiempo este trabajo.

## CAPITULO 6

### Vocación religiosa

1. Llegué a los catorce años, y no estaba ya tan enferma, se entibiaron un poco los fervores de mi espíritu; aprendí la solfa y piano, no por mi voluntad, sino por obedecer. Lo que tocaba eran piezas buenas, que al mismo tiempo que me divertían me daban devoción. Poco a poco se me fueron resfriando los deseos de ser Religiosa; a tanto llegó que me afligía de haber hecho el voto de perpetua castidad. Yo le pregunté a Tata Toyo, y me respondió que por haberlo hecho sin su licencia no era válido; pero me parece algo se detuvo en la respuesta. Ello es que, el Dios mío rico en misericordia y esposo eterno de mi alma me tomó la palabra, y no quiso se rompiera el lazo precioso y estrecho de su amor con que me había aprisionado desde mis primeros años.

2. Bendígotte dueño amoroso de mi alma. Bendígotte amor mío, y convido a los Ángeles y a todos los Bienaventurados te den por mí las gracias por los singulares beneficios y misericordias que ha hecho a esta alma redimida con tu sangre.

3. Pensaba yo que, estando Madre tan enferma y sola, no debía dejarla: en mi corazón siempre siempre deseaba la vida religiosa; pero la ignorancia de criatura me hacía renunciar mi consuelo por el consuelo de Madre. Deseaba yo tener otra hermana que ocupara mi lugar para poderme sepultar en los claustros y me tenía por la criatura

más infeliz de hallarme impedida para cumplir mis deseos de ser religiosa. Con nadie consultaba, ni con el confesor; sola yo batallando en mi espíritu. Dios me llamaba y quería para sí, y el demonio empeñado en cogerme para el mundo; aflicción y tinieblas imponderables padecí por tres años. Mucho tiempo quiso un hombre casarse conmigo, y al fin se valió del medio más indigno, me mandó una carta con una criada, y como yo le respondiese que no leía la carta y que no podía darle palabra, volvió a importunarme con recado diciéndome que fuese a consultar cuando fuera a Misa con el Padre que él me mandaba decir, y otras cosas que no me acuerdo.

4. Como se afligió tanto mi corazón con este trabajo tan inesperado me enfermé y estuve en la cama pasando las mayores penas sin saber qué hacer, mi corazón lleno de susto, y tan inocente que no pensaba yo se usaban semejantes cosas en el mundo. Como salía Madre a Misa se me entraba hasta la cama la mujer, rogándome leyese la carta. La temía yo como al demonio, y le cogí un horror al sujeto que me parecía tizón del Infierno. Como quince días duró la necedad, yo a nadie dije nada, sólo a Tata Toyo, quien me decía lo que le había de responder. Sólo en el confesionario podía hablarle a solas, y como su merced vio que no se remediaba el trabajo se lo dijo a Madre, quien llamó a la mujer y le dio su reprensión y le respondió que no. Con esto descansé; pero siempre quedé con temor de los peligros del mundo; estaba entonces de quince años de edad.

5. Desde ese tiempo no me dejó Madre sola hasta que entré en la Religión. Después de algún tiempo quise con otro, y casi me determinaba ya a tomar el estado del matrimonio pensando agradar a Dios en ello; deseaba yo darle en los hijos muchos corazones que lo amaran y fueran santos, porque para lo que yo deseaba amar a Dios me parecía poco mi corazón. Por la bondad de Dios la intención siempre fue buena, jamás me faltó su santo temor, y deseaba en todo, la mayor gloria de Dios y acertar a cumplir su voluntad. Nunca me gustaron las galas pareciéndome lazos del demonio, sólo si, amiga de estar limpia. Esto desde pequeña, y por el aseo exterior consideraba el cuidado que debía tener con la limpieza de mi alma. Aborrecí siempre salir a las ventanas y paseos, no queriendo que nadie ofendiese a Dios por mí. Algunas personas me decían que no parecía criatura, sino anciana porque nada del mundo me gustaba.

6. Otras muchas personas me tenían compasión pensando que Madre me tenía muy sujeta. Es verdad que era así, pero se juntaba en esto que yo lo obedecía con toda voluntad y gusto; conociendo era todo para bien de mi alma. El Padre celestial y Dios de todo consuelo me guardó a Madre para que fuera mi Ángel de la guarda. Confiteor tibi Domine Rex, et colaudabo te Deum Salvatorem meum: confiteor nomini tuo, quoniam adjutor et protector factus es mihi, et liverasti et animam meam et corpus meum a perditione. Daudavit usque ad mortem anima mea Dominum, et vita mea apropinquans erat in inferno deorsum, memorata sunt misericordiae tuae Domine, at tuae operationis tuae quae a saeculo sunt.

7. Quisiera yo Padre mío emplearme siempre en alabanzas del señor, dándole infinitas gracias porque su misericordia libró mi alma de las prisiones del demonio, del mundo y de la carne, y mantuvo mi corazón en la inocencia y sencillez. En todas las cosas de la vida encontraba acíbar (amargura), no hallando en ellas más que vanidad de vanidades y toda vanidad, y mi alma siempre ocupada con el importante negocio de su eterna salvación.

8. De dieciséis años de edad comenzó de nuevo el Esposo Celestial a llamarme con inspiraciones que llegaban a lo más interior del alma; lloraba amargamente las ignorancias del tiempo pasado. Hubiera querido volver a nacer para tejer la tela de mi vida muy de distinto modo, empleándola toda en amar a un Dios, que desde que nací puedo decir puso los ojos en mí, aprisionando mi alma con su divino amor.

9. Con el recuerdo de mis tibiezas y de haber tornado atrás un poco de tiempo se volvió a levantar en mi espíritu, otra tormenta de aflicción que no hallaba consuelo en nada, sólo traspasaba mi alma el temor de los juicios de Dios. Las penitencias que en las confesiones me daban eran para mí indecible trabajo, aunque fueran muy pequeñas, si era dos salves duraba rezarlas como el tiempo de un rosario. Así era todo repetir y repetir hasta que las quijadas se me cansaban, y ni así no quedaba contenta, horas enteras pasaba en el oratorio hincada delante de la Virgen pidiéndole consuelo para mi corazón. Todo lo que hacía o pensaba me parecía pecado mortal, no siendo ni aún venial. Temía mucho que se llegara el día de la confesión, no quedando nunca contenta de haberla hecho bien.

10. Cuando se enfermaba Tata Toyo sentía yo mucho sus males; pero me alegraba que no saliera a confesarme por el miedo que tenía de hacer mala confesión y luego en la primera vez le decía: acúsome Señor que me alegro de que un Padre se enferme, y si esto le callaba me parecía falta de caridad muy grave, y que hacía mala confesión. El pobrecito lo conocía que era su merced, pero lo disimulaba y se compadecía de mí mucho, animándome para que le dijese todo lo que me afligía, aunque fuera contra su merced. Me decía que Dios permitía que los confesores padecieran grandes escrúpulos, tribulaciones y obscuridades para que después dieran luz a sus penitentes y se compadecieran de ellos, que su merced me amaba con entrañas de Padre, y que lo era en lo espiritual y temporal, que conocía el amor particular de Dios para conmigo, que por medio de estas tribulaciones quería su Majestad apartarme enteramente del mundo, y que mi muerte sería en mucha paz y llena de consuelos por la vida amarga que tenía.

11. Me ponía tan fuera de mí en el confesionario que dejaba caer el manto y las trenzas de fuera, una de mis hermanas era la de las vergüenzas. A mí ya no se me daba nada de las criaturas, me levantaba del confesionario bañada en lágrimas de contrición a recibir al Señor Sacramentado poseída mi alma del amor y temor de su Dios.

12. Al principio de estas tribulaciones engañé un poco a Tata Toyo; pero no era esa mi intención, sino por quedar segura le ponderaba yo en extremo mis pecados. Yo le afligí mucho con mi terquedad, y me decía ¿cómo puedo creer que tú quieras ofender a Dios deliberadamente? Imposible me parece, mas yo no volvía atrás de lo que antes había dicho. Su merced me decía: yo no lo creo pero si tú te afianzas en ello qué he de hacer. Me mandaba mucha oración, y que leyese la meditación del juicio, o de la muerte, o de la eternidad de las penas del infierno. Leí tanto esta consideración que la aprendí de memoria, y mi corazón con esto más y más afligido porque todo era temor de Dios lo que había en mí; y no había tales pecados como yo pensaba.

13. De debajo de la tierra parece que me salían las culpas, eran inacabables, las confesiones duraban mucho tiempo, y me quedaba en la misma pena. Si algún amor demasiado (no malo, sino bueno) tenía a alguna criatura, como a un cuñado y a un primo que los quise mucho, me estuve confesar y confesar de eso hasta que se cortó lo demasiado. Bendito sea Dios que escogió mi corazón para que todo fuera de Jesucristo y para Jesucristo. Llegó a tanto la oscuridad y tinieblas de mi alma que no estaba capaz de conocer lo que era pecado de lo que no era nada: hasta en que fuera Tata Toyo a casa hallaba culpa; y así le dije que no fuera. Dejó de ir unos días, y yo con mucha pena y aflicción, porque todo esto lo hacía yo contra mi voluntad. Al poco tiempo le dije que volviera. Todo esto se lo decía en el confesionario, muerta de vergüenza. Me respondió con toda humildad que yo misma le había dicho que no fuera, y por eso se había retirado, pero que seguiría yendo a casa. No sé cómo pudo sufrirme tanta grosería. Antes desde entonces me cobró más amor, y conoció era todo trabajo enviado de Dios a mi alma para purificarla. Cada vez que me acuerdo de lo que le di que padecer me atormento y solo me consuela que ya su alma estará recibiendo el premio eterno por la paciencia con que me sufrió.

14. Madre participó de todos mis trabajos, y aunque yo hacía todo lo posible para estar alegre y contenta delante de todos no podía dejar de llorar cuando apuraba mucho la tribulación. Como mi cama estaba pegada con la de Madre conocía las noches que pasaba y los desconsuelos en que mi alma estaba, no obstante que con todas mis fuerzas procuraba yo que ni un suspiro me saliera, ni jamás decía nada, si no era a fuerza de preguntas; con el amor grande que me tenía me consolaba de todos modos.

Tata Lencho fue otro mi consuelo en esta ocasión y en lo restante de mi vida. Me decía que no temiera porque Dios me amaba y estaba mi alma en su Divina gracia. Me llevó el libro del Padre Rodríguez para que leyese el tratado de la obediencia y sujetase mi juicio a lo que me decían. Así fue, porque luego comencé a obedecer se disiparon las tinieblas de mi espíritu, y se alegró mi alma con su Dios y Salvador, deseando acertar con el estado que mejor conviniera para asegurar la salvación eterna.

Así que el Esposo Celestial me atrajo a sí enteramente por medio de las amarguras de la vida, empezó a llenar mi corazón de la dulzura de su amor. Ya comulgaba yo sin

confesarme y muy a menudo sin tanto temor. En la oración, en la soledad, en la lección y en todo lo bueno hallaba mi alma particular consuelo. Cuando Madre me llevaba al convento de mi Padre Santo Domingo, y salía Vuestra Paternidad a confesar se me iba el corazón por llegar a sus pies, pero no quiso Dios darme este consuelo entonces, hasta que pasara yo otros trabajos porque no era yo digna de tan grande beneficio. Si Vuestra Paternidad salía a predicar era el gozo de mi alma grande, le oía sus sermones hincada, y sus palabras penetraban mi corazón como saetas del amor divino, y me hacían aborrecer más y más el mundo. Si le oía rezar el rosario me encendía más en el amor de la Reina de los Ángeles.

Se ofreció un viaje a Escuintla y me llevaron. Estaba allí Vuestra Paternidad y mi corazón siempre se iba a sus pies, pero aún todavía no era digna de este bien, ni jamás lo seré, sino que la suma bondad de Dios se compadeció de mí, concediéndome a Vuestra Paternidad por mi consuelo, y Padre mío. Bendita sea la caridad de un Dios todo misericordia para mi alma.

Pasaron algunos días sin confesarme, solo comulgaba esperando a tener necesidad de confesarme. Tata Toyo me mandó que me confesara con el Padre Lanuza, yo le tenía amor grande por su santidad, pero le tenía vergüenza. A los pocos días me mandó llamar su Paternidad con Madre y llegué a confesarme, luego conoció que mi alma estaba elegida desde la eternidad para Esposa de Jesucristo y privilegiada de su Majestad con muy singulares beneficios. Me encargó mucho la presencia de Dios y que siempre que me diera licencia, procurara hacer mi oración delante del Santísimo Sacramento, para que este Divino amante encendiera mi corazón en el fuego de su amor y me alumbrara en que religión me convenía entrar. Yo salí del confesionario muy consolada, recibí el pan de los Ángeles ese día y se encendió mi corazón en el amor de su Dios en gran manera. Desde entonces comulgué todos los días hasta que entré en la Religión. Yo no pedía licencia, antes tenía mucho temor de llegarme todos los días a esta Divina Mesa. El Padre me lo mandaba por santa obediencia. Crecieron en mi alma los deseos de sepultarme en la Religión, hallaba todo mi consuelo en la soledad y retiro de las criaturas, me levantaba muy de mañana a prepararme con la Oración para recibir al Esposo. En la oración recibía grandes consolaciones. Alegre y contenta a todas horas por la presencia de Dios continua, que sentía en mi alma, y los Santos Ángeles conocía, me rodeaban haciéndome compañía y de esto no tengo duda, porque con mucha viveza se me representaba viéndolos con los ojos del alma. Seguí de este modo hasta que volvimos a casa. Tata Toyo me mandó lo mismo por santa obediencia que comulgara todos los días. **Bendito sea el que quiso ser mi pan cotidiano para confortar mi flaco espíritu.**

En los días de la novena de mi Padre Santo Domingo en uno de ellos estaba yo en mis acostumbradas peticiones en la **Catedral** delante de Nuestra Señora del Socorro, y de improviso oí una voz interior que me decía: Religiosa te quiere Dios. No sé si fue antes de la comunión o después. Ello es que en el instante se deshicieron las dudas y temores, y

me resolví enteramente a seguir la vocación religiosa, que era a lo que siempre se inclinó mi corazón. Este favor me vino del Cielo por intercesión de María Santísima y de mi Padre Santo Domingo. En este tiempo tenía yo diez y siete años de edad. Luego en ese mismo instante de mi resolución pensé en qué Religión y me pareció escoger el Convento de las Capuchinas por más austero. Se me figuró este santo convento como un camino, el más llano y sin tropiezo alguno para caminar a la perfección y asegurar mi eterna salvación. El ayuno de todo el año, la comida de vigilia siempre, las rejas cada cuatro meses, el no ver a nadie ni ser vista, la confesión común de todas, la descalcez, y llegar a comulgar sin suecos, el rezar el Oficio Divino parada, la suma pobreza que allí guardan que todo es común, el dormir vestida y de cabecera un trozo, los Maitines a la media noche y hasta el no tener hábito propio (que esto último ya lo quitaron) pero nada me era dificultoso, a todo estaba de llano y muy contenta con la esperanza de conseguirlo. Me resolví con todo valor a abrazarme con la cruz de Jesucristo, con deseos grandes de padecer por su amor y de morir a mi misma y a todas las cosas de la vida por vivir a solo Dios. En adelante ya todo fue gozo, paz y alegría en mi alma, esperando con ansias el feliz día en que me había de ofrecer con toda voluntad en sacrificio a mi Jesús amado.

Dejé pasar unos días sin decirle nada a Tata Toyo, hasta afirmarme bien en la vocación Religiosa; como yo vi que no se mudaba el buen propósito, conocí claramente que todo era obra de Dios. Se llegó el día de la confesión y se lo dije a Tata Toyo quien se alegró y consoló mucho, dándole gracias al Todopoderoso por este beneficio que me hacía. Me preguntó dónde quería ser Religiosa, y yo le dije que de las Capuchinas para servir al Señor con perfección, imitando al buen Jesús en su suma pobreza, y también porque en este convento no tenía carne y sangre que era lo que yo más temía. Me respondió que si no quería ser hija de mi Santa Madre, que su regla era de mucha perfección y gran prudencia, que mi complexión era delicada y me enfermaría en las Capuchinas; que las parientas si eran buenas, antes nos ayudaban con buenos ejemplos y consejos para caminar más a prisa a la perfección. Con todo esto que me dijo no pude decirle que sí, hallándome firme en lo primero, y mi corazón me avisaba lo que yo había de padecer aquí interiormente. Bendigo a la providencia de mi Dios a todas horas porque todo lo dispuso para su mayor gloria y bien de mi alma.

Empecé con el favor de Dios a ayunar, no haciendo colación más que con un pedazo de pan para que no conocieran que ayunaba si pedía chocolate, mortificándome en cuanto podía por amor del buen Jesús, quien llenaba mi alma de imponderables gozos. Horas enteras de oración pasaba hincada y con mucho fervor en mi espíritu. El contento y gozo interior que sentía, me quitaba el sueño y el hambre, no deseando mi corazón otra cosa que abrazarme con la cruz de Jesucristo, y sepultarme para siempre en los claustros religiosos. Si oía tocar a Maitines a la media noche se alegraba mi alma con la esperanza de que algún día me había de conceder el señor estar en compañía de los Ángeles y de las monjas para bendecirlo a esas horas con sus divinas alabanzas. Me levantaba descalza a

las tres de la mañana; dormía en las tablas, lavaba la ropa, barría y fregaba y todo me parecía nada por el gran contento que en mí sentía. En mi espíritu y en mi cuerpo me hallaba con toda fortaleza. Seguí así un poco de tiempo creyendo que luego conseguiría mis deseos, pero como Dios tiene sus altos designios para con las almas escogidas suyas, y a mí me destinó para el camino de la cruz, quiso su Majestad enviarle la enfermedad de la muerte a Nana-má, y que esto fuera principio de que yo padeciera cinco años en el espíritu y en el cuerpo. Con el susto grande que llevé porque era la una de la noche cuando le cometió la convulsión me afligió tanto de hallarla en tan recio tormento que me dio un dolor en el pulmón y brazo, y aunque me salió mucha sangre de narices, no se alivió. Yo no dije nada, y en los cinco días que duró en la cama, la asistí y velé hasta la muerte. En su agonía me concedió nuestro Señor particulares luces para conocer que en aquella hora no consuela otra cosa que las obras buenas y haber amado a Dios con toda el alma. Así que expiró, la tendieron en el suelo, y yo me puse junto de su cuerpo para rezar por su alma, el Rosario de María Santísima; y más y más me entraba el desengaño y los deseos crecían en mi corazón de acabar de morir al mundo y vivir a solo Dios.

Yo seguí enferma como dos meses; me dio un temor muy grande de la pregunta que me habían de hacer en el examen si tenía salud, y yo no podía decir que sí, sin faltar a la verdad. Con esto me determiné a decírselo a Madre, y su merced me llevó a casa de Don Manuel Merlo, quien dijo así enferma no podía entrar ni en la Capuchinas, ni en este Convento por el sayal y las demás austeridades; pero haría todo esfuerzo para que yo sanara, porque le parecía muy buena para monja. Comenzaron los remedios unos tras otros, y yo empeñada en hacérmelos para conseguir la salud. Alivios se conseguían, pero no se quitaba el dolor, y mi espíritu cada día más afligido por la dilación del consuelo. Con todo, yo proseguía haciendo vida religiosa en cuanto me era posible, suplicando continuamente a Dios desatase el nudo de la enfermedad para poder entrar en su Santa Casa. Muy de mañana iba a las Capuchinas a Misa y a comulgar, y mi corazón ya estaba adentro, sólo mi cuerpo estaba en el mundo.

En un día que me llegué a confesar me mandó Tata Toyo que leyese las obras de mi Santa Madre. Comencé a leerlas con bastante gusto y se abrazó mi corazón más en el amor de Dios y de mi gloriosa Madre. Decía yo, esta vida es la que apetece mi corazón. La soledad, el silencio, el ayuno, la igualdad de todas, la vida común y las demás cosas que se acostumbraban en esta Religión, todo me gustaba. Solas dos cosas me atormentaban, la reja cada mes y tener parientes. Se me pusieron delante dos caminos para llegar al Cielo: esta regla y la de las Capuchinas; y yo en las mayores tinieblas, sin tener quién me dijese, éste te conviene. Me quitó su Majestad en el tiempo de mis mayores penas a Miguel José que era con quien yo hubiera hallado consuelo. Se llegó para él, el día de su mayor gusto y yo me quedé como pájaro solitario que llora por su compañero. Me iba a su cama a llorar sin consuelo. La primera noche que se fue parece que me metieron en un pozo de profunda tristeza. No me atrevía a escribirle al Noviciado por no saber si

gustaría al Padre Maestro. Sólo me consolaba saber que me encomendaba en sus oraciones, y algunos recados que me mandaba con Manuel, que ¿en qué consistía la detención de no entrar en la Religión? Con esto me determiné a escribirle una esquila diciéndole que por estar enferma y no querer el Médico que entrara así. ¡Oh Dios mío, si entonces me hubieras dado a mi Padre Fray Anselmo, como hubiera allanado todas las dificultades y entrado en tu Santa Casa, como hubiera confortado y dado luz a mi atribulado corazón y llenado mi alma de consuelos. Mas si así fue tu voluntad, yo venero las justas disposiciones de tu amorosa Providencia.

Solo Dios sabe, Padre mío, todo lo que yo padecí en ese tiempo. Pedía luz al que es dueño de ella, y no me la daba, queriendo que yo padeciera sin consuelo. Una cosa sí me sucedía, y era que estando yo en casa haciendo mi oración muy de mañana, y mi voluntad inclinada a irme a las Capuchinas, al mismo tiempo de esto oía tocar a las cinco de la mañana en este convento, y la campana se entraba, o el sonido de ella a lo interior del corazón como llamándome Dios para acá; ello era una contradicción en el espíritu que me parece imposible explicarlo. Toda mi ansia era acertar con la voluntad de Dios. \*Antes de pasar adelante se me olvidó decir a Vuestra Paternidad algunas cosas en que hallé gusto desde pequeña y me eran motivo de amar más a Dios: la una fue una inclinación grande y amor a las criaturas pequeñas considerando continuamente la hermosura de sus almas, y que Dios moraba en ellas. Siempre estaba yo cargando a los sobrinos y dándoles gusto en todo, y los llevaba al oratorio entregándoselos a la Virgen para que los librara del pecado, queriendo yo desde entonces infundir en sus almas el amor a esta Divina Reina, y en verdad que oyó mis súplicas, porque a los más preciosos se los llevó al Cielo, y por lo regular era su muerte en sábado. Yo como estaba pequeña, los sentía mucho; pero ahora me alegro, y doy muchas gracias a Dios y a María Santísima. Si algunos pequeñuelos quedaban huérfanos, les tomaba grande compasión y con todo empeño los encomendaba a la Virgen.

Otra cosa que me daba recreación era irme al jardín a desherbar muy de mañana para ver el rocío del cielo en las plantas y flores; y oír el canto de los pajarillos que me recordaban la hermosura de la gloria y me hacían bendecir y alabar a mi Creador. También me daba mucho gusto cortar las flores y ponerle hermosos vasos a la Virgen, deseando entregarle mi alma adornada del olor y hermosura de todas las virtudes para que fuera huerto del celestial Esposo. Me entretenía algunos ratos en (la) huerta con las abejas, admirando la providencia de Dios y bendiciéndole por tantas maravillas. Aprendía de ellas la vida religiosa, viendo cómo obedecían a la mayor, y a la que estaba en la puerta, y cumpliendo perfectamente con el trabajo a que Dios la destinó, y la igualdad y unión de unas con otras. Me parecían Comunidad de Religiosas, y crecían en mí las ansias de consagrarme eternamente a Jesucristo. También me gustaba el tener muchas palomas de monte y las quería yo por su mansedumbre y sencillez. Comían en mis manos y su canto me daba devoción. Estos fueron los entretenimientos de mi vida.



Ahora comienzo con otra cosa. Siempre he tenido muy tierna devoción y verdadero amor a la Reina de los Ángeles y Madre nuestra María Santísima. Ha sido mi Madre y amparo en mis tribulaciones y por su medio me ha favorecido el señor con singulares beneficios. En la novena de sus Dolores enriquecía a mi alma esta Divina Madre con fuertes inspiraciones y celestiales consuelos. Con el filial amor que yo le profesaba le ponía su altar lo mejor que me era posible. Lo más que hacía para honrarla era acompañarla siempre en sus dolores y comulgaba en su día con extraordinario fervor dado de la Señora, y le pedía yo con todas veras me concediera que mi corazón se abrasara en el amor de su precioso Hijo Jesucristo.

Tenía yo particular consuelo en barrer y asear el Oratorio, lavar la lámpara, procurando siempre encenderla para que de día y de noche le ardiera: todo lo fregaba y ponía como un relicario, y después para descansar tenía un rato de oración delante de su imagen. Todos los días a la hora que podía le rezaba su Oficio Parvo y los Maitines y Laudes a las nueve de la noche.

Vamos ahora con mi Santa Madre. Todos los años me traía Madre a esta su Iglesia a comulgar en su día, y de sólo verla en el altar crecían en mi alma las ansias de llegar a ser su verdadera hija, queriendo con toda mi voluntad imitarla en todas sus virtudes; pero más en que mi corazón ardiera como el suyo en el fuego de su amado y mío, Cristo Jesús. Esto me sucedió desde muy criatura y yo misma me admiraba de ver que venía sin ningún fervor en mi espíritu, y ya salía después de comulgar, otra de la que entré, llena mi alma de las misericordias de su Dios, con propósito firme de enmendar mi vida y deseos grandes de conseguir mi eterna salvación, aunque fuera abrazándome con la vida más austera y penosa que se pueda pensar. Todos estos beneficios conocía yo claramente me venían por la intercesión de mi gloriosa Madre.

A mi Padre Santo Domingo le tuve siempre particular devoción y amor, y más desde la edad de diez años que me echaron su Santo Escapulario. Me ofrecí desde entonces por hija suya, pidiéndole que así como libró mi cuerpo de las calenturas, así librara siempre mi alma del pecado, y me concediera imitarlo en su castidad y penitencia. Yo en la oración o fuera de ella cuando veo con los ojos del alma a éste mi Santo Patriarca me lo pone Dios delante hincado de rodillas muy flaco, blanco, hermoso y descolorido con las espaldas descubiertas y ensangrentadas con disciplina de fierro llenas de sangre en las manos, y por allí una azucena que sale de la tierra regada con su sangre, y los ojos levantados al Cielo. ¡Oh Santo glorioso y Padre mío, alcánzame del sumo Bien que ya gozas y de su bendita Madre la pureza de tu alma para la mía, y concédeme para la hora de mi muerte a tu hijo y Padre mío Fray Anselmo para que conforte mi espíritu y despache mi alma contigo para que vuele y descansa en los brazos de su amado! Amén.

Con mi Padre San Juan de la Cruz también sentí en mi corazón desde muy pequeña, inclinación muy grande para amarlo siempre. Tuve a su imagen junto de la cama, y cada vez que lo veía abrazado con la Santa Cruz lo quería más, y con no haber leído su vida ya

mi corazón me decía lo que había padecido por el amado de su alma. Así que la leí, conocí bien que Dios me lo preparaba para mi Padre y ejemplo en la Religión, imitándolo con el socorro de la Divina gracia en el camino de la cruz en el amor al padecer y en la desnudez del espíritu hasta llegar al descanso eterno. Amén.

A mi Padre San Francisco lo mismo, como que quise tanto ser su hija, y lo soy. A nuestro Angélico Maestro, y a muchos santos y santas les tuve siempre particular devoción, a Santa Catalina de Siena, Santa Catalina de Ricci, Santa Catalina Mártir, Santa Inés, Santa Bárbara, Santa Cecilia, San Lorenzo, San Luis Beltrán, San Jacinto, San Pedro Mártir, San Juan Bautista, los Santos Apóstoles, San Anselmo, San Francisco de Sales, San Francisco Javier, San Fermín, San Luis Gonzaga, San Estanislao Cosca, Santa María Magdalena, Señor San Miguel y todos los Santos Ángeles, y los Padres de mi Señora la Virgen María, y muy mucho mi Padre Señor San José.

A las benditas almas del Purgatorio siempre las tengo y he tenido en mi alma, ofreciendo cuanto he podido por ellas, y pidiéndole de continuo a la Madre de misericordias las lleve al descanso eterno. Los reales que me daban las Pascuas o el día de Corpus para fiesta se lo entregaba todo a madre para Misas por las ánimas, ni un medio gastaba en otra cosa.

También he tenido siempre mucho empeño en pedir a nuestro señor y a la Virgen por los que están en pecado mortal, por los pobres, afligidos, cautivos, navegantes, encarcelados, por nuestro señor Arzobispo pido mucho, mucho para que la Reina de los Ángeles nos lo guarde con gran santidad y después deseo verlo en el Cielo en muy eminente gloria. Por nuestro Santísimo Padre, por nuestro católico Monarca, por todos los suyos de Vuestra Paternidad y los míos, y en fin, le digo que mi alma es un Purgatorio de todas las almas, vivos y difuntos, y de noche y día ruego por todos. Dios nos conceda vivir y morir de su amor. Amén.

Ahora vuelvo a tomar el hilo desde donde está la estrellita según en el trabajo de la enfermedad, y de no saber en qué Religión me convenía entrar. Nadie me daba consuelo, y yo con la falta de experiencia y de libertad, nueva en los caminos de la perfección, no desahogaba mi corazón con criatura alguna, porque ésta fue la voluntad de Dios. ¡Oh Jesús, qué es ver un alma en tinieblas, llena de temores y en un laberinto inexplicable! Mi corazón se dejaría por llevar a tomar consejo con Vuestra Paternidad o con el Padre Lanuza, o con el Señor Toledo. En fin, que yo no hago otra cosa siempre que me acuerdo de estos años de tribulación, que bendecir y adorar los designios de la divina Providencia. Si yo hubiera pedido licencia y rogádole a Madre que me llevara con Vuestra Paternidad me lo hubiera concedido por consolarme en aquel trabajo; pero de todo temía queriendo Dios que padeciese sin consuelo.

En la oración permanecí constante, comulgando todos los días hasta que llegó el día de la luz que se disiparon las dudas y tinieblas y fue consolando mi alma con las misericordias de su Dios.

El día del corazón de mi Santa Madre vine a comulgar a esta Iglesia, y estando yo en mis acostumbradas peticiones me dieron a conocer con una voz interior y muy clara en el alma que este convento era el lugar que Dios me concedía para conseguir mi eterna salvación. Ya salí muy contenta, y luego se lo dije a Tata Toyo, quien se alegró mucho porque era lo que deseaba que fuese Carmelita por el afecto que tenía a mi Santa Madre. Me dio la Regla pidiéndosela a la Madre Superiora por medio del Padre Don Crisanto Tejada. La leí y me pareció muy buena y que abrazaba mucha perfección. Demasiado suave se me hizo para la austeridad que yo deseaba. Empecé con el favor de Dios a guardarla en todo cuanto podía. La soledad y silencio, en los exámenes, en comer de vigilia, en no tomar nada de alimento desde las cuatro de la tarde hasta las siete de la mañana; a las seis es la colación aquí; pero como en casa no se tomaba nada a esas horas, me quedaba yo con chocolate de las cuatro sólo. No ayunaba seguido, por tomar los remedios para el mal. Rezaba el Oficio Parvo en el oratorio a las horas que en esta Religión se acostumbra el Oficio Divino. Dormía sin colchón y con túnica de lana. Siempre desde criatura con el temor de Dios y la vergüenza natural que Dios me dio, se mantuvieron mis ojos limpios en la presencia del Señor, jamás los alcé de la tierra sino era para mirar al Cielo, o para lo que Dios me hacía alzarlos, y esto redundaba en bien de mi alma. Una de las cosas que me hicieron amar más a Dios y desear con ahínco la perfecta mortificación de mis sentidos, fue conocer a Vuestra Paternidad y ver su suma modestia, y desde entonces hice pacto con mis ojos para no fijarlos en otra cosa que en Jesucristo crucificado. Este amoroso dueño de mi alma, puso una puerta de silencio a mi lengua sellada con su santo temor. Lo mismo a mis oídos y pies, y mis manos jamás trabajaron en vanidades; sino sólo en corporales y otras cosas de la Iglesia y coser y remendar la ropa de casa, hacer flores para el oratorio, y nacimiento.

En la Pasión de Jesucristo era mi continua meditación, y con esto hallaba mi alma consuelo y esfuerzo para sufrir la enfermedad y tanta dilación. Como vi, que no había remedio de sanar pensé si mis pecados serían el estorbo para el cumplimiento de mis deseos y le pedí a Tata Toyo licencia para hacer confesión general, me dijo que sí; pero sin dejar de comulgar todos los días. Comencé a hacerlo muy bien con toda claridad y mi alma en mucha paz, y llena del amor y deseo de agradar a su Dios. Mi corazón contrito y humillado con el recuerdo de tantas y tan graves culpas, me puso el Señor delante todos mis pecados para que pudiese decirlos con toda verdad y por este medio quedara mi alma hermosa y limpia a sus divinos ojos. Me vino este deseo grande de purificar mi alma por haber leído en la vida de mi Santa Madre Teresa de Jesús esto que dice así: "Estando en estos mismos días (el de nuestra señora de la Asunción en un Monasterio de la Orden del glorioso Padre mío Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en

tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida, vínome un arrebatamiento tan grande que casi me sacó de mí. Senteme, y aún paréceme que no pude ver alzar, ni oír misa que después quedé con escrúpulo de esto. Parecióme estando así que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía. Después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi Padre San José al izquierdo que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos de Nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso San José, que creyese que lo que pretendía del Monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos, que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto porque ellos nos guardarían. Que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras, que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él, de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación, porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar; que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá un dibujo tizne a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro; vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra; sino suave. Al glorioso Padre mío San José, no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho que no se ven. Parecíame Nuestra Señora muy niña; estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento, (mas a mi parecer que nunca la había tenido y nunca quisiera quitarme de él) parecióme que los veía subir al Cielo con mucha multitud de Ángeles. Yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada, elevada y recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme ni hablar no podía; sino casi fuera de mí.

Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó, de suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios Nuestro Señor. Dejóme consoladísima y con mucha paz". Todo esto lo pongo a Vuestra Paternidad con las mismas palabras de mi santa Madre para que se alegre y descansa un poco de mi grosero estilo.

Ahora sigo yo: hice la confesión general en pocos días, no me acuerdo en cuantos. Llegó el día en que se acabó; y cuando esperaba quedar llena de gozo, quedé en la mayor amargura. El demonio envidioso de mi bien levantó una tormenta, la mayor que he pasado. Me puso antes que me absolvieran que había yo disminuido el número de un pecado, y que desde luego era mala la confesión. ¡Oh Dios y Jesús mío, tu solo sabes la soledad y desconsuelo de mi espíritu en esta ocasión y los restantes días. Volví a repetir el número, diciendo más de lo que era por quedar segura, y ni así no entraba en sosiego. Toda perturbada, mi alma sin consuelo sumergida en una profunda tristeza, decía yo

después de tantas confesiones, y cada una, un sacrificio, así por la vergüenza grande que sentía por decir mis graves culpas, como por el arrepentimiento y dolor de haberlas cometido. Tata Toyo me consolaba de mil modos, diciéndome que ya tuviera su merced su alma como la mía de limpia y hermosa en los ojos del Señor. Que mi alma estaba en gracia, que la confesión muy buena; que cuanto le repetía ya se lo había dicho; pero nada era capaz de sosegar me porque el enemigo de la paz me perturbó con todas sus fuerzas, y procuró impedirme de todas maneras que yo entrase en la religión. Cuando de esto me acuerdo le digo al Señor y Dios mío estas palabras: *Dirupisti Domine vincula mea tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domine invocabo.* Yo seguí en estas tribulaciones y grandes amarguras algún tiempo, se desapareció en mí la obediencia y docilidad, quedando mi alma llena de escrúpulos, no obstante que yo los aborrecía de muerte, una sequedad de entendimiento muy grande. Me decía Tata Toyo, no sé como quieres ser Religiosa si no obedeces a quien tienes en lugar de Dios. Como yo estaba en tinieblas, le rogaba de todos modos me permitiera volver a repetir la confesión. Me respondía que no, porque me ponía peor y me volvería loca, y que su merced estaba bien satisfecho de la pureza de mi conciencia. Con todo esto y mucho más que me dijo no hubo remedio con mi terquedad, y le rogué a Madre fuera a su casa y le pidiese licencia para hacer la confesión con otro Padre, que me mandara decir con quién. Le dijo a Madre que por consolarme me llevara con el Padre Lanuza; fue este día de las ánimas, que con los dobles se acentuaba en mi alma la suma tristeza pareciéndome estar en las puertas del infierno. Llegué a San Francisco y luego salió el Padre lleno de caridad y compasión de hallar mi alma en tanta aflicción y desconsuelo. Me confortó el corazón con sus palabras diciéndome que estaba enredada en muchos hilos delgado; que todos eran temores del demonio con que procuraba impedir que yo entrase en la casa de Dios y perturbar la paz y quietud de mi alma, que no temiera pues estaba en gracia del amado de mi corazón y tan hermosa a sus divinos ojos como el día en que me bautizaron. ¡Qué consuelo me dio con esto aquel santo amante de su Dios! Ya está seguramente recibiendo en el Cielo el premio eterno de su caridad para con esta alma porque procuró con todo empeño que yo entrase en el Paraíso de la Religión, conociendo con luz de Dios que esto era lo que me convenía para conseguir la santificación de mi alma, que es de lo que yo he tenido siempre insaciable sed, y me acuerdo con todo el discurso de mi vida de aquel verso del santo Rey David. *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus.* Mi alma sedienta de su Dios y herida siempre de su amor ha buscado y corrido como ciervo las fuentes de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna. ¡Oh Jesús bueno y esposo mío, ahora que esto escribo se halla mi espíritu como un desierto; conforta mi corazón con el bálsamo precioso de tu sangre. *Sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea.* Pues volviendo a lo que dejamos me instó el Santo Padre que no dejase de ir con su Paternidad porque deseaba confortar mi alma y que yo consiguiera mis santos deseos, que lo mandara llamar con Juan Fermín siempre que quisiese, y que no volviera a hacer confesión general; y que no dejara a Tata Toyo y que era otra tentación que me

afligía; con esto, bendito sea Dios, volví muy consolada; y serena, y Madre también contenta.

Tata Toyo, lo mismo, contento de verme sosegada: yo apurada con pedir oraciones a todos, y como Dios ponía amor en cuantos me conocían lo empezaban a hacer con gran empeño. A Miguel le rogaba yo me encomendase a Dios. Tata Lencho me encargó con la Madres Capuchinas, y sus Reverencias lo hicieron con mucho amor y alcanzaron con sus oraciones el remedio de mis trabajos. Se juntaron también las oraciones de muchas almas santas y de los pobres, Misas que mandaba Madre decir y limosnas a los pobres; con esto empezaron a llover las misericordias del señor en mi alma, y todo se fue facilitando.

El espíritu y la naturaleza se contradecían grandemente así que estaba en el Oratorio. En soledad repasando la regla me asaltaba al corazón de improviso una tristeza mortal que me iban a pasar las mayores penas al acordarme que iba a separarme para siempre de mi querida Madre, a quien amaba tiernamente. Parece que se me arrancaba el alma, y no podía pensar en este momento sin la mayor amargura, sólo el amor de Dios pudo hacerme tan suave y gustoso el sacrificio así que llegó la hora; Bendita sea la bondad de Dios todo misericordias para con sus criaturas.

Como vi se acercaba ya el día del sacrificio me fui poco a poco separándome de Madre; y ya no le hacía compañía de noche, sino que me iba al Oratorio a rezar los Maitines de Nuestra Señora, oración, examen, dejándola con mis hermanos, que todos grandes y pequeños eran para mí pedazos del corazón y sentía el dejarlos vivamente; todo sea por amor de Dios. En el oratorio pasaba yo muchos miedos por algunos ruidos que oía, o porque el demonio procuraba con ellos amedrentarme y también que siempre les tuve miedo a los muertos y en el oratorio tienden a los de casa; pero yo fortalecida de la Virgen no salía de allí hasta la hora señalada.

A las diez de la noche llegaba con Madre a tomar su bendición yo bien afligida en el interior de pensar que le daba que sentir con no estar con su merced. A mí harto me dolía, pero mi intención era el que se fuera haciendo a estar sin su María Teresa, y no sintiera tanto la separación. Bendito sea el que me dio la fortaleza para este sacrificio, y todos los Ángeles lo alaben, amén. La vida de mi Padre San Juan de la Cruz que leí antes de entrar, fortaleció en gran manera mi corazón, y me hacía suaves todos los trabajos de la Religión. Desde entonces creció en mí el amor al padecer y a la cruz de Jesucristo.

Uno de los días que llegué con el Padre Fray Miguel Lanuza le dije los temores que tenía yo de desagradar a Dios si dejaba a Madre por estar tan enferma y no tener más hija que yo, y la respuesta fue que me acordase de lo que le respondió el Señor a aquel Mancebo cuando le pidió licencia para enterrar a su Padre, diciéndole su Majestad: dejad a los muertos que entierren sus muertos; y esto mismo me decía a mí: que yo a Madre no le hacía falta más que para acompañarla, pues la bondad de Dios le había dado con que

mantenerse, y que así no tenía yo obligación de trabajar para sustentarla, y que Dios se agradaba de mi sacrificio y llenaría el corazón de Madre su divino amor. Con esto quedé muy contenta y mi corazón dilatado corría ya por las sendas que se le abrieron buscando a todas horas su amado, a su bien y al centro de su reposo.

Llegué después de tanto penar a los 22 años de edad, y el Médico cerrado a que así con el dolor del pecho no podía entrar. Se enfermó Juan Fermín de gravedad que lo Sacramentaron. Yo, no obstante que de día y de noche lo cuidaba así por ayudar a Madre como por el amor extremado que le tengo, no dejaba por eso de guardar en lo posible la Regla, y en mi interior continuas peticiones a Dios y a la Virgen para que se acercara el día tan suspirado de mi corazón, y deseaba fuera el día de Nuestra Señora de la Asunción. Mi corazón ya no estaba en casa; sino en el retiro de los claustros, y todo entero entregado a su amado. El sonido de las campanas de este convento era lo único que me alegraba, recobrando así que las oía, muy gran confianza de que luego, había yo de vestir el hábito de penitencia y pureza de la Reina y Madre de las Vírgenes.

A poco de esto se enfermó de muerte Don Manuel Merlo y ya enfermo en la cama le preguntó Tata Toyo si ya podía yo pedir el hábito, y respondió que no. Así que Dios se lo llevó, un día que vine al torno, me dio Nuestra Madre un papel de conciencia del Padre Lanuza, en que me decía esto: que siguiera los clamores del Espíritu y diera oídos a las voces del Esposo, que me llamaba, y quedando de mano a la prudencia de la carne y a las voces del mundo y del amor propio me abrazara con la ley del Espíritu y con la cruz de Jesucristo que me resolviera a pedir el hábito y su Majestad me daría la salud conveniente para el estado, y que le dijese a la prelada con toda claridad el dolor que padecía para que me dijera si así me recibían las monjas. Con esto recibí gran consuelo, y me determiné a pedirle a Tata Toyo me concediera dar luego estos primeros pasos, y que yo sentía en mi interior mucha confianza en Dios de que en la Religión acabaría de sanar. Con el padecer de entrambos y el consentimiento de Madre que hasta ese día pude yo hablarle sobre este punto se comenzaron a dar los pasos, y la Virgen que en un instante reunió todos los corazones para que conocieran era ya la hora de Dios. Fue esto víspera de la Natividad, de Nuestra Señora. Por la mañana me mandó el Padre Lanuza viniese con la Madre Priora que era entonces la Madre superiora. A la tarde le rogué a Madre me trajese al convento para pedir el hábito, como había mucho aire medió esta excusa; yo le volví a rogar sin estar en mi mano, y me respondió: hija mañana iremos. Estaba la pobrecita pálida y traspasada de pesadumbre, pero yo, necia, volví a rogarle, hasta que la hice venir conmigo. Esto, Señor, no fue falta de respeto; sino una fuerza interior que me hacía importunar. Era voluntad de la Virgen que diera los primeros pasos la víspera de su Natividad y en sus días todo lo demás. Llegamos al torno y salió nuestra Madre Priora, quien nos envió a la reja para que yo le pudiera hablar despacio, salió su Reverencia llena de caridad; todos los males le dije llorando de la suma vergüenza, nada le callé, sino que todo le puse delante con gran verdad y llaneza, no queriendo yo engañar a su Reverencia y

a las monjas en lo mas mínimo. Siempre he andado en verdad delante de Dios y de las criaturas. Ahora vienen bien los versos del Salmo 14 que de mi corazón hace días está saliendo esta pregunta: Domine, quis habitavit in tabernaculo tuo? Aut quis requiescet in monte sancto tuo? ¿Quién Señor, será digno de habitar en vuestro tabernáculo, y de reposar en vuestro santo monte? Qui ingreditur sine macula et operatur justitiam. Qui loquitur veritatem in corde suo.

Qui non egit dolum in lingua sua; nec fecit proximo suo malum et opprobrium non accepit adversus proximos suos. Habiendo así caminado toda mi vida en la presencia del Señor espero de su misericordia conseguir mi eterna felicidad.

Pues estando con nuestra Madre Josefa me disminuyó los males, me animó de tal suerte con su amor y caridad, que Madre y yo nos fuimos muy consoladas esa misma tarde para la Merced a visitar al Señor sacramentado y a darle las gracias de tan singular beneficio de que me recibiera por esposa suya y lo mismo a mi dulce Madre María Santísima, por cuyo medio rodeaban mi alma las misericordias de su precioso Hijo. Luego les habló a todas las monjas la Madre Josefa, y me mandó el día de la Virgen a Don José María Guerra, quien dijo no me impedía el mal entrar en la Religión, que con dos meses de cura tendría salud. Empezó a darme purgas, suero y unturas, queriendo Dios con esto y con el gozo de mi corazón que sanara, aunque no del todo. Se me hicieron estos dos meses, años según era la ansia de consagrarme a Jesucristo.

Señaló mi Madre Priora Josefa que fuese el 21 de noviembre, día de nuestra Señora de la Presentación el que tomase yo el hábito para profesar el día de mi Padre San Juan de la Cruz. A mí me dio mucho gusto por la devoción que tengo así a la Reina de los Ángeles, como a este glorioso santo; a quien deseo imitar en todo, y como yo era María Teresa de Jesús, quiso su Reverencia me llamase en entrando de la Santísima Trinidad, la vocación con que el Todopoderoso y misericordioso Dios me favoreció. No me cabe la menor duda que fue desde sus principios pura y perfecta a sus divinos ojos. El espíritu estaba fuerte, y buscó lo más seguro, deseando abrazarse con la mayor pobreza, con la mayor humildad y desprecio de mi misma, con la más perfecta obediencia y caridad, con lo más austero, y en fin, con lo más perfecto, y aunque las obras no han correspondido con tan buenos deseos, me consuela que Dios recibe la intención y el deseo de agradarle que siempre aún en medio de la flaqueza en que me hallo, me acompaña. En estos dos meses me enseñaron bien a rezar el Oficio Divino, y se llegó por fin el día deseado. Vuestra Paternidad, mi Padre Fray Anselmo, reciba la obediencia de ésta su hija, que lo demás del cuaderno temo no le guste por estar mal concertado, y tan mala letra por estar en la cama. Lo demás, desde que entré en la Religión en adelante se lo pondré a Vuestra Paternidad en otro cuaderno. Todo sea para gloria de Dios. Amén.



## SEGUNDO CUADERNILLO

Quisiera yo ahora que comienzo esto, ser como el ave fénix quemada y consumida con el fuego del amor divino, y que mi alma renaciera a una nueva vida, vida toda de amor y de perfección, para que lo que escribo de la vida que he hecho en la Religión sea de provecho. Hágalo quien puede y sea todo para su gloria y alabanza, y de su amorosa Madre María Santísima. Amén.

Desde el punto que la divina providencia afianzó mi voluntad para sacrificarme en perfecto holocausto a su Santo amor, sentí que a mi alma se le dieron alas como de paloma para volar a lo más encumbrado de la perfección. Quise desde entonces sepultarme para siempre de todo lo transitorio y perecedero, y que mi vida fuera escondida en Jesucristo.

Deseando con vivas ansias escoger el camino más llano para asegurar mi eterna salvación me pareció lo más acertado tomar el estado de lega en la casa de Dios. A esto se inclinaba mi corazón muy de veras, y habiéndolo yo propuesto dos o tres veces no quisieron; y también que no había hueco de velo blanco. Todo fue disposición de Dios para mayor bien de mi alma, porque mi corazón ha sido mártir y lo siento seco de amargas penas, no digo causadas de las criaturas; sino por la voluntad de Dios.

Es verdad que yo en mis deseos he sido varonil; pero en llegando los trabajos siento el natural flaco y miserable, no en todas ocasiones, sino en las que el Señor quiere. Siempre deseaba y ahora mucho más, imitar al glorioso mártir San Ignacio en querer ser trigo molido y estrujado, ya que no en los dientes de las fieras, que se me conceda en los dolores de mi cuerpo, que a veces parecen dientes de animales, y este trigo hecho harina muy buena se amase a fuerza de sufrimiento y silencio, cociéndose luego en el fuego de la tribulación para ser de este modo pan blanco y muy hermoso de Jesucristo.

Ahora que esto escribo se halla mi espíritu en bastante caimiento y amargura; pero no obstante ruego con ansias al buen Jesús me conceda un padecer amargo y sin descanso hasta la muerte por amor suyo, por la salvación de las almas, y por las ánimas del purgatorio. Me ha dado el Señor a conocer el valor inestimable de los trabajos padecidos por su amor, y esto me hace desearlos con ansias, y más entendiendo bien que esta miserable vida pasa en un momento, siguiéndose una eternidad sin término. Esta deseo lograr por medio de una Santa vida y preciosa muerte en los ojos de Dios. Amén.

Tornando a lo que comencé después de pasar los dos meses con ansias de que llegara el día de mis felicidades. En llegando la víspera quiso Dios sintiera con grandeza el arranque doloroso de mi querida madre y hermanos; toda la tarde y noche pasé en suma flaqueza y miseria de mi natural. A las 5 de la mañana recibí la bendición de Madre y salimos todos de casa en silencio para esta Iglesia, en llegando me pareció la puerta del Cielo, y se llenó mi corazón de un gozo indecible que jamás podré decir. Me confesé esa mañana lo mejor que pude, deseando que mi alma quedara limpia y hermosa a los ojos de

su amado. En llegando a comulgar conocidamente fue cosa de milagro lo que me sucedió, pues en recibiendo al buen Jesús dentro de mí, se acabó la flaqueza del natural, sintiendo mi corazón como embalsamado con el amor de Dios, y la presencia del Sol Divino me esclarecía el alma con luz superior, el entendimiento como espantado de las misericordias con que el Celestial Esposo enriquecía mi alma, la memoria toda ocupada en recuerdo continuo de tan grandes beneficios, la voluntad inflamada en ardientes llamas del amor de su bien. Yo misma no me conocía, todos los que me veían se admiraban de que yo estuviera con tanta fortaleza y alegría. Todo me fue dado de la mano misericordiosa del Señor. Las tres potencias se unieron con suma paz y quietud y un gozo como de la gloria. Al tiempo de comulgar sentí bien la estrecha unión de Jesucristo con esta alma, y que desde este punto me recibió por suya: me pareció cierto estar la Reina de los Ángeles junto a mí ofreciendo por sus manos el sacrificio de mi corazón, y entendí con claridad que nos rodeaban innumerables Ángeles. Esto fue el día de la Presentación de la Virgen, 21 de noviembre. La Misa del Hábito me pareció muy ligera. Estaba yo como en la gloria con imponderable gozo, sintiendo en ese tiempo la presencia continua de los Ángeles y de la Reina de ellos y Madre mía, María Santísima.

Cuando salí de la Iglesia para la portería, no hallo palabras para explicar lo que sentí en el cuerpo; parecía de algodón y con un frío como de muerte; pero en el interior muy grande gozo. Bendito sea el que me dio fuerzas para separarme de lo que más amaba por su amor. En viendo a las monjas que me esperaban en la puerta con sus velas encendidas creció lo que por mí pasaba que no lo sé decir, sólo sí que mi alma en esta ocasión le fue muy agradable a su Dios. Como puse los pies en la clausura, oí una voz penetrante y muy suave en lo interior de mi espíritu: Audi filia et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui, y mi alma respondió con valor que sí, que olvidaba mi pueblo y la casa de mi Padre, que enterraba para siempre mis muertos; esto es, todos los afectos de carne y sangre y las inclinaciones del amor propio entregándome a una perfecta obediencia por amor del celestial Esposo. En este tiempo también me acordé de la resolución y entereza con que la Virgen entró en el templo, dejando por amor de Dios a sus amados Padres. Con esto caminé muy contenta con la Comunidad para el Coro, así que entramos me hincaron delante del Santo Crucifijo, ínterin se acaba de cantar el Himno, Oh Gloriosa Virginum. Luego me dieron el hábito, y en todo este tiempo se hallaba mi corazón lleno de contento. En vistiendo el Santo Hábito me tendieron en cruz en una jerga negra que aquí se acostumbra, ínterin se cantó Veni Creator. Allí tendida me consideré ya muerta enteramente al mundo y a mí misma, deseando vivir sólo para Dios. Allí, en la presencia del Señor Sacramentado llena de celestial dulzura, di gracias a su Majestad por haberme sacado del Egipto del mundo, y traídoma a la tierra de promisión que está manando leche y miel de consuelos del Cielo. ¡Oh Jesús si yo me hubiera aprovechado en estos años de tantos y tan grandes beneficios y misericordias con que tu bondad me favoreció en este feliz día, ya fuera santa; pero, por mi culpa y negligencia, hallo pasado este tiempo en el aire, no tengo en tu presencia más que culpas y suma

ingratitude. Concédeme misericordia mía, un corazón abrazado a tu amor, para que lo restante de mi vida sea para tu gloria. Amén.

En estando hincada al pie del hermoso manzano Cristo Jesús, regaló este amado mío a su paloma con el fruto precioso de sus ramas. Me dio a gustar el olor suavísimo de sus rosas y demás flores, y la dulzura y sustento de sus manzanas. Con esto le explico a Vuestra Paternidad, mi Padre Fray Anselmo, lo que mi alma sintió en esas horas. Toda me hallaba llena de fortaleza celestial. Allí mismo supliqué por mi querida Madre y hermanos y los encerré en el agujero de la piedra para poder yo con sosiego olvidarme de lo que más amaba por amor de Jesucristo, y en la misma hendidura de la piedra me sepulté yo para siempre exclamando mi corazón con indecible consuelo: Haec requies mea in saeculum saeculi: hic habitabo quoniam elegi eam. Luego de esto me ofrecí con todas veras en sacrificio y holocausto perfecto al celestial Esposo, y le pedí gracia para vivir dignamente en su Santa Casa y perseverar hasta la muerte en su servicio. Después me llevaron a abrazar a las monjas y me parecía abrazaba a los Ángeles. Mi corazón lo sentía inflamado al oír cantar: Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum. En saliendo del Coro me llevaron al Noviciado, que me pareció un huerto hermoso de la gloria. Desde entonces hice de cuenta que yo era un vergel de aquel huerto, y que el divino hortelano arrancaría las malas hierbas de mis pasiones y defectos, plantando en mi alma todas las virtudes. Así ha sido porque su Majestad cultivando este vergel ha llegado a dar flores de buen ejemplo, según me parece y espero con el favor de Dios y la dirección de Vuestra Paternidad llegar a dar copiosos frutos, madurados con la más ardiente caridad, todo para gloria y alabanza eterna de mi Creador. Amén.

Todo el convento me pareció muy hermoso, menos el aposento del torno y el de la reja. La huerta y ermitas era lo más alegre para mí, por ser lo más retirado. Considerando que en estando fuera del Noviciado ya me hallaba con libertad para imitar a los santos a todo mi placer en su oración y penitencias, así en la huerta como en las ermitas, y no me engañé, porque han sido estos lugares mi consuelo y refugio.

En entrando en la celda del Noviciado me pareció la llaga del costado de mi buen Jesús, y torné a decir con todo el corazón Haec requies mea in saeculum saeculi hic habitabo quoniam elegi eam. Ningún tiempo me parece más a propósito para perfeccionarse una alma que el del Noviciado, así por la continua ocupación tan arreglada dispuesta toda por la obediencia como por el riguroso silencio y soledad que guardan las novicias en donde, aunque no se procure, se oyen con la mayor viveza las dulces voces del amado, que como un Maestro amoroso nos da de continuo lecciones de vida eterna. ¡Oh si se me concediera poder explicar a Vuestra Paternidad los grandes deseos, las inspiraciones, las luces, las misericordias y misericordias con que el Dios de todo consuelo enriqueció mi alma en este precioso tiempo. Sólo si le digo Padre mío, que se me dio a mí lo que a muy grandes santos se les concedió; y es la compasión que por mi culpa no me he aprovechado de ello.

Pues comenzando con el favor de Dios y de María Santísima a ejercitarme en todos los actos de Comunidad y demás cosas que aquí se acostumbran, me pareció todo muy suave, lo hacía siempre con prontitud y alegría. Jamás estaba triste; a todas horas contenta y llena de gozo, no sólo en el interior; sino también en el exterior, hurtando los oficios a las monjas para aliviarlas en su trabajo. Mucho deseo tuve desde entonces de servir a las Religiosas con igual y muy grande caridad. Infundió el Señor en mi corazón un amor de Madre para con todas; no las quiero como a hermanas, sino como a hijas, siendo para mí un tormento tener alguna cosa de regalo; pero para darles a las monjas todo me es poco; y así, como no les puedo dar cuanto yo quiero, me consuelo con pedir a Dios les dé muy grande amor suyo.

Los oficios que más he deseado siempre han sido la enfermería, cocina y ropería; al de humildad sí le he tenido grande repugnancia; pero por lo mismo me he ejercitado en él para vencer al natural, no sólo las semanas que me toca; sino también los días de otras religiosas siempre que puedo hurtárselos. Ayudar a la sacristana mucho me ha gustado, mas como conozco que a esto tienen las demás inclinación nunca deseo este oficio, queriendo que las hermanas tengan este gusto, no obstante, el señor que penetra y conoce la intención recta de mi corazón hace que las Sacristanas me ocupen en lo más allegado al cuerpo de mi buen Jesús, me es particular consuelo lavar y limpiar los cálices y demás cosas de la Iglesia, y en este tiempo me hace nuestro Señor particulares beneficios, dándome deseos muy intensos de que mi alma esté mas hermosa y limpia a sus divinos ojos que aquellos vasos sagrados.

Con el ayuno y comida de vigilia me iba grandemente, sólo que me apretaron bien las tres tentaciones de risa, hambre y sueño, pero yo muy contenta le ofrecía a Dios estas mortificaciones. Pedí las licencias de algunas penitencias que me pareció no me harían daño: poner de cabezal un trozo, dormir en las tablas, miércoles, viernes y sábado los cilicios y tres misereres de disciplina, oración de las ocho a las nueve, y después de Maitines otra media hora. Algún quebranto sentía en el cuerpo con estas mortificaciones, pero todo me parecía suave para la gloria eterna que esperaba. Había noches que me acostaba después de las doce y me levantaba a las cuatro de la mañana para darle las primicias del día a la Virgen con el santísimo Rosario. A las cuatro de la tarde rezaba una parte en el Oratorio, como es costumbre en el Noviciado. Todos los días daba cuenta a la Maestra de mi oración, en lo que sentía grandísima vergüenza; pero en pasando el trago amargo, quedaba muy contenta. Cuando estaba barriendo y algo cansada se me ponía con viveza muy presente a los ojos del alma el buen Jesús fatigado con la cruz diciéndome que aquello no era nada para lo que su Majestad había padecido por mis culpas. Por lo que me cansaba yo tanto era por el tormento de los cilicios; pero en poniéndoseme el Señor delante me esforzaba para padecer mucho más por su amor; así que me quitaba los cilicios me acordaba siempre de la gloria, y decía, si este consuelo siento con quitarme esta pena por algunos días ¿qué será en estando en el descanso

eterno que jamás me los volveré a poner? El pensar siempre en la gloria me hacía muy fácil y alegre la vida religiosa, aunque me llovieran los trabajos, pues al fin se habían de acabar con la muerte, siguiéndose después una eternidad de gozo y contento verdadero. En la soledad de la celda, cuando estaba cosiendo sentía muchas veces a Jesucristo junto a mí. Yo no sé cómo esto se lo pueda decir a Vuestra Paternidad porque no hallo palabras; sólo sé que el gozo y consuelo en que este Señor inundaba mi alma eran como del Cielo con mucha paz y quietud en el interior, que me hacía decir, si esto pasa Dios mío, por mi espíritu en tu Santa Casa ¿qué será en tus tabernáculos eternos en donde ya descansa el alma en su verdadero centro con seguridad de no volver a ofenderos.

Unos pajarillos que les gusta irse a cantar, junto a las ventanas del Noviciado, parece que dicen en su canto, no se te olvide, no se te olvide, y con esto me recordaban ellos la continua presencia de Dios, y me alegraba mucho con oírlos. En todo, en todo hallaba mi espíritu miel de divinos consuelos, nada hacía con flojedad; todo con fervor y alegría. Las mortificaciones que acá se acostumbra de ir a la cruz, comer en tierra, tendernos en el suelo, y otras cosas semejantes, las hacía con espíritu; y deseo grande de alcanzar por este medio la más profunda humildad, conociendo ser ésta el cimiento de las demás virtudes. Lo cierto es que yo corría el camino del Señor con dilatado corazón.

La presencia de Dios más continua era considerar mi alma como huerto cerrado del Esposo, y que su Majestad se recreaba en él por ser muy suyo, y aunque me hallaba pobre pero me parecía ser tierra bien dispuesta para que su Dueño sembrara en ella lo que quisiese. Otras veces parecíame ser el alma como una redoma hermosa de cristal, y que el Espíritu consolador, como sol muy resplandeciente la esclarecía toda con luces celestiales, dándome a entender con gran claridad las manchas de mis defectos que en esta redoma, aunque hermosa, se percibían en algunas partes de ella. Bien entendía yo no haber ganado por mi diligencia este grande bien de tan regalada presencia de Dios; sino que por sola su bondad y misericordia me era concedido.

Encendió el Señor en mi corazón la centellica que dice mi Santa Madre "que comienza su Majestad a encender del verdadero amor suyo, y quiere el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud y recogimiento y centellica, si es espíritu de Dios y no gusto dado del demonio, o procurado por nosotros, aunque a quien tiene experiencia es imposible no entender luego, que no es cosa que se puede adquirir; sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas que todo lo prueba, mas quedase muy en frío bien en breve, porque por mucho que quiera comenzar a arder el fuego para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeña que es, hace mucho ruido, y si no la matan por su culpa, ésta es la que comienza a encender el gran fuego que echa llamas de sí del grandísimo amor de Dios que hace su Majestad tengan las almas perfectas. Es esta centella una señal, o prenda que da Dios a esta alma de que la escoge para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas. Es gran don, mucho más de lo que yo podré decir. Es de

gran lástima, porque como digo, conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí, como han de pasar son tan pocas que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe de haber, que por algo nos sustenta Dios, digo lo que he visto querríalas mucho avisar, que miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras almas (en especial en estos tiempos que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos) y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales si saben responder con las leyes, que aún la buena amistad del mundo pide; y sino como he dicho, teman y no se hagan así mal, y plega a Dios sea así sólo". Hasta aquí son palabras de mi Santa Madre, que me pareció mejor ponerle a Vuestra Paternidad lo que por mi alma ha pasado con el estilo precioso de mi gloriosa Madre, y no con el mío oscuro y rudo.

Yo, Padre mío, soy una de las almas que maté en sus principios este centellica de amor de Dios, y por mi culpa no soy un serafín inflamado en las llamas del amor Divino. Por vergüenza no decía al confesor las misericordias que de continuo me hacía el Señor, y las sumergía en el más profundo silencio, pensando hacer bien en callarlas; sólo en decir bien mis pecados era toda mi diligencia, en haciendo esto quedaba contenta. Ni de la oración no decía nada, sino me preguntaban, y era la causa que mi corazón le tenía Dios como encerrado y con grillos, como una persona que está en prisión, que tiene un fuerte candado en la boca y por más que quiera hablar no puede, así me sucedía a mí en el confesionario, hasta que el día de la Encarnación que es el día del amor me lo dio a Vuestra Paternidad la Virgen Madre del amor hermoso y de la Santa Esperanza por consuelo y Padre mío, y el buen Jesús le dio las llaves de este corazón haciéndolo dueño de él para que bajo de su obediencia camine segura a la vida eterna, para que este corazón sea fortalecido y alimentado con su celestial doctrina, y mi alma alumbrada con las luces de su espíritu, teniendo yo cierto que en su alma de Vuestra Paternidad mora de continuo el Espíritu Santo deseo con las mayores ansias ser consumida y abrasada como el ave fénix con las ardientes llamas del amor divino que de su alma salen para la mía, y renovada y vivificada ya con el vino generoso de la más perfecta caridad, y libre de las duras prisiones de este cuerpo, volar de las manos de Vuestra Paternidad a las de mi Criador. Amén.

Jamás podré olvidar este feliz en que llegué a los pies de Vuestra Paternidad encontrando el diamante precioso que buscaba mi alma con intenso deseo, y no lo encontraba, porque aún no era digna de tan singular merced, ni nunca lo seré; pero la suma bondad de Dios, y el maternal amor de María Santísima me lo concedieron para consuelo y esfuerzo de mi alma. Téngole y no le dejaré hasta la muerte, y esto por un corto espacio de tiempo que luego nos juntaremos los dos para siempre en el Cielo, recibiendo Vuestra Paternidad crecimiento en su gloria por la que yo gozo y yo de la suya. Así lo espero de la bondad de Dios. Su Majestad me dio una confianza completa para descubrirle enteramente a Vuestra Paternidad hasta lo más escondido de mi corazón por

éste tan singular beneficio. Bendeciré a Dios eternamente, y pido a los Ángeles lo alaben por mí. Amén.

Antes de pasar adelante le digo a Vuestra Paternidad, mi Padre Fray Anselmo, que el demonio puso mucho en que yo no entrara en esta Santa Casa. Conocería el que con esto me libertaba yo de sus infernales manos. Pocos días antes de entrar me di una caída sin haber el menor tropiezo para lo que me sucedió, se me desconcertó un pie con grandísimo dolor y en lugar de afligirme me daba risa el dolor, conociendo bien quién era el autor de aquel perjuicio para retardar el que yo entrase en la clausura, ya que no había podido impedírmelo con sus marañas. Bendito sea el que me ha cercado de misericordias y beneficios, librándome de tan cruel enemigo, y dándome deseos intensos de vivir en su santa gracia y en toda perfección, para conseguir de este modo la salvación eterna de mi alma.

Pues tornando a nuestra centellica de amor de Dios que sentía en mi alma, y a la manera de oración que su Majestad me dio, digo lo primero, que esta centella se encendía por momentos en mi corazón, siendo todo lo que hacía y pensaba motivo para que más y más se encendiera este fuego. Desde que entré en esta tierra de promisión, ya no se me mostró el Señor como Juez; sino como Padre y tierno Esposo, regalándome con la dulzura de su amor, y concediéndome cuanto le pedía, aún en las menores cosas, una vez que por tirar el agua de un lebrillo de la maestra fue él también a dar al suelo con grande golpe, y yo muy afligida de que se hubiera roto. Antes de alzarlo le pedí a Dios que no estuviera roto, y así fue, ni la menor hendidura se le hizo, por lo que le di a su Majestad muchas gracias, y a este tenor otras cosas. No puedo ponderar de otro modo el amor que Jesucristo me mostraba en este tiempo, sino con el amor y caricias de una tierna Madre con que regala a su querido y pequeñito hijo. Estaba escondida para mí toda la amargura de la cruz que me esperaba, y como tan tierna en la virtud y por no amedrentarme, el celestial Esposo no me decía por entonces que le había de acompañar en el camino de la cruz y de un puro padecer; sólo poníame delante la suavidad y dulzura de su amor para atraerme más y más a sí, estrechándome consigo con el indisoluble lazo de su amor. Cinco meses de Noviciado pasé de este modo, inflamado mi corazón en el amor de su Dios enseñada con luces celestiales, por el mismo Dios, llena a todas horas de paz y gozo con el Espíritu Santo.

En la oración ya no tenía el trabajo que antes que era menester discurrir con el entendimiento y sujetar la memoria procurando con varias consideraciones inflamar la voluntad y sacar afectos de un pedernal durísimo y seco, que era mi corazón; ya en entrando en esta tierra que mana leche y miel me recibió el amado mío con los brazos de su misericordia abiertos para que en ellos descansara del valle de trabajos de donde venía fatigada buscando con ardiente sed a la Luz eterna, a mi Buen Jesús, a mi Esposo, a mi Bien y al Centro de mi eterna felicidad. En encontrándole me regaló con celestiales consuelos, embriagándome con el generoso vino de su amor, hasta quedar dormida a su

sombra y en su regazo. ¡Oh deleite de la gloria y Dios suavísimo de mi alma, cómo puedo decir con toda verdad en este tiempo de quietud y descanso: Asenteme a la sombra de aquel a quien deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta. Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad, asenteme a la sombra del que había deseado! ¡Oh Dios mío, qué metida y abrazada se hallaba esta alma en el mismo Sol. Dice que se asentó a la sombra del que había deseado. Aquí le llama Sol, y le llama árbol o manzano, y dice que es su fruta dulce para su garganta. Es maná que sabe conforme a lo que queremos que sepa. ¡Oh qué sombra ésta tan celestial y quién supiera decir lo que de esto se le da a entender! Qué venturosa es el alma que llega a estar debajo de esta sombra. Parece que estando el alma en el deleite que queda dicho se siente estar toda engolfada y amparada con una sombra y manera de nube de la divinidad, de donde vienen influencias y rocío tan deleitoso que bien y con razón quita el cansancio que le han dado las cosas del mundo. En llegando mi alma a descansar a la sombra del divino manzano, bajó sus ramas para que yo sin trabajo cortase a mi placer de su deleitoso fruto tan dulce para mi garganta. Siendo este fruto hermosísimas manzanas que es alimento de fuertes, y como el amado mío conocía bien la flaqueza y debilidad de su escogida, como a tierna me dejó alegrar con que yo cortase la fruta que quisiese; pero, después que la hube cortado y regaládome con su vista; me la tomó y dándome por sus amorosas manos con medida el alimento, no me dejaba comer a mi placer como yo deseaba. Paréceme como una amorosa Madre con su tierno hijo que acaba de pasar una peligrosa y larga enfermedad por lo cual se halla muy débil y con el deseo que tiene de que se críe fuerte y no desmaye le va nutriendo con corto alimento; pero a menudo hasta ponerlo fuerte, que entonces le regala sin tasa y sin medida, o como el más tierno Esposo que se halla todo ocupado en tener en sus brazos a su amada que llega fatigada y cansada de buscarlo, y en habiéndole encontrado, del gozo y contento se desmaya de amor, y él, con el grande amor que le tiene, la recibe y estrecha consigo, hablándole al oído palabras de regalo y dulzura para que le conozca, y con sus amorosas manos la alimenta y conforta, y no la deja, ni le da noticia de sus trabajos en que lo ha de acompañar toda la vida por no afligirla; pero así que ya es tiempo, y la ve él, esforzada y cautiva de su amor; la coge a solas y le habla al corazón diciéndole: mira paloma y esposa mía que deseo tengas valor para oír lo que te digo, yo tengo preparado para tí un palacio lleno de riquezas eternas, y una corona de gloria inmortal; pero antes has de pasar por donde yo pasé, y tomarás por amor mío y cumplir mi voluntad el cáliz amargo de mi pasión, será tu vida una continuada cruz, así en tu espíritu, como en tu cuerpo, será atormentado tu espíritu con las espinas de amargas tribulaciones. Me ausentaré de tí a veces para que me busques en la amargura de tu alma, y llegará a tanto tu desconsuelo de no encontrarme, que gemirás como tórtola, y la aflicción te hará exclamar: ¿En dónde está tu Dios, ánima mía, que no le hallas? ¿Por ventura le tendrás ofendido? No será esto me decía el buen Jesús, sino que yo gozándome de verte padecer\_purificaré tu alma con la tribulación, como el oro en el crisol, dándote mi bondad admirable paciencia. Todo tu cuerpo será angustiado con



terribles dolores, y derribada en tu lecho morirás en la cruz de tu Esposo con dulcísima muerte, y tomando yo en mis brazos este árbol sembrado por mis manos, y lleno de frutos de caridad lo trasplantaré al Jardín de mi gloria.

Todo esto, Padre mío, que le digo a Vuestra Paternidad pasó en lo más íntimo de mi alma estos primeros meses del Noviciado. Verdaderamente de continuo me hablaba Dios al corazón, y sentía la compañía de Jesucristo a todas horas, unas veces más, otras menos. Su hermosura la tengo estampada en mi alma, su cuerpo muy perfecto, sus cabellos y ojos de un color el más agraciado que jamás he visto, muy hermosos, y las pestañas vueltas, las cejas algo copadas de singular gracia. La frente hermosa y todo su rostro blanco como la leche, sus mejillas de color de rosa, la nariz algo delgada muy perfecta, la boca graciosísima, sus preciosos labios, algo encendidos y los dientes más blancos que el marfil. Su mirar apacible, y amoroso, sus hermosas manos, muy perfectas, y de admirable blancura, los pies muy blancos y descalzos, con alpargatas o sandalias. Su túnica de lana color de rosa, y su manto azul; así le veía yo con los ojos del alma repetidas veces, no sólo en la oración, sino también fuera de ella. A cualquiera hora me hacía su Majestad esta merced, sin procurarlo yo.

Derramaba el Señor, como llovidas sus misericordias en mi alma. En la oración no hallaba ningún trabajo, meditaba en lo que Dios me ponía delante con suma quietud y sosiego sin perturbación alguna. Las potencias unidas y hermanadas se ocupaban enteramente en el objeto de su amor sin molestarme en lo más mínimo. En los puntos que más consolaciones celestiales recibía mi alma era en el paso de la oración del huerto, en toda la pasión; pero más en la crucifixión y muerte de mi Buen Jesús, y los dolores de su afligida Madre, en el misterio de la Encarnación del Verbo, en las entrañas de la Virgen, y en todos los demás misterios de Jesucristo y de su bendita Madre, en las misericordias del Señor, en su bondad, en su Justicia, en el gran beneficio de la vocación al estado religioso, en los singulares beneficios que mi alma recibía a cada momento de sus manos, llenas de misericordias, en la muerte de una perfecta Religiosa y en la gloria, también en las virtudes de los santos. Sólo en el infierno no me gustaba nunca meditar. Hallándome en este tiempo tan engolfada en un mar inmenso de celestiales consuelos, puedo decir bien que descansaba continuamente a la sombra de aquel a quien había deseado, siendo su suavísimo fruto dulce para mi garganta. No hallo Padre mío, como mejor darle a entender a Vuestra Paternidad lo que por esta alma pasó entonces, que con las palabras que escribió la Paloma esclarecida por el Espíritu Santo.

Dice así: Porque aquí todo es gustar sin ningún trabajo de las potencias, y esta sombra de la Divinidad, que bien se dice sombra, para que con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de esta nube, hasta que el sol resplandeciente envíe por medio del amor una noticia de que está tan junto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo que quien hubiere pasado por ello entenderá cuán verdaderamente se puede dar aquí este sentido a estas palabras que dice la Esposa.

Paréceme a mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y es el que la mueve con tan ardientes deseos que la hace encender el fuego soberano que tan cerca está. ¡Oh Señor, que son aquí las misericordias que usáis con el alma! Seáis bendito y alabado para siempre que tan buen amador sois ¡Oh Dios mío, y criador mío! ¿Es posible que hay alguien que no os ame? Porque no merece conoceros. Como baja sus ramas este Divino Manzano para que coja el alma las manzanas, considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo nuestro señor de su pasión, regando este árbol con su sangre preciosa con tan admirable amor.

Así amparada con este regalo celestial, caminé por cinco meses, pareciéndome estar como en el paraíso sin contradicción alguna en mi espíritu, alegre y contenta a todas horas, era tanta la risa sin poderla reprimir que hacía reír aún a las monjas más serias, obedeciendo con prontitud y rendimiento de juicio, sin darle lugar a la repugnancia del natural, me ejercitaba en la humildad de cuantos modos podía. El corazón manso y sencillo, como el de la paloma, con sanidad perfecta, de nadie pensaba mal, ni lo más mínimo. A todas las Religiosas las reverenciaba y tenía por unos Ángeles. Sola yo me reconocía indigna de hallarme con tan grandísimo gozo en la casa de Dios.

En las confesiones, sin escrúpulos, y quedaba contenta. Deseos de la Sagrada Comunión, muy grandes y en recibiendo a Jesucristo sentía mi alma una fe muy viva y amorosa de su presencia, y mi corazón se encendía en vivas llamas de su amor, recibiendo en este tiempo singulares luces y gracias de su bondad, y muchas veces me regalaba con lágrimas copiosas de ternura y verdadera devoción, particularmente cuando este amado mío me recordaba mis gravísimas culpas, y que lejos de castigarme con el infierno, como lo tenía merecido, me colmaba de tan grandes beneficios y misericordias.

¡Oh Jesús bueno, Esperanza mía, y Dios de mi alma, cómo me espanto de que me sufrieras con tanta paciencia todas mis ingratitudes y maldades, y más me admiro cuando pienso que no he correspondido con tus designios sobre una perfección muy grande de esta alma que tú deseabas para hacerla Esposa de tu corazón, y con todo me has sufrido y aguardado estos siete años y medio de Religión, sin dejarme de tu mano, como lo tengo merecido, y tu misericordia aún todavía llama a las puertas de mi corazón. Yo te lo abro, carísimo Esposo mío, y te lo entrego para siempre. Dilectus meus mihi, et ego illi. ¿Qué puedes querer ahora de mí, Jesús mío, hallándome en esta situación, si no que sea humillada y abatida por tu amor y obediente hasta la muerte, y muerte de cruz? Yo así lo quiero por ser ésta tu voluntad, y como verdadera y obediente hija de mi Padre Fray Anselmo te suplico Jesús mío, siendo de tu agrado, me concedas otros años de vida para tu gloria y alabanza. En esto bien sabes, amor de mi corazón, que te hago el mayor sacrificio de mi voluntad, pues deseo con ansias, y con deseos intensos ser desatada de las duras prisiones de este cuerpo, y unida contigo eternamente. "Muera ya este yo y viva en mí otro que es más que yo y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir; él

viva y me dé vida; él reine y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de Dios se vieren presos e inhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡Oh quién se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este Divino infierno de donde ya no se esperase poder salir, o por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas ¡ay de mí, Dios mío! que mientras dura esta vida mortal siempre corre peligro la eterna. ¡Oh vida enemiga de mi bien, y quien tuviese licencia de acabarte! Súfrote porque te sufre Dios, y manténgote porque eres suya; no me seas traidora ni desagraciada. Con todo esto, ¡Ahí de mí, Señor!, que mi destierro es largo; breve es todo tiempo para darle por vuestra eternidad, y muy largo es un solo día y una hora para quien os ama y os teme, si os ha de ofender. ¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad, sino vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuando será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, donde ya no seas libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, connaturalizado con la vida de tu Dios". Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso cuando te entrañares con este sumo bien. Ya no estarás triste y conturbaba por lo temores y aflicciones que ahora te atormentarán. Concédeme ¡oh regalo de los Ángeles y gloria mía! que yo viva y muera de tu amor, y te suplico que a mi Padre Fray Anselmo le des una medida copiosa y abundante caridad que rebalse y llene de tu amor a innumerables almas, para que subiendo al Cielo después de despacharme a mí acompañado de la Reina de los Ángeles y del Coro numeroso de estos Espíritus Angélicos y el número sin número de almas que ha llevado a ti; recibas su preciosa alma en los brazos de tu misericordia para que en ellos descanse, y reciba con abundancia el inmenso premio de su trabajosa vida, cantando eternamente tus misericordias. Amén.

Torno ahora en seguir lo comenzado. Le digo a Vuestra Paternidad, que al cabo de estos cinco meses de tranquilidad y bonanza empezó el celestial Esposo con mucho tiento a darme a gustar algunos tragos de su amargo cáliz, dándome a entender que me escogía para la esposa de su cruz. En este tiempo hicieron elección, y con la mudanza del Prelada y Maestra se conturbó algo la paz de mi espíritu, dándome a conocer Dios en esta ocasión, la flaqueza de mi natural; y que toda la disposición santa para obedecer sin ninguna repugnancia que en el tiempo anterior había tenido era todo dado de su Majestad sin diligencia alguna mía. Como estaba yo acostumbrada al estilo de las primeras, me costaba algún trabajo hacerme al estilo de la segunda Maestra. Todas son muy buenas; pero cada una tiene su modo. Una de las cosas que me atormentaban en gran manera era que fuese mi tía, temiendo no me quisiese sólo con amor del Espíritu, sino también con amor de carne y sangre que le temía yo a éste en la casa de Dios, como al infierno; pero como el Señor conoce y penetra lo más escondido de los corazones y la rectitud y buena intención del mío, permitió que me la pusieran, por lo mismo que yo no la deseaba; antes era la única que repelía mi corazón, por el motivo que a Vuestra Paternidad tengo dicho. Bien sabe Dios que no vine a buscar otra cosa que las humillaciones, desprecios y

abatimientos por amor suyo, deseando con ardientes ansias abrazarme con una vida obscura, penitente y escondida en Jesucristo hasta morir en su cruz.

Desde que la pusieron de Maestra sentí una repugnancia tan grande en mi interior para obedecerla que no lo puedo ponderar de otro modo, sino como el ir contra la corriente de un río impetuoso. Ya no me corría el tiempo del Noviciado como antes; sino que me parecía largo y duro. El buen Jesús me daba de continuo su gracia para que pudiese yo vencer y reprimir en mi interior las repugnancias que sentía. Fue éste un trabajo que purificó mi alma año y siete meses, ni al confesor no le decía nada de éste trabajo por temor de no mentirle a la Maestra. Sólo Dios era sabedor de mi aflicción y desamparo. Con todo de hacerme yo tanta fuerza para encubrir esta repugnancia no dejó la Maestra de percibir algo, creyendo le faltaba yo algunas veces al respeto y reverencia que le debía. Intención de esto, jamás la tuve por la bondad de Dios; sola una vez me venció mi natural flaqueza y le respondí con poca humildad, y me dura esta espina en el corazón hasta el día de hoy. Después de esto, Dios me ha tenido de su mano en todas ocasiones para que no caiga, concediéndome por su misericordia bastante paciencia y humildad.

Una vez que llamé desde la puerta del Noviciado a la otra novicia pensando yo no estaba la Maestra, creyó su Reverencia era ella a quien llamaba faltándole al respeto de llegarme al oratorio en donde estaba. La Prelada lo supo y me dieron mi reprehensión y penitencia por esto; yo me alegré mucho de que creyesen mal de mí; no habiendo en realidad ninguna falta delante de Dios, pues no había nada de lo que pensaba.

Estándome confesando con el confesor de mi Prelada por enfermedad del mío me preguntó una tarde, como que algo sabía, si yo no obedecía a la Maestra, o si le faltaba al respeto. Yo le respondí que no le faltaba en nada al respeto, al menos a mi parecer; que sólo anteriormente le había respondido con poca humildad. Con esto me mandó que de allí adelante fuese todas las tardes a postrarme a los pies de la Maestra pidiéndole perdón si en algo le había ofendido, y que me diese la penitencia que fuera su voluntad. No me acuerdo qué tanto tiempo duró esto, fueron meses, y como era todos los días, y yo no hallaba absolutamente en mí ninguna culpa de haberla ofendido, me era esta penitencia de suma vergüenza y pena. Sea todo por amor de Dios; ahora me alegro de aquellas humillaciones, venciendo mi soberbia con el auxilio de la divina gracia.

Otro trabajo padecí, porque muchas de las monjas no se podían ir a la mano en dejarme de hablar siempre que hallaban ocasión por el singular amor que Dios les dio a todas para mí, que yo me espantaba de esto, conociendo bien no haber nada apreciable en mí; que yo me espantaba de esto, conociendo bien no haber nada apreciable en mí. Bendito sea el que puso lodo en los ojos de las monjas para que no viesen mis defectos, y me recibieran en su Santa Casa.

Por esta causa del silencio pasaba yo muchas aflicciones, particularmente con una hermana que siempre me andaba buscando, y como la Maestra y celadora lo conocían me daban reprensiones, y me ponían esta culpa en capítulo y refectorio, que era para mí grandísima vergüenza. Sólo me consolaba que no estaba de mi parte quebrantar el silencio; antes deseaba yo que las hermanas profesas conociesen que hacían mal en hablarme, faltando a la obediencia por la costumbre del riguroso silencio que debemos guardar; pero en esto no conocerían ellas que hacían mal. En cuanto yo podía excusaba salir del Noviciado por no ser piedra en que tropezaran las monjas.

En todo lo demás seguía grandemente muy llena de gozo y de fervor, siempre, siempre ocupada en la presencia de mi Dios, aunque algunos ratos pasaba afligida por estas faltas antecedentes que pensaba yo si daría mal ejemplo con no tener fortaleza para quedarme callada cuando algo me preguntaban las monjas y por vergüenza de ellas mismas les respondía sí o no. Sólo en esto faltaba yo a la obediencia que me imponían de no hablar nada, nada, sino por señas, y aunque contra toda mi voluntad faltaba yo en esto, temía no obstante desagradar a Dios con la desobediencia.

Con todo de estos temores que a veces tenía de haber ofendido a Dios; se hallaba mi alma en toda quietud y sosiego, conociendo cada día más el beneficio grande de la vocación al estado religioso, deseando con vivas ansias infundirles a muchas almas el amor a los seguros claustros.

¡Oh Jesús bueno y gloria mía!, quién me concediera llamar a voces a innumerables almas descubriéndoles los tesoros inefables de tus misericordias con que inundas y regalas los corazones amantes que enteramente y sin reserva se consagran a tí; mas ya que no puedo dar voces, lleguen a tí mis clamores, te suplico Dios mío, alumbres y enciendas en tu amor a infinitas almas para que eternamente te bendigan. Amen.

Beati qui habitant in domo tua Domine, in saecular saeculorum laudabunt te. Qui melior est dies una in atriis tuis super millia. Elegi abiectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum. Dichosas las almas que logran habitar en vuestra casa Dios mío; y se ocupan en alabaros eternamente. Porque mejor es un día en tu atrio que mil en el mundo. Elegí mejor ser abatida en la casa de mi buen Dios, antes que vivir honrada en el lugar del engaño y de la vanidad.

El Señor me ha conducido por un efecto de su gran misericordia por los caminos de la verdad y me ha colocado en este lugar santo y seguro, para que abrazándome estrechamente con su cruz, y con la más perfecta mortificación del espíritu, consiga llegar al descanso eterno de su amoroso seno.

Acuérdame ahora con viveza la historia del santo Patriarca Abraham cuando puso la leña en los hombros de su querido hijo Isaac, y él con rendida obediencia tomó la carga y se ofreció a ser sacrificado por cumplir la voluntad de su Padre. Así, así me parece ahora, mi buen Padre Dios para conmigo, me ha traído a la falda del monte, dejando aquí a

los que traían la leña que me parece son las consolaciones sensibles que antes me aligeraban el camino, y ha puesto sobre mis flacos hombros la leña de muy amargas tribulaciones y trabajos, para que yo le siga subiendo con rendida obediencia por este encumbrado y oscuro monte, hasta conducirme su bondad, como a un cordero manso, al altar del sacrificio para ser herida con su amorosa mano con el dardo dulcísimo de su amor, y allí mismo en los brazos de mi buen Jesús muera la vida de este miserable cuerpo, y sea yo toda consumida y abrasada en las ardientes llamas de su amor; para que renaciendo como el ave fénix, me remonte en compañía de aquel, a quien he deseado, llegando con sumo gozo al campo hermoso y florido de la gloria. Amen.

Ya me parece, Padre mío, que veo en la hora de mi muerte a Jesucristo en la cabecera de la cama amparándome en los brazos de su misericordia, y que mi alma llena de confianza le dice: vamos amado mío, salgamos al campo de la eternidad, al campo y jardín de tu gloria en donde ya no hay pena, ni dolor, ni tinieblas ni temor de perders para siempre. Entonces sí, que mi alma será inundada y recreada cumplidamente en los caudalosos ríos que riegan la celestial Jerusalén de vino, leche y miel, saliendo del manantial inagotable del amoroso corazón de Jesucristo para colmar de gozos y delicias a todos los bienaventurados. ¡Oh regalo de los Ángeles y Dios mío ¿cuándo estaré segura de los peligros de este miserable destierro? Y sumergida para siempre en el mar inmenso de tus misericordias. ¿Cuándo será el día en que te diga: Transivit me per ignem et aquam, et eduxisti me in refrigerium? Entonces criador y dueño mío, mi alma trasportada de gozo os alabará eternamente.

Mi Padre Fray Anselmo, sin sentir me paso hasta el estado en que ahora me tiene Dios, tornó con el favor divino a seguir lo comenzado. Pasé de la manera que a Vuestra Paternidad tengo dicho de suma paz y contento en el alma nueve meses de Noviciado. Al cabo de ellos me tentó el demonio con la tentación más cruel y solapada que he padecido en mi vida, pues estaba cubierta con capa de virtud. Como el infernal enemigo no pudo hallar resquicio para cogerme, por estar mi alma cercada de las infinitas misericordias de su Dios, me procuró turbar con este tormento. Se cubrió mi corazón de una oscuridad y tristeza mortal, pensando si había errado entrando en este Convento y no en las Capuchinas, en donde me parecía hallar la vida austera y penitente que mi corazón deseaba, y que allí descansarían mi espíritu de los temores que por tener parientas aquí me atormentaban. Duré harto afligida algunos días sin poder desatar este nudo de las más espesas tinieblas y dudas. Yo decía: no temo ni al demonio, ni al mundo, ni a la carne, ya no tengo vergüenza de las criaturas; el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Yo lo que deseo es, acertar a cumplir la voluntad de Dios y asegurar mi salvación eterna. Si consigo esto, todo lo he ganado. ¡Oh Jesús! vida y deleite de mi corazón que es ver una alma en estas angustias sin luz y sin consuelo. No hacía yo otra cosa sino levantar mis ojos y manos al Cielo, esperando de tu misericordia el remedio de tan grave tribulación. No puedo explicarle a Vuestra Paternidad, Padre mío, lo que mi espíritu

padeció en este tiempo; ni me atrevía a decirle al confesor nada de esto, temiendo disgustarlo, pues había sido su voluntad que yo entrase aquí, pareciéndole lo más acertado. Con esto pasaba mi alma sola con Dios sus amarguras. En medio de todas estas tribulaciones no daba lugar a la tristeza en la oración, ni en el Oficio Divino, rezándole o cantándole con el fervor acostumbrado de mi espíritu; ni jamás me distraía de la presencia de mi Dios, por más afligida que estuviese, clamando de día y noche a las puertas de su misericordia.

Conoció una vez la Prelada que yo estaba llorando no obstante que de mi parte disimulaba todo lo posible para que no conocieran la aflicción de mi espíritu, y me preguntó ¿por qué lloraba? Yo respondí la verdad, que temía se habría errado en no haberme ido a las Capuchinas. Con esto su Reverencia se disgustó algo, diciéndome que si pensaba que allá no les iban a la mano en sus penitencias, que bien las mortificaban haciéndolas comer aún cuando no querían; pero que sobre todo, si yo quería irme estaban las puertas abiertas para que saliese. Fue esta última palabra como un puñal para mí atormentado corazón, pues yo deseaba que me dijese era tentación para consolarme, porque verdaderamente estaba yo muy contenta, todo lo que de esta Santa Casa me gustaba, y lo que mi espíritu quería era saber cierto ser la voluntad de Dios que yo profesase en esta sagrada Religión. Con toda verdad jamás quise salir de aquí; pero al Demonio le dio Dios licencia para que me atormentara, llenando mi entendimiento de obscuras tinieblas. Duró esto algún tiempo, hasta que me determiné a decírselo a mi confesor, quien me respondió que todo era tentación; que si tan mal agradecía el beneficio del Señor en haberme hecho hija de mi Santa Madre; que si me afligía el amor singular que todas las monjas me tenían, mucho más me querrían las Capuchinas; por ser de suyo más amorosas, y si deseaba más penitencias y austeridades, aquí las podía yo añadir a las de la Orden, yendo siempre con obediencia, que es lo que más agrada a Dios en las almas religiosas. Con esto quedé enteramente sosegada y contenta; se quitó la tentación sin quedar rastro de ella. Salí del confesionario otra de la que entré, conociendo bien que Dios quiere que se le descubra al confesor, no sólo los pecados, sino también las tentaciones y repugnancias que pone el demonio para inquietar las almas.

Quedé de suerte que ya me parecía estar en el paraíso con entero descanso y contento; y según estaba antes de me parecía haber salido de un horroroso sepulcro de tormentos, entrando en nueva vida, vida de paz y de alegría, cor meum et caro mea exultaverunt in deum salvatorem meum. Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios Salvador mío. ¡Quam bonus Israel Deus rectis corde! ¡Cuán bueno es el Señor Dios de Israel para los que son rectos de corazón! Bendígotte sumo bien mío, por la copiosa lluvia de tus misericordias con que en esta ocasión, y en todo tiempo has regado la tierra seca de mi corazón hasta ablandar su dureza con el agua hermosa de tu gracia para que empezara esta alma a dar copiosos frutos de perfecta caridad para tu gloria y alabanza.

En otra ocasión en que mi alma estaba atormentada con temores si acaso no era tan recta mi intención de agradecer solamente a Dios, como yo deseaba; sino que me parecía hacerlo todo bien por vergüenza, o temor de las monjas, y la risa en el Coro o en el capítulo de culpas, y cosas semejantes a éstas, y alguna aflicción o inquietud que sentía en el interior si me negaban las licencias de ayudar a las hermanas en sus oficios, y más cuando estaban enfermas. Por ser novicia no me daban licencia muchas veces, y la natural compasión, queriendo siempre quitar el trabajo a todas me servía de martirio por estar encerrada en el Noviciado y sujeta a la obediencia. Esto mismo que era particular misericordia de Dios me atormentaba por estar entonces mi alma en alguna oscuridad, no conociendo el precio grande de la ciega obediencia.

En estos días vino el padre Lanuza y me mandó a llamar al confesionario, le dije la inquietud y tormento que sentía de que no me dejaran ejercitar la caridad con las hermanas cuanto yo deseaba, y los temores que tenía de no estar en gracia de Dios, por hallarme en sequedad, y ya no con los continuos regalos de los principios, y el sentir en el interior, algunas repugnancias para obedecer con rendimiento de juicio, y su Padre me respondió que estaba mi alma en gracia de Dios, que lejos de disgustarlo con pedir estas licencias lo agradaba, pues lo hacía por la caridad con las hermanas, y por amor de su Majestad, y que recibía el Señor estos deseos por obras, agradándose también de mi obediencia, y que no estaba obligada a más. En lo demás de temor y aflicción me dijo que me tenía Dios en la purgación del espíritu, y que en nada había la menor falta; pues caminaba segura, teniendo a Dios por norte de mis acciones, y que me daba la palabra que en el Cielo cuando yo entrase me diría: ya lo ves, cómo es verdad lo que te dije. Con esto quedé muy consolada, y más contenta cuando me dijo que por la diligencia que hacía para que entrase una religiosa que ahora ya está profesada, le procuraba yo al Señor no un templo de arena y piedra; sino un templo vivo en quien sería su Majestad alabado eternamente. Dejome este santo Padre con grandísimo contento, y mi alma se llenó de nueva confianza en las misericordias de su Dios. En la oración, aunque no dejaba de pasar algunas sequedades, luego de improviso sentía mi alma la presencia de su amado, con seguridad grande de que Dios estaba en mí, con un modo maravilloso; pues era como hablarme este Dios mío, dándome a entender con mucha claridad que quería de mí una perfección muy grande, una total negación de la voluntad y suma pureza de corazón, un puro padecer en el espíritu y en el cuerpo para que fuese mi vida perpetua cruz. Al mismo tiempo que este divino Señor me daba a conocer el camino de amarguras que me preparaba, llenaba mi espíritu de la mayor fortaleza y con toda voluntad y alegría oía en la oración y fuera de ella sus amorosas palabras. Esto entendía yo en lo más interior del alma, y muchas veces me ponía su Majestad delante el premio grandísimo de gloria que me esperaba si con fidelidad guardaba hasta la muerte lo que con su gracia le iba a prometer en la profesión religiosa.



Ahora me espanto, Padre mío, y bendigo al Todopoderoso al considerar la constancia y valor de mi corazón, que entonces se me concedió por las manos benignísimas de mi Dios rico en misericordias. Me abracé de veras desde entonces con los mayores trabajos que me podían venir, ya fuesen tribulaciones en el espíritu, dolores en el cuerpo, o persecución del demonio, o de las criaturas, testimonios, cárcel perpetua y otras cosas semejantes, pues nada de esto que me podía suceder me afligía; antes lo deseaba con todo el corazón, siendo mi voluntad el padecer mucho por amor del que por mí murió en una cruz. De continuo decía mi alma con sumo gozo: Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi; per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus. Qué trabajos se me podían poner delante que yo no los tomase de buena voluntad por amor del celestial Esposo, y esto conocía yo con toda verdad que no eran sólo deseos; sino también obras, pues ofreciéndose algunas ocasiones de padecer; lo llevaba, no sólo con paciencia, sino con sumo gozo, no pareciéndome nada las tribulaciones de esta vida, para la futura Gloria que espero. ¡Oh Jesús de mi corazón! ¿qué se hizo aquella fortaleza sobrenatural con que alimentabas mi alma a todas horas; dándome hambre insaciable de los trabajos, y sed ardiente de beber las más amargas aguas de las tribulaciones para conseguir por este medio llegar a ser perfecto holocausto de tu amor?

Este amor de mi Dios, era, Padre mío, todo el fin de mis deseos. Siempre estaban gravadas en mi corazón las palabras de San Pablo. ¿Quis ergo me separabit a charitate Christi? Tribulatio an angustia, an fames, an nuditas, an periculum: an persecutio, an gladius. Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque Angeli, neque Principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit me separare a charitate Dei. Y cuando esta lección la decía en el Coro regalaba el Buen Jesús mi corazón con extraordinario fervor, deseando con vivas ansias infundir con estas palabras en los corazones de las monjas el amor de Jesucristo. Todas las misericordias que este amado mío hacía de continuo a mi alma, le suplicaba yo a su Majestad se las concediera a todas las almas Religiosas, pidiéndole que ninguna volviese los ojos al fuego de Sodoma, quedando estatuas de sal; sino que con fidelidad y constancia llegásemos todas a la seguridad eterna de la gloria.

Bien me parece que por la bondad suma de Dios pasé todo el Noviciado amparada bajo de la sombra del Divino Manzano, embriagada con el licor precioso de su sangre, y alimentada con los frutos de su pasión y muerte. Me era particular consuelo tener la oración delante del Señor Crucificado del Coro, y creo que al corazón más duro le moviera a compasión ver la imagen de este Divino Señor. Tiene en el hueso de junto el ojo izquierdo una llaga tan viva y dolorosa que parece se la acaban de hacer. Todo él está sumamente desfigurado y mortal; pero muy hermoso. Como sudor de las agonías de la muerte se le ve en el rostro. ¡Oh hermosura de los Cielos en quien se miran todos los Ángeles y Bienaventurados! Como te han puesto los yerros de mis ingratitudes, recibe

ahora ¡oh Dios mío! mi corazón contrito y humillado, traspasado con tu dolorosa vista; llágalo con tu amor, y tu amor corte el hilo de mi vida para que eternamente le alabe. Amén. No había vez, mi Padre Fray Anselmo, que yo alzara los ojos a este Divino Señor que no sintiera mi corazón inflamarse más en el fuego de su santo amor, y estando mi alma afligida, con su vista quedaba sana.

En el amor a la Reina de las Vírgenes y Madre nuestra María Santísima crecía yo por momentos, y conocía claramente en todas ocasiones su maternal amor para conmigo. A los seis meses de Noviciado fueron los segundos votos para la profesión, ajustándose por particular misericordia de Dios y de la Virgen, en sábado 21 de Mayo, que rezamos la translación de nuestro Padre San Juan de la Cruz. Yo me alegré mucho, teniendo esto por indicio de que la Virgen y este glorioso Santo me recibían por hija muy suya. El examen también fue en sábado, y el día de la profesión secreta en miércoles, días dedicados a esta benignísima Madre, y por eso, y todo lo demás no dudo que por las misericordiosas manos de mi Señora han venido a esta alma los innumerables beneficios del Señor, en que ha sido engolfada.

Puedo decirle a Vuestra Paternidad, Padre mío, que jamás ni por un momento quise volver al mundo; todo mi deseo era desde que entré en la clausura, no perder un instante del precioso tiempo que se me concedía para la santificación de mi alma. Antes que tanto me atormentaba la enfermedad porque me impedía ser Religiosa; en estando aquí, luego se fue quitando este miedo de perder la salud, que no me parecía otra cosa que grillos para caminar a la perfección; y porque de esto le diré a Vuestra Paternidad en lo de adelante, lo corto ahora.

Ahora me parece cierto haber pasado el año del Noviciado en gracia de Dios con mucho temor suyo, y en muy gran pureza de conciencia, procurando mantener mi corazón en toda inocencia, por lo que tomé por norma de mi Noviciado a San Luis Gonzaga para imitarlo en un todo. El libro que tenía siempre en la celda era la vida de mi Santa Madre, aprendiendo de su celestial doctrina a ser verdadera hija suya. No tuve más tentación que la que a Vuestra Paternidad tengo dicha, porque tiempo me faltaba para lo que había que hacer. Había noches después de Maitines que me pasaba cosiendo hasta las doce, ó más de la noche, no porque me apuraran, sino por vergüenza de tardarme con el oficio. El Oratorio y tránsito del Noviciado todos los días lo barría y fregaba, a más de lo de fuerza que me tocaba; pero todo lo hacía con contento; para nada tenía desgano, y una agilidad y salud en mi cuerpo que todas se admiraban y bendecían a Dios porque me concedía tan completo gozo.

Mi confesor me preguntaba si tenía pereza para madrugar, o para lo demás, o si me repugnaban las monjas. A mí me hacía gran fuerza que me dijera esto, pues por la bondad de Dios ni conocía la pereza; al primer golpe de la campana para todos los actos de Comunidad, luego estaba pronta, haciendo sumo aprecio de la obediencia. Todo, todo me era suave. Las noches las pasaba muy buenas, contenta de sentir algún cansancio. El

alimento todos los días me era regalo. Con toda verdad es esto que le digo a Vuestra Paternidad, y en fin me llevaba el Señor como a flaca; pero con muy claro conocimiento que aquello que iba a prometerle para toda la vida, me pareció tener fuerzas para cumplirlo perfectamente con el auxilio de su divina gracia.

Nada, nada deseaba absolutamente del mundo, sólo que todos me sepultaran en eterno olvido. El estar con Madre y hermanos en la reja, sí me daba consuelo y quedaba algo triste después, no porque quisiera irme, sino porque los dejaba de ver. Esta era flaqueza del natural, pues mi corazo estaba pronto para no tener este consuelo si me concedían la licencia. Toda yo me hallaba dispuesta para sacrificarme por amor de Dios.

A los diez meses fui al refectorio con la mortificación que se acostumbra a pedir a toda la Comunidad que me recibiesen por amor de Dios, aunque yo no era digna de que me admitiesen. Después fueron los últimos votos que salieron completos por la bondad de Dios.

En este tiempo le acreció la enfermedad a una monja dándole el mal de la muerte, y como ella quería que yo la velase, me daban licencia algunas noches, siendo para mí particular consuelo poderla aliviar en sus dolores, porque no podía moverse de hinchazón muy grande y llagas. Cada vez que era menester alzarla, llamaba yo a la Santísima Virgen en mi ayuda, y por eso se consolaba tanto la enferma conmigo. Conocía yo muy de veras que la Virgen hacía todo lo bueno en mí, porque mi inutilidad es grande, y no soy capaz de hacer nada bueno. Al amanecer le daba gracias a Dios y a su amorosa Madre por el beneficio que me hacía de que la enferma se aviniese conmigo. Ella con mucho amor me envió su voto, y después que me llevaron a abrazarla, lloró, que me dio lastima, diciendo que ya no tenía el gusto de verme profesar; pero que yo sería una santa, colmándome Dios de muchas bendiciones; (quiera Dios que esto sea como ella lo dijo) Cuando la sacramentaron y le dieron el santo óleo, me alegré más de hallarme en la casa de Dios, al ver la muerte tan sosegada que tienen las Religiosas, y los grandes consuelos con que el Celestial Esposo regala a sus almas. Ínterin estaba en agonía estuve allí admirándome de su tranquilidad, estando tan cerca de entregar su alma a su criador. Yo como todavía le temía a la muerte, me parecía muy duro aquel paso, considerando allí en su cama al Divino Juez tomándole muy estrecha cuenta; pero el mismo Señor me desengañó, haciéndome conocer en esa ocasión que a sus Esposas que le han sido fieles hasta la muerte, no las recibe en aquella hora sino como Padre y Eterno Esposo. Luego que expiró que le cantaron el responso la bajé yo de la cama con otra hermana para tenderla en el suelo. Aquí fue donde Nuestro Señor me quitó por su bondad el horror y miedo que antes tenía a los cuerpos muertos. También me cupo llevarla cargada al Coro, y en todo este tiempo estaba el Buen Jesús llenando mi alma de celestiales luces y santas inspiraciones con que cada momento afirmaba más en mi corazón el deseo de ser toda suya. Hasta la voz me creció para cantarle con mucho fervor la vigilia. No puedo olvidarme de esa noche porque fueron llovidas las misericordias del Señor para con mi alma. Tuvimos la oración de

Comunidad delante del cuerpo, y al mismo tiempo que había sentido su muerte, pero en mi interior tenía certeza muy grande de la predestinación de aquella alma. Sólo a las cuatro de la mañana que me quedé sola con la muerta, me dio un horror tan grande que pienso fue causado del demonio, y salí a toda prisa del Coro; luego se quitó este temor, y antes me daba devoción verla tendida con el santo habito y muchas flores.

Como a los cinco días de esto fue el examen para la profesión. Por la mañana vino mi confesor a confesarme, y me preguntó si me querrían las monjas, yo le dije que todas conocía yo que me recibían con gusto. Después me dijo que su merced conocía bien que Dios me había favorecido con darme una vocación perfecta; pero que era menester que yo demostrase bien que estaba contenta, porque mis deudos pensaban que su merced y Madre me habían metido a fuerza de monja, y para que se desengañasen era menester estuviese alegre a la tarde. Yo, por la suma bondad de Dios, desde que entré en esta tierra de promisión, que mana leche y miel de celestiales consuelos, rebozaba mi alma en alegría, tanto que hasta en el rostro me conocían las monjas el gozo en que a todas horas era inundado mi corazón. ¡Bendito sea el que con la suave y dulce cadena de su amor me trajo a este santo monte de delicias, no por fuerza; sino con toda voluntad mía! ¡Oh cómo quisiera Jesús mío deshacerme en alabanzas eternas por las infinitas misericordias que mi alma ha recibido de tu amor!

En esta tarde del examen me recibió Madre con uno de mis hermanos. Cuando yo me vi en los brazos de mi querida Madre sentí grande consuelo, y mucho se alegró mi natural de estar con los míos, pareciéndome un rato muy corto desde la una hasta las siete de la noche. En el examen me fue muy bien, respondí con toda verdad y alegría, que por mi voluntad quería abrazarme con el estado religioso, y sólo por amor de Dios y asegurar mi salvación eterna. En la salud, lo mismo respondí, que estaba buena porque Dios me sanó enteramente en el Noviciado; y así nada de esto me afligió entonces ni turbó mi corazón. Todos vieron que sin procurarlo yo estaba contentísima. En el corto espacio que le hablé a Madre a solas le procuré quitar toda pena diciéndole con la mayor sinceridad que me hallaba como en la gloria, que nada me repugnaba, pareciéndome las monjas Ángeles, y que a todas horas bendecía a Dios por haberme traído a su Santa Casa, y que mi alma se hallaba de continuo penetrada dulcemente de las misericordias de su Dios. Con todo lo que yo le dije quedó sumamente contenta a mi parecer. Con mi Fray Miguel, también tuve grande consuelo y con mis otros hermanos grandes y pequeños.

Así que me mandaron llamar las monjas, se acabó para mi corazón aquel contento, parece que me lo hacían pedazos con garfios de acero. Me hallé sumergida en un instante en la más profunda tristeza cuando me solté de los brazos de mi amada Madre, y de todos los míos, fue como arrancárseme el alma. Mi confesor iba detrás diciéndome tuviese valor para este último sacrificio por amor del que tanto me amaba y llenaba de beneficios. Ni la mitad de esto fue cuando tomé el Santo Hábito; estaba yo entonces con bastante fortaleza dada de Dios; pero en esta ocasión me dejó su Majestad sentir toda

la flaqueza del natural con el dolor que jamás he sentido. Como recibieron las monjas, solté el grito, llorando sin estar en mi mano el reprimirme. Las monjas todas se rodearon de mí para consolarme diciéndome que Dios recibía el sacrificio de mi corazón para recompensármelo con muy dulce muerte y eterna gloria, y otras cosas a este tenor. Yo en medio de mi aflicción les decía vayan al torno a decirle a Madre que estoy contenta y hasta las monjas lloraban de verme, conociendo no estaba en mi mano aquella flaqueza. Tres días y tres noches se escondió el Esposo de mí, para probar mi fidelidad. En la amargura de mi corazón decía yo: alma mía, ¿en dónde está tu Dios y el centro de tu reposo? ¿Qué haré Jesús mío que no te encuentro? ¿Por qué me has dejado como pájaro solitario, privándome de tu amable compañía? ¡Oh Dios de mi corazón!, no dilates darle el consuelo de tu amorosa presencia a esta tu cautiva que se ha separado de lo que más amaba por tu amor.

Así Padre mío muy amado buscaba yo a mi Dios en el Coro, en la celda, en la oración, entre las monjas, y dentro de mí misma y no le encontraba; hasta que a los tres días oyendo el amado mío los clamores de ésta su escogida, se dio a conocer vivamente en lo más interior de mi alma, volviendo toda mi tristeza en gozo, y suma quietud, deseando con las mayores ansias que se llegara el día de la estrecha unión con Jesucristo. Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus.

Un mes antes de profesar comenzó para mí otra aflicción instándome Tata Toyo y Tata Chente para que dispusiera yo a mi voluntad de la tercera parte que me tocaba. Aunque mi deseo era que fuese para Madre, pero las necesidades de los pobres las tenía en el corazón; pidiéndole al Señor y a la Virgen empecé a decir lo que Dios me iba alumbrando. Sólo decía a mi confesor los nombres de las personas, y allá mis hermanos grandes que eran mis segundos Padres disponían la cantidad de las limosnas, avisándome con singular amor lo que disponían. Ya se había acabado el tercio y todavía vino mi hermano grande (que en paz descanse) para que le dijese yo con toda satisfacción si quería yo otras limosnas o alguna otra cosa. No puedo olvidarme de su caridad y paternal amor que siempre me tuvo. Después de concluido todo, le pareció muy bien lo que yo había pedido según me dijo mi confesor, y que a Dios le había sido muy agradable mi disposición, quedando todos muy contentos. Yo bendije al Señor, dándole muchas gracias por este beneficio, y también a la Reina de los Ángeles, a quien pedía yo me alumbrase, bien conocí que no fui yo quien pidió nada bueno; sino una voz interior que me iba instruyendo en lo que había de decir.

En haciendo la renuncia quedé sumamente descansada y contenta, y más considerándome rica con el tesoro inmenso de los Cielos mi Señor Jesucristo. Me consolé mucho con la carta de Madre en que me llenaba de bendiciones, diciéndome que había puesto mi renuncia en manos de mi Madre la Virgen para que la presentase a sus precioso Hijo, de cuya bondad y misericordia de Hijo y Madre esperaba abrazarían mi corazón en su amor, y me coronarían de inmortal gloria en el Cielo. Mucho me alegré con esto.

Poco antes de entrar en ejercicios me cayó una fluxión muy grande a la cara, y aunque tres noches pasé sufriendo el dolor sin decir nada, así que se me hinchó me lo conocieron, y me hicieron quedar en la cama por la gran calentura que me dio. Algo me afligió con esto, temiendo se retardase el día de la profesión, y me mortificaba mucho la vergüenza de que me sirviera la Maestra y hermanas; pero al mismo tiempo me alegraba de estar en la casa de Dios. Todo quiso su Majestad que pasase antes de la profesión, mudanza de Prelada y de Maestra, muerte de Religiosa, tabla de oficios y estar en la cama. Nueve días antes de la profesión estuve mejor, y entré muy llena de gozo a hacer los ejercicios de San Ignacio para prepararme al sacrificio que con toda voluntad le iba a ofrecer a mi Divino Esposo, los comencé con su gracia.

### TERCER CUADERNILLO

Como al quinto día de los ejercicios me perturbó el demonio con un temor grandísimo de pensar que no estaba mi alma en gracia por haber traspasado un poco la obediencia con los cilicios; fue cosa tan ligera que hasta después la advertí. Llegó la antevíspera de la profesión y me confesé bien de esta falta, haciendo también confesión general de la vida pasada, aunque no con la menudencia de la anterior. Yo quedé muy contenta, y le dije a mi confesor que no viniera al otro día, porque quedaba mi alma en suma paz y quietud, pero luego volvió a perturbarme el enemigo de la paz con la misma falta. El entendimiento se me obscureció de tal suerte que no descubría la menor luz; todo era tinieblas y aflicción grande en el espíritu. Al día siguiente que era la Profesión secreta llegué cerca de la ventanilla y me revolví diciendo que ya no comulgaba, temiendo mi condenación eterna, si recibía al Señor en pecado mortal. La Maestra me cogió y me hizo ir a comulgar. A las doce de ese día, como seguía la aflicción, me dijo la Prelada que fuese con su Confesor. Una hora entera me estuve confesando de esta falta, que verdaderamente después conocí no había nada más que enredo del demonio, que estaba rabioso con que yo me quedase en esta Santa Casa. Después de confesarme a gritos y llorando amargamente, me quedé en la misma tormenta y aflicción, y la mayor pena era que pensaba ser nula la Profesión si la hacía en pecado mortal. Así que me dijeron no era nula, me consolé, pero deseaba con las mayores ansias estar en gracia de Dios para ofrecerle mi alma pura y limpia a sus Divinos ojos. Todas las monjas contentas y llenas de gozo porque me iban a tener segura de su compañera, y yo llorando con la necedad de pensar estaba en pecado. Amaneció en fin, el día de mi Padre San Juan de la Cruz, 24 de Noviembre, día de las misericordias del Señor para con esta alma. Fui a comulgar, pero llena de temor y amargura. Ya faltaba poco para la Misa de la Profesión y yo hincada delante del Santo Crucifijo, diciéndole que todo lo que le había pedido en el año del Noviciado me lo había concedido, que ahora no me negara esta gracia, que era que viniese el Padre Lanuza antes de la Misa para que me confesara. Yo solo supliqué al Señor; pero no dije nada a la Prelada, ni a la Maestra. Este Santo Padre, de su voluntad, preguntó si quería yo algo, y le dijeron que estaba muy afligida. Con esto se fue al confesionario y me

llamaron, en llegando me empezó a preguntar con muy grande amor qué me afligía. Yo no podía absolutamente decirle palabra, según estaba mi alma inundada en un mar de tribulaciones, hasta que lloré recio pude hablarle y le dije esa falta y lo demás que me acordé. Todo me lo deshizo diciéndome que no había en aquello, y que para que me consolara me absolvía de todo lo que hubiere delante de Dios que mi alma estaba hermosa a los ojos de aquel a quien de toda voluntad me entregaba muriendo enteramente al mundo y a mí misma para sólo vivir en Jesucristo, y para Jesucristo, y me dijo también que ofreciera su alma junto con la mía en mi sacrificio. Salí del confesionario otra de la que entré; lleno de gozo inexplicable mi corazón y con una certeza tan grande de estar en gracia de Dios que sentí mucho no morirme en acabando de hacer la profesión; y jamás he tenido menos temor de Dios que entonces, por que no tenía la más mínima cosa que me afligiera en mi conciencia; llena de confianza en la suma bondad de Jesucristo, y el entendimiento esclarecido con luz superior, conociendo el infinito amor de este Dios mío para con mi alma. En entrando en el Coro con la Comunidad todas las monjas cantando el himno ¡Oh Gloriosa Virginum!, me pareció entrar en la gloria. Oí la Misa sumergida en el mar inmenso de las misericordias del Señor, derramaba su Majestad a manos llenas sus Divinas luces y gracias en mi alma. Allí se me dio a conocer con toda claridad la vanidad del mundo y sus engaños que todo es una sombra que pasa en un momento comparado con la eternidad. Toda la Vida Religiosa, aún abrazándome desde entonces con la más perfecta obediencia, y las mayores austeridades me parecía un momento si yo conseguía mi felicidad eterna. En el sermón que me dijo el Padre que mi herencia en esta corta vida era la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, el silencio, la vida escondida en Jesucristo, las austeridades y penitencias, la caridad con todas las monjas, y sobre todo, el inmenso tesoro del amor puro y grande del celestial Esposo con que sería enriquecida en esta vida, y después eternamente en la otra. Y me puso también por modelo de mi vida a nuestro Padre San Juan de la Cruz. Desde ese punto me abrasé con toda voluntad con esta riquísima herencia, porque ella me hacía eternamente feliz. Así que se acabó la Misa se engolfó mi corazón en un mar de gozo y alegría, al ver que mi alma se unía estrechamente con su amado para no separarse jamás. Ínterin se llegaba la hora de la Profesión me hincaron delante del Santo Crucifijo. Allí se me concedieron innumerables y singulares favores. Allí a la sombra del divino manzano en el altar de mi corazón puse toda mi voluntad ofreciéndosela enteramente a mi buen Jesús, y le pedí que abrazara y consumiera esta voluntad con el fuego de su Santo amor. Me entregué, Padre mío, con todas veras a mi Criador sin reserva alguna y con todo el corazón, pero con la mayor alegría. Yo conocí de una manera que no puedo decir que estaba junto a mí la Virgen, ofreciendo como amorosa Madre el sacrificio de esta hija suya. Innumerables Ángeles me pareció había en el Coro. Yo entendía esto con mucha claridad. Luego que me llevaron a la ventanilla tuve muy gran deseo de tener una voz de Ángel para cantar muy bien y recio la profesión para gloria de Dios y de la Santísima Virgen María, deseando con las mayores ansias infundir en muchas almas el deseo de entrar en Religión. Así que profesé

y me hallé presa en la clausura con la dulce y suave cadena del amor de Dios y enclavada en la cruz de Jesucristo con los votos de obediencia, castidad y pobreza se anegó mi alma en grandísimo deleite y estaba como fuera de mí de contenta. Luego le ofrecí al Señor mis votos en presencia de todo su pueblo, y en sus Santos atrios. En oyendo al sacerdote que me decía: *Veni Sponsa Christi*, y las monjas siguieron: *accipe coronam quam tibi Dominus praeparavit in aeternum*, me pareció que el mismo Dios y los Ángeles me hacían esta promesa. Después del salmo, *Exaudiat te Dominus* me llevaron al medio del Coro para que dijese al Señor estas palabras: *Suscipe me Domine secundum eloquium tuum et vivam et non confundas me ab expectatione mea*. Y luego me pusieron el velo diciéndome: *Accipe velum sacrum pudoris et reverentiae signum quod perferas ante tribunal Domini nostri Jesuchristi, ut habeas vitam eternam et vivas in saecula saeculorum*. Amén. En oyendo estas palabras me creció más y más el deseo de sepultarme enteramente a todo lo transitorio y perecedero, para que mi alma pareciera hermosa ante el tribunal del Divino Juez.

Después que entonaron el *Te Deum* me postraron en cruz en la jerga negra delante del Santo Crucifijo, allí me consideré muerta al mundo, y a mi misma, y pedí con el mayor empeño por las almas del Purgatorio, y por las de mi mayor obligación y sepulté de nuevo en el agujero de la piedra a mi querida Madre y hermanos y a cuantos se me habían encomendado, y luego de esto se recostó mi alma en el pecho de su amado, allí dormí embriagada con el licor suavísimo de su amor con un deleite como de la Gloria y mi alma engolfada en este gozo decía: *Haec requies mea in saeculum saeculi; hic habitabo quoniam elegi eam*. Entonces mi Padre Fray Anselmo puede decir con toda verdad: *secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuae laetificaverunt anima meam* ¡Oh Jesús bueno y gloria mía quién pudiera decir las misericordias sin número con que alegraste y favoreciste mi alma en este día de tus bondades!

Todo el tiempo que estuve tendida en el lugar en que lo seré después de muerta estuve como en la gloria, tanto me alegraban el canto de las monjas, como lo repiques, y más le puedo decir a Vuestro Padre que me alegré con el doble que se da ínterin las preces y oración, significando esto la muerte de la Religiosa al mundo y a sí misma. Así que me levantaron par abrazar a las monjas oyéndolas cantar: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*, se me abrazó el corazón en un incendio tan grande que me pareció abrazar con él a todas las monjas: el mismo gozo de mi alma salía hasta mi rostro. Mi corazón y mis huesos se alegraron en su Dios. No sentí en ese día la menor desconfianza de mi eterna salvación; antes lo contrario, certeza muy grande de tener a mi buen Jesús muy contento. ¡Oh regalo de los Ángeles y centro de mi descanso!, cómo no he sido un serafín en amaros, y un querubín en conoceros. Después de haber tú, Dios mío, enriquecido mi alma con los tesoros inmensos de tu gracia y de tu amor con tantas luces y misericordias. Mas ya que no he correspondido como debo en estos años, concédeme Jesús de mi alma que desde este punto ponga con presteza los leños



aromáticos de todas las virtudes, y con el fuego de tu amor los encienda, y con las alas de mis deseos haga subir las llamas de este fuego divino, quedando por tu bondad abrazada y consumida en este incendio de tu amor para renacer como el ave fénix a la vida eterna, en donde para siempre te alabe, Amén.

Todo el año del Noviciado no me acuerdo haber deseado la muerte, hasta este feliz día de mi profesión en este día de misericordias me regaló el Señor con este precioso don. Allí acababa de ser cautiva del amor eterno. En la presencia de Jesucristo sacramentado y delante del Santo Crucifijo, sentí que el mismo Jesucristo traspasó mi corazón con el dulce clavo del deseo grande de la muerte; deseo verdadero y perenne, que me ha durado sin disminución hasta el día de hoy. En el mismo punto que profesé quise con las mayores ansias quedar muerta en los brazos de mi Criador y Esposo, a quien de todo corazón me había yo entregado y deseaba verdaderamente asegurar su posesión eterna, por la certidumbre en que estaba mi alma de estar en su Divina gracia.

Yo pienso, Padre mío, que en llegando la hora de mi muerte he de cantar como el cisne que lo hace así cuando está cercano a morir según será grande el gozo de mi corazón. Así lo espero de la misericordia de mi Dios a quien suplico humildemente me conceda la gracia de que Vuestro Padre entregue mi alma en sus manos para que eternamente le alabe amén.

Cuando después me llevaron que viese a Madre en la reja la encontré llena del mayor gozo, bendiciéndome con mil bendiciones y me dijo que yo la había honrado y favorecido con tomar por Esposo a Jesucristo, y todos muy contentos. El Señor derramó la alegría en los corazones en esta ocasión. Después del examen que fuimos al refectorio cantaron las monjas: *Laudate Dominum omnes gentes* que me pareció canto de la gloria. Todo este día le pasé como fuera de mí, anegada en las misericordias de un Dios infinitamente bueno y lleno de bondad para mi alma.

En profesando ya me quitaron el candado de la boca para poder hablar con las monjas, pero yo me lo puse de nuevo con estas palabras que de continuo las repito. *Pone Domine, custodiam ori mea et ostium circumstantiae labiis meis.* En llegando la noche que me vi en la cama con la misma jerga que me han de poner en el ataúd, me alegré sobre manera, y más hallándome ya segura en la casa de mi Padre Dios. Desde entonces perdí enteramente el cuidado de la salud del cuerpo deseando únicamente la perfección y santificación de mi alma. Cuando me decían las monjas que yo misma me quitaba la salud con mis indiscretas penitencias, y que Dios no quería sino la perfecta mortificación del espíritu, decía yo en mi interior, y algunas veces de palabra: *Haec facere, et illa non omitere.* Con el ejemplo de los Santos, que el mismo Jesucristo me ponía delante, no podía yo desentenderme de la voz interior que me hablaba, diciéndome que una perfecta mortificación quería Dios de mí, así en lo interior, como en el exterior, y una pureza grande del corazón. Yo, mi Padre Fray Anselmo, me determiné con el favor de Dios y de la Virgen a empezar una vida nueva, abrazándome con el instituto de mi Sagrada Religión

de Oración Continua, Silencio, Soledad y Penitencia. En lo que es la penitencia, jamás Padre mío falté a la obediencia y siempre, siempre pedía licencia por los deseos de más austeridad que Dios ponía en mi alma. Es verdad que por la suma bondad de Dios, recibí de su misericordia espíritu y fervor para caminar a la más encumbrada perfección, y mi deseo fue desde entonces no omitir diligencia alguna para llegar a ser santa. Sin procurarlo yo, daba el buen ejemplo a todas las monjas porque mi buen Jesús me hacía ejercitar las virtudes sin ningún trabajo mío, antes con sumo gozo, y su Majestad encubría todos mis defectos para que relucieran las virtudes.

¡Oh Dios, y Señor mío!, cuando me acuerdo de tantos y tan innumerables beneficios que he recibido de tu misericordia, quisiera deshacerme en lágrimas de contrición al ver que no he correspondido, como debo a tantas gracias y misericordias. Concédeme Jesús de mi alma que desde este punto te ame y que tu dulce amor consuma todas las frialdades de la vida pasada, para que no viva yo más en mí, sino en ti, y tú en mí, Jesús mío.

En entrando en el año del Jovenado se sigue lo mismo con la misma sujeción que en el año del Noviciado, pero con muy distinto consuelo por la seguridad que se tiene de estar ya segura en la Casa de Dios. Siete años y dos meses guardé con la perfección que pude con el auxilio de la Divina gracia la Regla y Constituciones, sin dispensarme en lo más mínimo, ni jamás pedí me dispensaran en nada, hasta ahora seis meses que comencé a comer carne y no ayunar por obediencia. En las mortificaciones de supererogación también procuraba ser fiel a Dios, teniendo presente que quien es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho, y que los trabajos de esta vida no son dignos para la futura gloria que esperamos. El primer oficio que me tocó por tabla de barrer la recreación y poner luz, lo hacía con mucho gusto, teniendo siempre la pieza muy aseada para las monjas, considerando que servía a Dios en ellas. Seguía en el Noviciado con el mismo gozo que antes. Los oficios de semana los hacía bien, y sin ninguna pereza. Para levantarme de mañana lo mismo en oyendo las tablillas cuando me cogían dormida luego salía para el Coro, y en los demás actos de la Comunidad en oyendo el primer toque de la campana me parecía la voz de Dios que me llamaba sin detención, y así le obedecía prontamente. Como tenía salud lo hacía todo con mucha agilidad y contento porque la virtud de Dios estaba conmigo. Siempre les estaba diciendo yo a las hermanas: *Servite Domino in laetitia. Servid al Señor con alegría* porque deseaba verdaderamente infundirles aquel singular gozo y alegría de mi corazón que ni por un momento se disminuía me repugnaba naturalmente que quejaran del trabajo, cuando se debían alegrar con que la Religión las ocupara y me parecía poco espíritu de algunas monjas, pero ahora conozco la gran falta de humildad que tuve entonces en pensar esto; pues todo lo bueno que había en mí era de Dios y nada mío; porque ahora estoy hecha una miseria de desaliente y a todas les tengo gran compasión pensando están como yo.

En las comuniones me hacía el Señor particulares mercedes y lo más ordinario era representarme Jesucristo como cuando estaba su Majestad en los años de su

predicación, con muy singular hermosura con su túnica color de rosa y su manto azul y su corazón y llagas muy patentes, pero no afligido como en pasión, sino contento y lleno de agrado lo sentía y veía con los ojos del alma mejor que con los ojos del cuerpo y esto sin procurarlo yo, sino sólo el tiempo que su Majestad quería hacerme esta merced. En acabando de comulgar era sentirlo en esta forma dentro de mi alma, y otras veces en forma de niño muy hermoso. Por esto creo yo que soy tan mal contenta con las imágenes de Jesucristo, que ninguna me llena y gusta enteramente y siempre tengo en mi corazón grabado su hermosura que nunca se me borra y porque de estas cosas le diré aparte a Vuestro Padre no le digo más y sigo con el hilo de mi vida. Llevo siete años de dormir en el trozo. Las primeras noches las pasaba muy malas, pero acordándome que Jesucristo no tuvo en la cruz en donde reclinar su cabeza se me hacían suaves, y al fin me hice tanto que dormía en él grandemente, a la almohada le di dimisorias, la envolví en un paño y la metí en un cajón de ropería para las enfermas, con propósito de no usarla ni en la enfermedad de la muerte, pero como soy hija de obediencia me quitaron el trozo en esta enfermedad y me pusieron la almohada. En las disciplinas de sangre no podía yo cuanto deseaba por estar sujeta a la Maestra de Novicias en el año de Jovenado no tenía más lugar que la celda, y así eran pocas, y con todo lo echaron bien de ver y lo mismo en el Coro, no obstante de mis precauciones, y en lo que me molían les decía yo algunas veces: hermanas mías, todas venimos a sepultarnos en estos sagrados claustros para hacer lo que se pueda por amor de Dios, y no hay por qué se tenga vanidad. Con esto se quedaban en silencio, y yo me iba en paz.

Antes de proseguir, se me había olvidado decirle a Vuestro Padre que el día que profesé cuando entoné las vísperas en el Coro con la corona me pareció estar al lado de Jesucristo, coronada de sus manos y que empezaba ya a cantar sus divinas y eternas alabanzas, y con un gozo en mi corazón muy grande. Después de estos primeros días, me comenzó un temor muy grande con el Oficio Divino; y después de rezarlo en coro con todas, iba a repetirlo a la celda para rezarlo mejor. Esto me duró algún tiempo, y por el sueño tan grande que me apuraba en las lecciones las volvía a repasar, y en la oración de la tarde me atormentaba algo la tentación de la hambre y deseaba dieran las seis para ir al Refectorio a hacer colación. La risa también me siguió molestando mucho tiempo, y como lloraba después de reírme me curaron, pensando era de flaqueza con darme a beber triaca, y que comiera carne tres días. Yo me afligí bastante con esto, porque la causa principal era un trabajo que estaba yo padeciendo en el espíritu de una sequedad y desolación muy grande que no me daba Dios licencia para declararme ni con el confesor. En ello, bendito sea Dios, no había pecado, ni falta a mí parecer sólo era trabajo venido de Dios para purificar mi alma, y ni ahora hallo palabras para explicarle a Vuestro Padre lo que mi alma padeció entonces, sin consuelo del Cielo ni de la tierra. No duró esto más que como un mes, y luego el Señor se compadeció de mi aflicción y me consoló cumplidamente, haciendo que sintiera yo su presencia, como antes. ¡Oh Jesús de mi alma, cuán bueno has sido para mí! ¡Quam bonus Israel Deus, his qui recto sunt corde! ¡Cuán

bueno es el señor Dios de Israel para los que son rectos de corazón! Esta rectitud de corazón me ha conducido mi Padre Fray Anselmo en todos los pasos de mi vida. No he mirado más que a Dios en todas mis acciones y le he procurado agradar con todas mis fuerzas. El mismo Jesucristo me hacía ejercitar las virtudes, acordándome que no dejase pasar ocasión alguna que se ofreciese, pues no me quedaba más tiempo de merecer que el de esta miserable vida.

Ahora torno a lo que dejamos. En la mortificación de la carne y negación de la voluntad puse el mayor empeño a los principios y quitándole todo el regalo al cuerpo me pareció el medio mejor para alcanzar la perfección de la humildad y no me engañé, Padre mío. Es verdad que por la suma bondad de Dios, casi nada he tenido en la vida que confesarme en materia de soberbia ni incomodidad con nadie, y cuando se ofrecía, con el socorro de su gracia me reprimía, quedando después en suma paz y quietud y muy contenta, y desde que leí de pequeña que nuestra Santa Madre deseaba que sus hijas no se disculpasen cuando se viesan condenar sin culpa, procuré yo desde entonces hacerlo así, y lo he cumplido con el favor de Dios hasta ahora. Su Majestad me hizo la singular gracia de darme en los primeros años de mi vida el propio conocimiento de mi miseria, y me reconozco ser el gusano más vil de la tierra, por lo que el Sumo Bien mío me ha concedido, por su misericordia no dar que sentir a nadie, ni en casa, ni en este Santo Convento. Bendita sea su piedad y misericordia y todos los Ángeles le alaban por mi Amén.

El segundo oficio de nueve meses fue ropera, y lo hice con el mayor gusto, y los de semana así del Coro como del refectorio y cocina, y otros de humildad los hacía con muy gran contento, tan alegre estaba en el retiro de la celda como en el trabajo de lo demás del convento, para mí no había hora triste. Si me reprendía sin culpa o con ella me humillaba delante de quien me reprendía, y le pedía perdón, y con esto gozaba siempre de suma paz y contento. Lo que sí me atormentaba en extremo era un mal que le daba a una monja de privarse y como se golpeaba tanto me daba mucha compasión. Siempre que podía la tomaba en mis brazos, ella cuando no estaba con el mal me decía como la había de coger para aliviarla. Quiso Dios que yo la consolara, porque en viéndome entrar cuando estaba con el mal se alegraba, y así que podía hablar decía que le parecía yo un Ángel, según lo que se alegraba. Con esto, siempre que me daban licencia la asistía y velaba en su enfermedad, y aunque pasara malas noches decía que buenas porque delante de Dios las hallaba muy buenas, y por darle todo consuelo a la enferma que se hallaba en extremo conmigo cuando le daba el mal se mordía ella misma una mano, y para evitarle este tormento le ponía yo la mano sobre la suya para que a mi me mordiera y se lo ofrecía a Dios con sumo gozo. Siempre, siempre he deseado ser mártir de la caridad.

El tercer oficio fue enfermera. Hice la enfermería como ayudada de Dios y de la Virgen. Hasta las doce de la noche me acostaba dejándolo todo prevenido para las cuatro de la mañana que me levantaba a comenzar con la tarea porque Dios atiende a mis deseos,

y me concedió su misericordia muchas monjas enfermas a un tiempo y una de mucha gravedad. Yo me afligía mucho de que ellas padecieran, pero ellas se contentaban de tenerme de enfermera, y me bendecían de mil maneras, y que Dios me hiciera una santa. Yo me consolaba mucho con esto y alababa a Dios. Todas me decían que ni el día que entré en el Noviciado me habían tenido vergüenza antes sí mucho amor y satisfacción. Todas las hermanas se me ofrecían para ayudarme, y me decían me había llovido en la milpa con tanta enferma. Yo harto me afligía a veces, temiendo no hacer bien algunas cosas, pero la Santísima Virgen y los Santos Ángeles me ayudaban y todo me salía muy bien. Las ollas de atol y demás cosas las dejaba en el fuego ínterin iba con las enfermas, se lo encomendaba a la Virgen, y no se me subían, y hasta algunas monjas conocían la protección de Dios y de la Virgen conmigo. Así que me hallaba apurada era decir con todo el corazón Madre mía, Santos Ángeles, y luego echaba de ver el auxilio.

Las noches que me quedaba a velar con una enferma, como no quería luz dentro, me parecía no me veía, y porque se sosegara y no hacerle ruido me acostaba algún rato en el suelo, ella creo que entendió esto, porque al cabo de días me mandaron no durmiera en el suelo.

Otra Religiosa le dio el mal de la muerte, y aunque le duró algún tiempo era para todas un ejemplo de paciencia, yo la procuraba aliviar cuanto estaba de mi parte, sino era por obediencia no saliera yo de con ella hasta el sueño se me quitó esos días, no deseando más que aliviarla. Después que la sacramentaron y le dieron el Santo Óleo siguió comulgando todos los días hasta el de su muerte. En uno de los días que comulgó le preguntó el padre quien era el que tenía en sus manos y le respondió ella, es mi Padre, mi Esposo y todo mi amor. Esta monja era muy devota de la Pasión de Jesucristo, y murió viernes a las nueve de la noche, estando la luna como el día, en la misma hora que murió mi Santa Madre. Antes de entrar en agonía dijo a su confesor y a todas las monjas que se iba para el Cielo con entera confianza en la suma bondad de Dios, y que le iba pedir por todas y cada una de las monjas. Una hora agonizó, pero con mucha paz y quietud, yo la asistí en toda la agonía hasta que expiró. Ínterin se enfriaba el cuerpo nos fuimos a Maitines, y en acabándose me mandó la Prelada que fuese a amortajarla, yo lo hice con mucho gusto, así por la Santa obediencia, como por ser obra de caridad y Dios en esa vez me favoreció con particulares luces y consuelos; quedó su cuerpo como de Santa, y cómo me causó admiración verle los pies tan blancos, me dijeron que por los pasos que dan las religiosas para buscar al Esposo se les ponen tan hermosos los pies. Después la llevamos al Coro y le cantamos su vigilia a las doce de la noche nos acostamos. Me cupo esa noche ser tocadora de la mañana, y yo, muerta de miedo, pero no dije nada. A las tres me fui a parar al Coro a ver el reloj y pasé un horror grandísimo de hallarme sola con la muerta, pero ya en esta ocasión no tuve tanto miedo como con la primera monja que se murió. Con la gracia de Dios me vencí enteramente en esta ocasión, y yo misma la metí en el cajón con otra hermana, destrabándole las manos para que cupiera, que ninguna tenía valor, y se

admiraron algunas de que yo no tuviera repugnancia en aquellos oficios. El fin porque yo con la gracia de Dios he sabido reprimir todas mis repugnancias ha sido conocer que Dios quiere la santa indiferencia en las almas religiosas y tal vez he mostrado más gusto en lo que más me ha repugnado. Sólo por amor de Dios y por ser mártir de la caridad, y por dar buen ejemplo, y esta inspiración me la ha concedido mi buen Jesús siempre, pero más, desde que entré en la Religión. Todo lo bueno que a las monjas les parecía en mí, era de Dios y nada mío. En todo el tiempo de enfermera no perdí ni un instante el recogimiento interior, ni la presencia continua de Dios, en las mismas ocupaciones me disponía para la confesión con el sosiego que si estuviera en el Coro. Desde que entré en esta Santa Casa no he dejado más comunión que una, y siempre se hallaba mi alma con hambre insaciable de recibir el pan de los Ángeles. En la Oración, me iba grandemente, aunque la tuviese curando a las enfermas. Et in velamento alarum tuarum exultabo: adherit anima mea post te, me suscepit dextera tua. Este precioso verso lo veía de continuo cumplido en mí, mi Padre Fray Anselmo. Conozco, Dios mío con grande gozo que vos me cubrís con vuestras alas. Mi alma se ha unido a Vos, y vuestra diestra me protege. Yo misma no puedo comprender cómo pasé este tiempo, me parece como en el aire, o como una esponja metida y penetrada del agua, así estaba mi alma en su Dios, y conocía bien la verdad del evangelio que dice el mismo Señor, que su yugo es suave y su carga ligera.

Como salí del año del Jovenado me dieron esta primera enfermería que ha sido el tiempo de mayor gozo que he tenido porque me dio el buen Jesús entonces mucho espíritu y salud; no padecía más que dolores de cabeza y de nuca, y se los ofrecía a Jesucristo, unidos a los que padeció su Majestad en la coronación de espinas. Nunca me hacía remedio para esto, temiendo oponerme a la voluntad de Dios, pues lo recibía yo esto de su mano, y no quería se me escapara ninguna ocasión de padecer, ni jamás quise decir esto me duele porque luego las monjas con su excesiva caridad me procuraban alivios, e indulgencias con la Prelada que no me tenían cuenta.

Lo que me tocaba que mandaba Madre lo repartía siempre a las monjas, y lo que me da el Convento de pan y chocolate desde que profesé, destiné la mitad para los pobres y los días de la limosna son viernes y sábado, y si en otros días vienen otros pobres, aunque no tuviera iba a pedirle a las hermanas o a prestar, porque me ha sido imposible siempre negarles el socorro a los necesitados. En acabando de enfermera, pedí licencia para ayudar a la que entrara, y este tiempo que me cupo de descanso procuré ayudar a todas en sus oficios. El mayor contento para mí era que me encomendaran las hermanas que les prendiera el fuego y lavara la carne a las cinco de la mañana, y cuando había mucho frío más contento me daba por ofrecerle al Señor la repugnancia que sentía con el agua, esta repugnancia no era a los principios, sino ahora poco tiempo que estaba ya algo enferma. El acarrear la leña me daba grandísimo gusto porque me acordaba de Jesucristo con el pesado leño de la cruz sobre sus hombros. En todo oficio humilde y trabajoso hallaba mi alma particular descanso y consuelo. Toda para todas me ofrecí al buen Jesús desde el

principio de estar aquí. Con igualdad y singular amor las he querido a todas y a cada una de las monjas, y ningún caso hacía de mi descanso por darles consuelo en toda ocasión de día y de noche. De continuo me ponía el Señor delante como un clarísimo espejo de Santidad a San Luis Gonzaga, aquel buscar siempre de este santo glorioso su desprecio y el negarle todo descanso a su débil cuerpo, y el ansia que tenía por asistir a los hospitales, sirviendo por sus propias manos a los enfermos más asquerosos, y alimentando las almas con sus celestiales palabras y buen ejemplo, hasta que le prendió el contagio y le dio el mal de la muerte.

Así Padre mío, deseaba yo ser mártir incógnita, mártir de la caridad, y Dios me concedía que las enfermas me pidieran aunque no estuviera de enfermera para que les hiciera sus remedios, y cada enferma me parecía ser Jesucristo y la Virgen.

En las semanas de Refectolera me parecía servir al buen Jesús y a su bendita Madre y a los Santos Apóstoles, a mi Santa Madre con sus hijas, y a los Ángeles y Santos del Cielo, unas veces unos, otras otros, y así en lo demás. Cuando me tocaban las campanas tanto me gustaba repicar como doblar. Si era lectora lo hacía con tanto fervor de espíritu, que muchas de las monjas me agradecían que leyese tan claro y bien, porque al mismo tiempo que tomaban alimento sus cuerpos, lo tomaban también sus almas. Sólo una monja que ha procurado quebrantar bien mi voluntad, por el grande amor que me tiene, me decía que si acaso eran sordas para que gritara tanto.

El ser celadora es lo único que aborrecía de muerte, y para no faltar a la verdad me resumía en el Coro, o en la celda para no oír, ni ver ninguna falta, y así siempre decía en el Refectorio y Capítulo que no había advertido nada, hasta ajustados dos años después del Noviciado empezamos a ser celadoras. Todo el tiempo anterior lo pasé como en la gloria, porque al paso que procuraba la completa mortificación de este cuerpo, así eran continuas las consolaciones con que mi buen Jesús recreaba mi alma. Me parecieron los dos años de Noviciado como estar en un paraíso de deleites de soledad y silencio en donde el alma oye a todas horas la dulce voz de su Esposo. En su amoroso corazón descansaba yo si algunas amarguras de temor me atormentaban, y decía de continuo: Haec requies mea in saeculum saeculi, hic habitabo quoniam elegi eam. Los jueves después de Maitines nos quedábamos algunas en el Coro hasta las doce de la noche en obsequio del Santísimo Sacramento y de su sagrado corazón. Allí en su Divina presencia solía estar a veces bien afligida de hallarme sin libertad para las vigiliias de la noche en oración, y las demás penitencias en que deseaba con las mayores ansias ejercitarme por amor de quien murió por mí en una cruz, y de improvviso me decían en lo más interior de mi espíritu: en la obediencia se encierra la perfección de todo y tus deseos. Con esto quedaba mi alma en muy grande paz y conformidad.

El deseo grande de imitar a Jesucristo en su verdadera y suma pobreza me crecía por momentos, suplicaba con lágrimas a la prelada que me quitase por amor de Dios los brevianos de encuadernación dorada y que me diese los que hay en la librería de las

monjas muertas, pero nada me valía de ruegos, queriendo Dios que las Preladas hayan sido inexorables para atender a mis continuas súplicas. También le supliqué repetidas veces que repartiese su Reverencia los manuales a las enfermas porque yo no tenía necesidad de ningún alivio en el Coro, más nada me valió nunca, y como crecía tanto mi aflicción de tener yo cosa singular se lo dije a mi confesor, quien me dijo que me daba los suyos con la mayor complacencia, y que quedasen los grandes para el convento, con esto me consolé mucho, y salí del estorbo de los breviarios buenos. Las dos fresadas que entré, conseguí a puros ruegos que la Prelada la enviase de limosna, antes de profesar yo, a una mi prima novicia de otro convento. Algunos paños de lienzo, y una túnica conseguí dar a las enfermas, lo que quedó de lienzo se lo entregué a mí Prelada, suplicándole por amor del buen Jesús sea para las enfermas, y no para mí.

Mi Padre Fray Anselmo, el Señor me ha concedido que ni en esta enfermedad me manden túnica de lienzo, antes la de lana me hace gran provecho, y espero en su Majestad me conceda esta gracia hasta la muerte. En todo he procurado siempre la mayor pobreza, y no tener más que lo muy preciso. Más quería carecer de lo necesario, que tener más de lo preciso. El aseo y la Santa pobreza ha sido siempre mi anhelo. Lo que he tenido es dos Hábitos, y a veces uno cuando daban de mortaja el otro, dos túnicas, dos tocas, dos velos y uno grande, dos pares de escarpines, unos alpargates, que me duraban dos años; así que se acaban se tiran y hacemos otros; cuatro pañuelos y cuatro polveros, dos frazadas, dos sábanas de yute, un jergón y una almohada. En la celda, la cama, siete cruces, cinco estampas en tablitas, el Santo Cristo, la tarima, silla, una tabla para los libros y tintero, tres cilicios, dos disciplinas y pila de agua bendita, y el petate que ahora tengo es prestado de una hermana.

En la mansedumbre y humildad no he sentido trabajo y de continuo me parecía tener delante a mi buen Jesús, diciéndome, aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Aunque me estuviesen acusando con la Prelada recibía las reprensiones sin disculparme en lo más mínimo, y si decían de mí lo que no era cierto me alegraba sobre manera y dejaba que lo creyesen, y después Dios tornaba por mí, descubriendo que no era yo la del perjuicio. En la recreación salían por lo regular todas mis faltas, y me decían era yo el lorencillo del Convento, y otras cosas así, unas me regañaban y otras tornaban por mí. Yo me azareaba bien, y sólo me daba risa, las monjas tenían razón, algunas veces, porque yo con la falta de memoria hacía muchas faltas, y les desaparecía algunas cosas, pero luego que me preguntaban confesaba mi culpa, no de malicia, sino de olvido. En todas estas ocasiones tenía muy presente lo que dice mi Santa Madre, que el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido, y condenado aunque no haya hecho por qué, si quiere imitar al Señor. ¿En qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales ni ayuda de nadie sino de Dios. ¡Oh Jesús mío, y regalo de mi corazón, tú me has llevado siempre en tus palmas, y has hecho relucir en mí una



virtud no adquirida por mi trabajo, sino dada de gracias por tu infinita misericordia! Gracias te doy Amado mío, y pido a los Ángeles y Santos te alaben por mí. Amén.

En la guarda del silencio ponía yo particular cuidado, y siempre tenía sellada mi lengua con estas palabras. *Pone Domine custodiam ori meo et ostium circumstantiae labiis meis.* Evitaba cuanto me era posible las salidas de la celda para no dar ocasiones a que lo quebrantaran por mí. Jamás estaba, ni una Ave María, ociosa. Por puerta y ventana me buscaban las monjas para que les cosiera, y esto era particular gusto para mí que ellas me ocuparan, y siempre procuraba ganar el sustento con el trabajo o labor de mis manos. Las siestas, aunque tuviera sueño, las pasaba sola en la cocina haciendo el atol de las enfermas, y cuando no estaba de enfermera lo hacía por ayudar a la que estaba, y en tocando a vísperas iba ya contenta a ofrecerle al Señor aquel corto trabajo de calor y cansancio anterior, para seguir con el mayor fervor en sus divinas alabanzas. En la letanía de la Virgen que rezamos después de las Vísperas me hacía esta Divina Reina singulares gracias a mi alma, dándome en cada ruego que le hacía deseos grandes de servirla con angélica pureza, como verdadera hija suya. Se gloriaba mi corazón de tenerla por Madre, y con su amor me acrecentaba el de Jesús, y el de Jesús, el de María. ¡Oh Madre y consuelo mío!, Madre del amor hermoso, y de la santa esperanza, ya que me has protegido en toda la vida con tan singular amparo; no me dejes ahora en este tiempo de tribulación y angustia, en este tiempo de amargura. No me desampares Madre dulcísima de misericordias. Madre mía, protégeme ahora y en la hora de mi muerte, y concédeme que mi alma sea entregada en tus manos por las de mi Padre Fray Anselmo, y de las tuyas pase a las de mi criador. Amén.

En una semana del año, la que tenía desocupada, pedía licencia para hacer los ejercicios de San Ignacio, y me iba a una de las ermitas de la huerta para estar en más soledad. Por donde me regía para ellos era por un libro de un Capuchino muy bueno que concuerda muy bien con nuestros actos de Comunidad. El deseo de no faltar cada año de hacer estos ejercicios era por conseguir una vez más la Sagrada Comunión por tener siempre una hambre insaciable de este Divino Pan y también por tomar mis medidas para lo restante del tiempo. En estos días me hablaba el Señor al corazón con inspiraciones muy vivas, y era esclarecida el alma con luz muy grande para conocer lo que su Majestad quería de mí. Esto que dice mi Santa Madre pasaba por mí en todo tiempo; pero más en estos días de soledad. Yo sé de una persona que deseando de querer morir por ver a Dios, lo deseaba por no sentir tan ordinaria pena de cuán desagradecida había sido a quien tanto debió siempre y había de deber, y así no le parecía podían llegar maldades de ninguno a las suyas, porque entendía que no le habría, a quien tanto hubiese sufrido Dios, y tantas mercedes hubiese hecho. En lo que toca a miedo del infierno, ninguno tienen de si han de perder a Dios, a veces aprieta mucho, más es pocas veces. Todo su temor es, no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable como se vieron algún tiempo. Que de pena ni gloria suya propia, no tienen cuidado, y sí desean no

estar mucho en purgatorio: es más por no estar ausente de Dios lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar. El recuerdo de mis ingratitudes me atormentaba de continuo, y esto me hacía crecer los deseos de recuperar el tiempo perdido, y de mi parte con la gracia de Dios ponía todos los medios. Siempre atendía al cimiento de la humildad, y después procuraba lo demás. ¿Qué tengo yo, Dios mío, le decía yo al Señor, que no lo haya recibido de tu misericordia? Y así, mi Padre Fray Anselmo, aunque las monjas me atemorizaban de que me entraría vanidad, no me daba la menor pena, pues lo poco que hacía de más era con licencia de mi confesor y de mi Prelada, y solamente por amor de quien murió por mí en una cruz lleno de llagas y dolores. No podía entrarme vanagloria, porque Dios era el único objeto a quien se dirigían todas mis obras. Yo decía en mi interior muy de continuo: *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini mei. Jesu Christi. No me gloriaré sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo. Fasciculus myrrhae dilectus meus mihi. Assesico (Hacecico, haz:ramillete, manajo) de mirra es mi amado para mí, en medio de mi corazón le tendré siempre ínterin me dura este destierro, y me alimentaré con los frutos de su sangre y de su muerte, acompañándole en el amargo camino de su cruz, hasta morir en ella. Estos han sido, Padre mío, mis deseos, y todas las ansias de mi alma, abrazarme con la cruz del Esposo para conseguir la perfección de su amor, y que su amor fuese el instrumento de mi muerte, llevándome él mismo a la fuente inagotable del amor eterno Cristo Jesús. Vivo yo, más ya no yo, sino Cristo vive en mí. Mi vida es Cristo y el morir por él es mi logro y mi ganancia. ¡Oh cuándo Dios mío, llegará el hermoso día de la eternidad! ¡Cuándo me hallaré en esos brazos de misericordia y dulzura! ¡Cuándo se acabará esta noche de tinieblas y de Temores! ¡Oh Jesús! que es muy largo mi destierro, y esta alma redimida con tu sangre, desea salir con ansias de la cárcel de este miserable cuerpo. Espera un poco ánima mía que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto, dudoso, y el tiempo breve, largo. Muy largo es, Dios mío el tiempo de la vida (aunque parece corto) para el alma que desea verse en tu presencia. ¿Quién me diera alas, como de paloma para volar y descansar en tí, amado mío? Más no se haga mi voluntad, sino la tuya, solo te ruego me concedas tu divina gracia hasta la muerte, para cantar eternamente tus misericordias. Amén.*

Deseo Padre mío decirle a Vuestra Paternidad punto por punto el hilo de mi vida, en la Religión; pero tengo la cabeza como de anciana, muy sin memoria. Estoy tal, que si me preguntan a la hora de haber comido, qué tomé, no me acuerdo para dar razón, y así en lo demás. Si algo bueno fuese escrito, es de Dios, y todo lo inútil y malo, es mío. Quisiera yo tener el entendimiento de mi Santa Madre para que lo que aquí va puesto, fuese de provecho. Hágalo quien puede y sea todo para su gloria y alabanza. Amén.

Mi Padre Fray Anselmo, Vuestra Paternidad es mi Padre, le suplico a Vuestra Paternidad perdone mi rudeza por amor del buen Jesús, pues mi deseo y voluntad es

obedecerlo con rendida humildad como al mismo Dios. Quisiera también fuera esto de buena letra, pero el estar en la cama y el pulso malo no me lo permiten.

Pídale Vuestra Paternidad a la Santísima Virgen que me alcance del Espíritu Santo un rayo de luz a mi alma para poderle decir a Vuestra Paternidad las misericordias que de su amor he recibido en la oración. Pienso ponerle en el otro cuaderno sólo de lo interior del alma, y en éste concluir mi vida en lo exterior. El Señor me dé su gracia para ello y sea para su honra y gloria y de mi Señora la Virgen María. Amén.

Pues tornando a lo que dejamos de los ejercicios, me daba su Majestad en ellos muy grande fortaleza y determinación de seguir camino de Cruz, escribía mis propósitos para lo restante del año con resolución de cumplirlos con la perfección que pudiese, y hallando en la vida de mi San Luis Gonzaga unos apuntamientos espirituales de su mano, encontré lo que mi corazón deseaba poniéndolos al principio de los míos, como regla segura para caminar a la perfección.

Dice así: Primer principio que Dios te crió, y estas obligado a servirle por el título de la Creación, de la Redención, y de la Vocación de donde inferirás, que no sólo debes huir, y evita las obras malas, sino también las indiferentes, y sin provecho, procurando que todas tus acciones interiores y exteriores sean santas para caminar con todas ellas a Dios.

Demás de esto, para saber en particular el camino por donde has de ir a Dios, tendrás delante de los ojos estos otros principios.

El primero sea que por la vocación común de los Carmelitas y por la tuya en particular, eres llamada a seguir la bandera de Jesucristo y de sus santos, guardando con perfección tu instituto de oración y penitencia. De aquí se sigue que cualquier cargo, oficio o ejercicio en tanto será conforme a la vocación, y en tanto debes de tu parte procurarle, o huirle, en cuanto sea conforme al ejemplo de Jesucristo y de sus Santos, y para este efecto has de procurar actuarte mucho en la vida y acciones de Jesucristo con la meditación, y en la de los Santos leyéndolas con reflexión y advertencia.

El segundo principio para regular tus afectos, sea que en tanto será tu vida religiosa y espiritual, en cuanto procurares en lo interior guiarte y gobernarte, *secundum rationes aeternas, et non secundum temporales*. De modo que si amares, si desearas, si te holgares de algo, sea por motivo espiritual, y lo mismo en el aborrecer, persuadiéndote que en esto consiste el ser una persona espiritual.

El tercer principio sea que así como el demonio te acometiese más de ordinario con pensamientos de vanidad y estima propia, por ser aquella la parte más flaca de tu alma, así tu debes poner tu mayor cuidado, en resistirle y adquirir humildad y desprecio de tu mismo interior. Para esto te has de componer unas reglas, como reglas de oficio particular que te sirvan para salir mejor con esta virtud, aprendidas de Dios nuestro Señor, y confirmadas con la experiencia.

El primer medio sea entender, que si bien esta virtud es tan propia de los hombres por su bajeza, con todo eso, non oritur in terra nostra; sino que es necesario que venga del Cielo, ab illo, a quo est omne datum, optimum, et omne donum perfectum. Por esta razón, aunque te vea soberbia, debes animarte con la mayor humildad que pudieres a pedir la virtud de la humildad a la Majestad de Dios, como al principio, Autor y Dador de ella, y esto por la intercesión y méritos de la profundísima humildad de Jesucristo, el cual, cum in forma Dei esset, exinanivit semetipsum, formam servi accipiens.

Segundo medio, aprovecharse de la intercesión de aquellos Santos que más particularmente se señalaron en esta virtud. Por esta razón cuidarás de acudir muy en particular a la Gloriosísima Virgen María Madre de Dios, como a la que más se señaló en esta virtud entre todas las puras criaturas, y luego a los otros Santos. Así cuando deseamos alcanzar de Dios fortaleza debemos tomar por medianeros a los santos mártires, para alcanzar la caridad a los Santos y Santas en quienes resplandeció más el amor de Dios. Para la penitencia y constancia en la virtud a los Santos confesores, para la Castidad a las Vírgenes, y así de las demás.

En esto apuntado arriba si yo lo guardaba tenía lo más esencial para caminar segura a la perfección, porque una alma verdaderamente humilde me parece imposible no tener todas las demás virtudes en heroico grado.

Más para no faltar a lo que a Dios había prometido añadir otros propósitos individualizándolos por la falta de memoria, apuntándolos de esta manera.

1. Propongo con la gracia de Dios, y amparo de la Virgen de guardar mi Santa regla y constituciones exactamente.
2. Castigaré mi cuerpo, y lo reduciré a una dura servidumbre para que no prevalezca contra el espíritu esto sin salir de la obediencia.
3. No murmurar de nadie interior ni exteriormente, sólo pedir a Dios el remedio.
4. No dejar el Rosario de la Santísima Virgen, y para evitar falta me levantaré a las tres de la mañana para rezar quince y media hora de oración antes de la común.
5. Dormir siempre en las tablas o en el suelo y un trozo de cabecera. Cada día tres horas de cilicio, siete el viernes y cinco el sábado. Los cinco meses que no se ayuna, ayunaré miércoles, viernes y sábado, tres misereres de disciplina todas las noches después de Maitines y dormir vestida.
6. Pedir licencia siempre para servir a las enfermas.
7. No disculparme en nada.

Estos eran los propósitos de los ejercicios.

Como salí de la sujeción del Noviciado ya tenía más libertad para todo, empecé a ir a la huerta a tener las disciplinas. En un campanario de sólo paredes sin techo que hay allí, escogí este lugar por más secreto para mis penitencias, al paso que tanto se afligía el natural mi espíritu se alegraba con ver teñido el zacate y paredes con mi sangre, porque deseaba derramarla toda por amor de Jesucristo. Otras veces iba a una galera, otras a la Ermita de la Cruz, y como la manché tanto la encalaron, y no me dieron más licencia para ir allí; otras veces en el baño de la huerta, hasta que me reprendieron y me mandaron lo mismo; otras al gallinero, y al fin me fui a un lugar muy escondido junto a los muros, y también quiso Dios que hallasen el rastro dos hermanas y se lo dijeron a la Prelada, luego otra reprensión, y mandó que no volvía a tener disciplina en la espalda así en el aire, y que además de eso me causaría la muerte con las crueldades que hacía con mi cuerpo. A mí no me parecía que me acababa la salud, antes tenía más hambre de darle más penas a este cuerpo miserable, porque lo aborrezco de muerte y conocía que me convenía castigarlo. Una vez que me incomodé en el interior con una monja, fue tanto el tormento de mi corazón que derecho luego que sentí esto, me dio tanto arrepentimiento con ser que lo reprimí en el interior que me fui sin dilación a un lugar castigándome con una cruel disciplina y me quedó esto muy presente para si otra vez me acontecía lo mismo, porque quedé muy humillada.

Lo que me acontecía con las disciplinas del Padre Margil era cosa de milagro, porque en dándome con ellas no se me enconaban las llagas, antes si sanaban a los tres días y en siendo con otras, sí. Esto no sabían las monjas, y no me daba crédito nuestra Madre, aunque yo le dije me curaba luego y como le ensañaban la abundancia de sangre, me reprendía bastante, y me decía que yo la engañaba. En todos los años de acusaciones y reprensiones de las más de las monjas no sentí la más leve incomodidad, porque delante de mí tenía al buen Jesús, diciéndome, aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Como estaba mi espíritu en todo su fervor en ese tiempo, no podía irme a la mano, y los ejemplos de los santos me estimulaban tanto que me ponía fuera de mí, y sin sentirlo hacía yo las travesuras de manchar los lugares. Harto me afligía después, y más si se incomodaban las monjas, porque verdaderamente lo hacía llevada de la fuerza del espíritu. Deseaba yo Padre mío con oración y penitencia penetrar los Cielos, y alcanzar de la suma bondad de Dios el remedio de las necesidades de su Iglesia, y la salvación de muchas almas. Esta era mi intención en todas las obras buenas que hacía.

Todas las noches que podía me quedaba en el Coro toda la noche, y para que no me venciera el sueño iba remudando el rosario, oración y disciplina, y me regalaba el Señor en estas ocasiones con dulcísimos consuelos, haciendo su Majestad sentir mi alma que la tenía unida consigo estrechamente con el lazo indisoluble de su divino amor. ¡Oh mi buen Jesús, y deleite de mi espíritu, cómo me favoreciste en aquel tiempo, haciendo que no temiese las criaturas, sino que solo mirase a tí para agradecerle en todo y me diste gracia y fuerzas para vencer los temores que me ponía el demonio para impedirme estos cortos

obsequios que hacía por tu amor! Concédeme Dios y dueño mío, ya que se acabó el tiempo del fervor y de la posibilidad, que estos males se encienda y consuma este corazón, descansado para siempre en su verdadero centro, que eres tu Señor mío. Amén.

Estas veladas en el Coro me costaban sumo trabajo, porque tenía yo que salir con las demás Religiosas, me iba a la celda a esperar que se acostaran, y luego llegaba quedito a las puertas de las monjas que eran tocadoras de la mañana, y les cogía sin que me sintieran la llave de el Coro, y por la ventana de nuestra celda me salía para el Coro, y amarraba de una pita el bastidor de la ventana prendiéndolo en un cuadro de Santa Rosa, para que no se golpeará con el aire y despertaran las monjas. A esta Santa gloriosa le encomendaba yo mi secreto. Llevaba yo un braserito, pajuela y farol.

Así que llegaba al Coro le daba muchas gracias al Señor sacramentado porque me concedía estar en su presencia, y en compañía de los Ángeles aquella noche. Cuando estaba muy pobre de candelas me pasaba oscuras toda la noche, y en algunos ruidos de la calle que me espantaban grandemente, o tronidos que daban en los sepulcros, acudía con viva fe a Jesucristo sacramentado, y a sus Ángeles. Los miedos eran grandísimos, y me ponía como de algodón en oyendo algún ruido; pero me esforzaba con la gracia de Dios y decía yo misma: si estás alma mía con tu fortaleza ¿por qué temes? ni el demonio, ni los muertos, ni las criaturas te pueden hacer daño y con estas reflexiones quedaba en sosiego, y seguía con mi oración y rosario.

Cuando tenía candela la ponía en un candelero alto del Coro delante del Santo Crucifijo para estarlo mirando, porque ha sido este divino Señor, las delicias de mi alma. Allí en lo último del Coro me hincaba para tener mi oración, meditando en su pasión, y en su dolorosa muerte, y en esta oración se me concedía muy grandes deseos de padecer por quien tanto padeció por mí.

Las noches que yo era tocadora no me costaba tanto trabajo porque me quedaba la llave. Las demás, era menester robarla. Una noche pasé muchas penas y encendí el candil del Coro para leer y se me derramó el aceite en encima del hábito y encima de la tarima en donde se paran las monjas, escapándose el libro por favor singular de Dios y de la Virgen. Me quedé a oscuras, y las manos con aceite, eran las dos de la mañana. Como Dios me ayudó salí a tientas del Coro y me fui a subir por la ventana de la celda para llevar luz, estropajo y agua caliente. A las tres de la mañana estaba yo en estas penas y por más que lo lavé muy bien no se quitó la mancha. Otro día lo conocieron las monjas y empezaron a preguntarme, me dieron mis buenas reprensiones, y pasó esto. En las otras veces nunca lo conocieron, porque así que daban las cuatro en el Coro me salía y echaba llave para ponerla en donde la había cogido. En las salidas por la ventana jamás me cogieron. Cuando las monjas se metían adentro de sus celdas la llave me salía por la ventana, yéndome al confesionario de arriba, allí estaba en mucha incomodidad, pero contenta de ofrecerle al Señor aquella mortificación. Sólo a los murciélagos les tenía miedo.

Por una rendija que había en el confesionario miraba la luz de la lámpara, y con esto me consolaba en gran manera por estar junto del amor eterno sacramentado.

Allí rezaba el rosario de mi Madre, la estación y oración y le decía yo al Buen Jesús que recibiese mi voluntad y el trabajo que pasaba por buscarlo, y ya que me escondían la llave del Coro, sería el confesionario el lugar en donde mi corazón hallaría su descanso. Me acordaba con esta estrechura de la celdilla del glorioso San Pedro de Alcántara, a quien tomé por Maestro en la penitencia, y dice mi Santa Madre que su celda no era más larga que cuatro pies y medio. Para el sueño y para que me despertara muy de mañana también me encomendaba a este glorioso Santo. Nada, nada era lo que yo hacía por amor de Dios, y más teniendo siempre delante de mí todo lo que dice mi Santa Madre de este santo glorioso, que le certificó el mismo, había traído veinte años continuos cilicios de hoja de lata.

A mi glorioso Padre Santo Domingo también le tenía yo o por mejor decir, Dios me lo ponía por Maestro y espejo de castidad y penitencia, y desde que leí en su vida que tenía tres disciplinas cada noche, o cada día, que de esto no me acuerdo bien, procuré imitarlo en cuanto pudiese con la gracia de Dios. Siempre me hallaba con este mi glorioso Patriarca delante de los ojos del alma, hincado teniendo sus disciplinas, y que de la tierra bañada con su sangre salía una azucena de pureza. Esta preciosa virtud deseaba yo alcanzar, y conservarla hasta la muerte con una vida la más austera y penitente.

Cuando las monjas me decían que si no sabía que por constitución se nos prohíbe poner abrojos en las disciplinas, respondía yo con toda verdad que no ponía abrojo; y que además de eso la constitución da a entender las disciplinas de Comunidad y no las particulares. Me acordaba también que mi Santa Madre, aún estando enferma, se dio una noche con las llaves, debía de no tener otra cosa en su celda y otras veces tenía sus disciplinas con ortigas, no obstante que da calentura este zacate.

Mi San Luis Gonzaga ha sido otro espejo de santidad en quien de continuo me he mirado, deseando con todas veras imitarlo en todo. Cuando estaba ya muy malo le pidió licencia a su Prelado para tomar una disciplina y como le dijese el Padre que no, porque estaba tan flaco y enfermo, le dijo el Santo que siquiera se la diera un hermano de pies a cabeza y tampoco se lo concedieron porque quedaba irregular el hermano.

A Santa Catarina de Siena y a Santa Rosa también deseaba imitar en cuanto pudiese. Todos los ejemplos de los Santos hacían crecer por momentos en mí los deseos de la penitencia. Después que me dijeron dos hermanas que hay se me aparecieran las almas de los Padres nuestros si me iba de noche a los confesionarios, me entró temor de esto y ya no volví a pasar la noche en ellos. En lo demás que me decían no les hacía caso, pues Dios por su misericordia me daba espíritu y salud para mortificar mi cuerpo sin faltar un ápice de la obediencia. Yo conocía claramente que el tiempo mejor para estas penitencias es el de la juventud cuando hay salud y fuerzas para ellas porque después

crecen los achaques y faltan las fuerzas; y así los Santos en la ancianidad cuanto añadían de ejercicios mentales, quitaban de penitencias, si bien nunca las dejaban del todo, a más que con los años y enfermedades se pueden muy bien ejercitar las virtudes y el amor de Dios y las penitencias ya no. Harto me ha costado Padre mío lo poco que he procurado hacer por amor de Dios, porque parece que tenían ojos las paredes aun procurando los lugares más secretos; y al fin las monjas lo entendían.

Una vez que por estar pegando las alpargatas me fui al Coro descalza porque tocaron a Maitines, yo pensé no lo echaran de ver por ser de noche; pero me engañé. Fue esto en los Maitines de San Pedro de Alcántara, y me alegraba yo de estar con los pies en el suelo, acordándome de la penitencia de este Santo glorioso. Acertaron a verme dos monjas: la una, luego que se acabaron los Maitines y examen, llevó a la Prelada junto de mí, y con su farol me alumbró los pies para que su Reverencia me diera penitencia, allí me reprendió; yo quedé muy azareada porque fue delante de todas, pero creí ya no había castigo. Me fui para la celda, y a poco llegó su Reverencia con dos hermanas, la enfermera y otra. Me mandó que me acostase, y las tres allí me untaron el estómago y los pies, y lo que más sentí fue, que me mancharon el jergón de aceite, y tuve que deshacerlo después, luego que me untaron me mandó mi Prelada que no me levantase de la cama, ni a la oración ni a las horas, hasta que su Reverencia volviese otro día a la celda. Yo quedé sumamente afligida porque una hermana me había encargado le prendiese el fuego a las cinco de la mañana, sino me levantaba, se hacía mala obra para la comida y si me levantaba faltaba a la obediencia, no sabía qué hacer. En fin, yo me determiné a ir a la cocina así que tocaron, me encomendé a la Santísima Virgen para que no me viese ninguna monja, quiso Dios estuviese la mañana bien oscura y nadie me encontró. Al instante prendí luz y el fuego, lavé la carne y lo demás, poniéndolo a cocer, y dejé las ollas destapadas para que no se rebalsaran y me volví a la celda ya estando algo claro, pero con todo, no me vio nadie, porque Dios que sabía bien mi intención encubría mis faltas como un amoroso Padre encubre las faltas de su hijo que mucho ama. Luego me acosté para que me hallasen en la cama. A las siete me llevaron chocolate, y fue nuestra Madre con todas las monjas a verme, algunas que no sabían la penitencia, pensaban estaba yo enferma, hasta la misma que me acusó me preguntó cómo estaba. Por la suma bondad de Dios sufrí con verdadera humildad esta ocasión. Después, ya tarde, tuve que rezar las cuatro horas. Buenas estaba de salud, y con la untada me amanecieron los labios reventados de irritación. Yo todo se lo ofrecí a Dios.

En otra ocasión me encerraron con llave en los lugares, esto no lo hicieron de propósito, sino porque no me vieron, y aunque toqué no me oyeron, y era hora de silencio que no podía yo llamar recio. Buen sueño tenía y deseo de irme a acostar, pero el Señor quiso que pasara yo tan mala noche, en toda ella no pegué mis ojos; unos ratos me hincaba, y otros me paraba, me pareció muy eterna la noche, y me acordaba de la cruel noche que pasó mi buen Jesús en el aposento. Con esto me consolé, y le ofrecí a su



Majestad aquella mortificación en penitencia de mis pecados. A las cuatro y media de la mañana abrió una monja y le causó grandísimo espanto y compasión de que allí hubiese pasado la noche. Yo le encargué mucho no dijese nada, porque antes me alegraba de haberla pasado por amor de Dios. Salí de allí como un pan de cera, y me preguntaban ¿qué tenía? y respondía con verdad que estaba buena, y así se quedó en secreto sólo para Dios que ni la monja que me encerró la ha sabido nunca; aún deseaba yo me pasaran muchas cosas de estas para padecer por amor de Dios.

En los oficios de tabla que me ha ocupado la obediencia tres veces enfermera, una ayudanta en la Sacristía, dos veces ropera, y los de semanas del Coro, de las campanas, refectorio, cocina y lectora, todo lo recibía con grandísimo gusto deseado cumplir muy bien con ellos, por hacer la voluntad de Dios y servir a las monjas. Sólo en esta última enfermería, desde que me di la caída comencé a tener algunas faltas y olvidos por el mal de cabeza y mucho desaliento en el espíritu con las pesadumbres y desaliento en el cuerpo con las enfermedades.

Cinco años, poco menos caminé con dilatado corazón, aunque hubiese algunas mortificaciones las llevaba con toda paciencia y alegría. Si descansaba, contenta; si trabajaba, contenta; si había huelga, con todas en la huerta, contenta; si me hallaba en soledad, más contenta. De día y de noche en suma paz y quietud sólo apoyada en Jesucristo y María Santísima, en mi Santa Madre y todos los cortesanos del Cielo, y mi conversación deseaba yo siempre que fuese en los Cielos. No he tenido el menor apego a ninguna monja por la suma bondad de Dios. Mi corazón de continuo estaba colgado entre el Cielo y la tierra, teniéndolo mi buen Jesús de sus manos bien cautivo con un cordón de oro de caridad.

Todas las noches, para no dar que sentir a ninguna Religiosa, iba remudando con todas en la recreación, haciéndoles sus visitas y conversando con ellas de vidas de Santos u otras pláticas de edificación. Tres intentos tenía yo en esto: agradar a Dios con la caridad igual, alegrar a las monjas porque Dios quería que les gustara mi conversación y darles buen ejemplo, con que conocieran bien que mi lengua jamás se manchaba con la murmuración. Dos cosas he suplicado siempre al Señor, y son que nos una a todas con perfecta caridad, y que nos dé subordinación a la cabeza. Esto, mi Padre Fray Anselmo, pediré con gemidos del corazón a mi buen Jesús hasta el último instante de mi vida. Se me llena el alma de la mayor amargura y tristeza, y el cuerpo se me horroriza cuando pienso que pueda haber en esta corta Comunidad bandos o parcialidades. Dios no lo permita por su misericordia y nos libre de tan mortal pestilencia. Amén, Amén, Amén.

Nueve días antes de la visita me inspiró el Señor que pidiese licencia para hacer los ejercicios de San Ignacio. Yo ignoraba que la iba a haber. En la mitad de ellos me avisó mi Prelada una noche que encomendase a Dios este negocio, pidiéndole el remedio de las necesidades del Convento. Así lo hice con deseo grande de la mayor gloria de Dios, y bien de las almas. Ya no supe de más hasta el día que comenzó la visita, y concluí los

ejercicios. Todas leyeron el capítulo de visita de mi gloriosa Madre: yo no lo leí porque no me dijeron nada, ni a mí me ocurrió; pero Dios que atiende a la rectitud del corazón, me alumbró, y fue mi Maestro, dirigiéndome mi lengua para que respondiese según su Santa Voluntad con toda llaneza a lo que mi Prelada me preguntó; así que fui preguntada me puso Dios delante dos puntos del capítulo de visita, del párrafo 10º. y 21 que sin pensarlo antes lo dije por su mayor honra y gloria, sin mentar a ninguna Religiosa, y se remedió por la suma bondad de Dios, y era bien para todas en común.

Llevaba yo seis meses de confesarme con el Padre Guardián, con licencia de mi confesor que estaba enfermo y muy quebrantado, aunque las veces que se mejoraba venía. En esta ocasión quiso Dios dejarme sin confesor. Habían despachado al Padre Guardián a las misiones. Yo sin experiencia en estos casos por ser primera visita que veía mi corazón conturbado y afligido con dudas y temores, pero limpio delante de Dios. En el corazón de mi Prelado hallé todo el amor y suavidad de un verdadero padre, y aún después que estando en nuestra celda le dijeron las monjas mis indiscreciones y que allí me estaba durmiendo en los Maitines por las vigilias que tenía de noche; con todo, sus palabras fueron de suavidad y de consuelo. Dios nuestro Señor nos lo guíe con la Santidad que yo le pido para su gloria y alabanza. Amén.

El no tener confesor era mi mayor tormento. Llegué a reconciliarme dos veces con el Padre Don Mariano Méndez y no me acuerdo cuantas con el Padre Fray Antonio Morán, pero con ninguno determinaba mi corazón a quedarse. Sólo a Vuestro Padre deseaba mi alma. Haría como ocho meses, antes de la visita que pedí licencia para llegar con Vuestro Padre, y como no vino ese día, me mandó la Prelada que fuese con el Padre Guardián, y con esto se dilató por estos ocho meses el consuelo de mi alma.

En el principio de la cuaresma fue la visita, y en la misma cuaresma día de la Encarnación, miércoles, me determiné a pedirle licencia a mi Prelada para llegar con Vuestro Padre y las hermanas me decían también que fuese para que me consolara. Yo esta felicidad era la que deseaba con todo el corazón, pero temí no había de querer Vuestro Padre a esta vilísima criatura para hija suya. Con todo de este temor llegué con la mayor confianza a los pies de Vuestro Padre como la Magdalena a los pies de Jesucristo, deseando salir del confesionario limpia enteramente de mis culpas y abrazado mi corazón en el amor de mi buen Jesús. Cuando la segunda vez le envié a suplicar que si llegaba y me respondió que sí, fue grandísimo el gozo de mi alma; y más cuando me admitió para siempre. Dios se lo pague a Vuestra Paternidad, Padre mío, y la Reina de los Ángeles me lo guíe con mucha santidad para consuelo de esta su hija. Amén.

Antes de pasar adelante se me había olvidado decirle, que como a los dos años de profesa me acometió el demonio otra vez con la tentación de pensar si había errado en profesar aquí, y no haberme ido a las Capuchinas en donde hubiera servido al Señor a mi gusto, y no con tantas contradicciones. Llegó a tanto la amargura de mi corazón que vivía yo sepultada en una profunda tristeza, temiendo haber perdido el camino para conseguir

mi eterna salvación. ¡Qué larga y qué desabrida me parecía la vida que me esperaba, envuelta en las mayores obscuridades y tormentas sin consuelo! Pasé como dos meses, y al fin se compadeció el buen Jesús de mi aflicción, y serenó mi espíritu, alumbrando mi entendimiento para que conociese el beneficio de haberme hecho su bondad hija de mi Santa Madre.

En el tiempo que llegué con Vuestro Padre fue la última vez que pasé este trabajo. Tres veces me acometió el demonio con esta tentación; pero desde que Vuestro Padre me la quitó, jamás ha tornado a molestarme. Bendito sea el que me dio a Vuestro Padre por mi Padre y todo mi consuelo y espero que después de amarlo en este santo Convento cantaré sus eternas misericordias en el Cielo. Amén.

Hace como tres años largos que se enfermaron dos hermanas de la cabeza, para mi fue una pesadumbre y desconsuelo grandísimo y como se acobardó tanto mi corazón, creo fue principio de mi enfermedad, porque me ha dado Dios un amor como de Madre para con las monjas. Yo hice cuanto pude y cuanto los Médicos mandaban se lo hacía por mis propias manos. La una de ellas no pasó su mal muy adelante, porque aún está haciendo ahora sus oficios; pero la otra, por voluntad de Dios, le arreció el mal. Ni por alimentos y remedios innumerables que se le hicieron, nada se remedió, sólo que se quitase el miedo de dormir sola. Por dos meses seguidos le asistí de noche y de día, que llegué a desear que no llegase la noche, pues era para mí un tormento. Me hacía ella pasar las noches con la mitad del cuerpo encima de su cama y los pies colgando, el hielo y la incomodidad se lo ofrecía a Dios en penitencia de mis culpas, y no me quejaba nunca con nadie para que no pusieran a otra hermana que padeciera lo que yo. Después que pasaron los dos meses ya se le quitó la tema (el miedo) de que la acompañaran, y pude irme a la celda que me pareció el descanso como de la gloria. Desde entonces acá la he servido en sus enfermedades y como está pegada su celda con la nuestra siempre que quería algo, me llamaba, y aunque fuese de noche pasaba a cualquiera hora y si me decía me quedara allí pasaba con ella lo restante de la noche. Ahora me alegro, Padre mío de haber ejercitado la caridad por amor de Dios.

#### CUARTO CUADERNILLO

Como ya por este tiempo se me acabó la libertad para las penitencias corporales, se fue poco a poco aumentando en mí la penitencia del espíritu. Se abrasaba mi corazón con intensos deseos de abrazar a mi Divino Esposo. Me venían unos ímpetus grandísimos de atormentar este cuerpo, cuando me acordaba de los gravísimos pecados con que había ofendido a este Sumo Bien y gloria mía. Ya que con la Santa obediencia me haya impedida para cumplir mis deseos, procuraba cuanto estaba de mi parte estar siempre en continuos actos de amor de Dios.

Empezaron en mi alma algunas desolaciones bien grandes, aunque no eran continuas. ¿Adónde te has ido Amado mío, que no te encuentro? le decía yo a mi buen Jesús. Por

este tiempo no tenía más licencia para disciplina particular que martes y jueves. Ni pieza a donde la tener, no la había, porque se me negaba la licencia de ir a la huerta. Con esto me determiné a tenerla en la celda. Yo Padre mío le digo la verdad que me ponía fuera de mí en estas ocasiones. Con ser tan cobarde y temerosa de las monjas, no sé dónde se iba este temor que no lo sentía en estas veces ni sé de dónde me salían tantas, tantas fuerzas porque era incansable. Ahora bendigo al Señor, y le doy gracias porque me dio en ese tiempo espíritu fuerte y varonil para imitar a los Santos en cuanto podía y podía poco, pues era menester hurtar hora en que no me oyesen. Así que las monjas vieron la celda se levantó de nuevo otra contradicción y acusaciones con la Prelada. Una me decían que sino tenía vergüenza de que el indio fuese a encalar la celda. Otra que lo que se gastaba en encalarla podía ser para un pobre, si yo no hiciese imprudencias. Otra, que en todo quería singularizarme, y no ir por donde caminaban todas, y otras cosas de esta manera. Como me mandó la Prelada no volviese a manchar la celda busqué otras dos piezas a dondeirme; esto me costaba sumo trabajo, y no obstante, no dejaron de haber sus regaños. En fin, que todas las puertas se me fueron cerrando por voluntad de Dios. En las horas que hacía estas penitencias me daba el Señor unas luces muy grandes a mi alma, y conocimiento de que sólo debemos aspirar a lo eterno, y no hacer aprecio de lo transitorio y perecedero. Al paso que yo castigaba al cuerpo se fortalecía más el espíritu con grandísimo fervor. Ya que me hallaba imposibilitada para predicar, procuraba por estas vías de oración y penitencia ganar muchas almas para Dios.

Antes de esto ya me comencé a enfermar, no por estas cortas penitencias, sino por la voluntad de quien me ha destinado para llevar camino de cruz en todos los pasos de mi vida. Me empezó un dolor en el estómago que me torcía toda sin poderlo encubrir, lo que hacía era irme a la celda para que no me viesen; pero como tocaban a los actos de Comunidad luego en ellos me lo echaban de ver las monjas. Yo deseaba Padre mío sufrir hasta la muerte sin decir jamás, esto me duele; pero no lo ha querido así Dios, sino que esté en esta cama dando quehacer, y causando cuidado a todos.

Este dolor de estómago hace más de tres años que lo padezco. La calentura y lo demás, dos años, el dolor del pulmón, seis meses desde la caída.

Con la calentura de todos los días a la una del día, y a las nueve de la noche iba yo con mucho desaliento a vísperas y Maitines. Este desaliento sólo era en el cuerpo, no en el espíritu, que siempre estaba pronto para cumplir la voluntad de Dios. También para las madrugadas sentía ya sumo trabajo por el grande frío que me daba desde las cuatro de la mañana y se iba disminuyendo hasta la hora de la calentura. Al levantar el cuerpo parece que levantaba un plomo según era la falta de fuerzas. Con vomitar un día sí y otro no, lo pasaba medianamente, y para esto me costaba también harto trabajo por evitar que las monjas me viesen, y me iba a la huerta detrás del Noviciado, ya después que era todos los días el vomitar, no se pudo encubrir porque de noche al salir del Coro antes de llegar a la celda, vomitaba a caños en la orilla del claustro, y como me quedaba sin ningún alimento

hasta las siete de la mañana (esto por no pedir licencia, pareciéndome a mí no me haría daño el no tomar nada) con la continuación de esto pasaba muy malas noches, y se me fueron encogiendo los nervios con dolores muy agudos en todos los huesos; ya no podía hacer las inclinaciones en el Coro, y me afligía si daba mal ejemplo, porque las monjas no sabían la tiesura que estaba padeciendo. Para hincarme y besar la tierra me costaba sumo trabajo, y como la Celadora vio esto, pensó faltaba yo a esta Santa costumbre por negligencia, y me lo puso por culpa en el capítulo. Yo me alegré de que me pusieran culpa no habiéndola delante de Dios, y en mi interior se lo agradecí al hermana Celadora, y luego en las culpas que dije me acusé de esta falta delante de la Comunidad por amor del buen Jesús que quiso ser acusado por mí, siendo la misma santidad.

En todas ocasiones que me acusaban con culpa, o sin ella, no les mostraba a las que lo hacían ningún enojo, ni incomodidad; antes pedía al Señor bienes eternos para sus almas. Nada me causaba turbación, porque lo recibía de la mano de Dios, y siempre tenía por cierto que lo que nos sucede próspero o adverso es por voluntad de Dios, y me acordaba también de lo que decía el Santo Job: si de mano del Señor recibimos los bienes, ¿por qué no recibiremos los males?

Antes de pasar adelante se me había olvidado decirle a Vuestra Paternidad que antes de estos tres años que van aquí apuntados, todavía estando yo con salud me sucedió una vez que tocaron a oración en la mañana y no me levanté prontamente como tenía de costumbre, y luego oí que se golpeó la cruz del Santo Cristo contra la pared, como tres golpes dio bien recio, y no había nadie en la celda que la hubiese tocado. Con este aviso y susto luego me levanté y me fui para el Coro. Desde entonces me quedó mucho miedo de faltar por negligencia a los actos de Comunidad.

Ahora torno a proseguir. Pasé cerca de dos años del modo que digo arriba con mucho quebranto y desaliento. Todo me costaba trabajo, no por lo que ello es, (que claro está ser muy suave el yugo del Señor y su carga ligera) sino que ya estaba enferma, y aún me confesaba de esta flojedad, particularmente de no estar hincada toda la oración, y repugnancia para levantarme de mañana.

El Jueves Santo, antes de éste que pasó dándome el Señor unos ímpetus grandes de hacer algo por su amor, me determiné a tener una disciplina por desagaviar a Jesucristo de las ofensas que recibe su Majestad en esta noche de su pasión.

Ya yo tenía licencia de mi Prelada para que fuese a una celda del Noviciado, y su Reverencia misma me puso seis petates al contorno de ella; después me dijo no podía creer hiciera yo semejante grosería, y que no me hubiera dado la licencia si hubiera sabido esto. Pero como el amor no tiene límites, el amor me dio fuerzas al considerar que el Esposo de mi alma fue atado a una columna y azotado cruelmente por mi amor. El amor es fuerte como la muerte, y hace mártir a quien lo posee. No encuentro Padre mío, a que comparar el tormento que padece un alma que ama con amor intenso a su Dios. Esta alma

amante de su Esposo padece al doble, y su padecer está escondido de las criaturas. Ellas creen ser capricho y propia voluntad lo que es influjo de la gracia, y obra maravillosa del amor que vive en ella. Esta alma ya está tan fuera de sí que no hace ella lo que hace, sino Dios en ella.

Como había tiempo que no hacía esta penitencia, unas veces por ocupación, y otras por no haber en donde la hacer, me pareció se podían juntar los martes y jueves que dejaba, y no me pareció faltaba en nada a la obediencia; pues era pagar lo que había dejado. En saliendo esta noche de las tinieblas nos fuimos para el refectorio, así que hicimos colación, estuve tanteando la hora en que no me viesen las monjas entrar al Noviciado. Esto fue como a las nueve de la noche, me encerré con pasador y comencé la disciplina que duró dos horas poco más o menos. Ínterin estaba en este padecer fue regalada mi alma con indecibles consuelos, y no veía otra cosa en la celda que a mi buen Jesús atado a la columna, parado en una balsa de sangre y yo deseaba ayudarlo a padecer y le ofrecía lo que por mí pasaba por las almas del Purgatorio, y por todas las almas redimidas con su preciosa sangre.

Así que quise andar me dio un desmayo como de muerte con un sudor frió y el cuerpo como de algodón, me quedé caída en el suelo como media hora sin actividad para nada, creo no sentiré más en la hora de mi muerte; pero si entonces me hubiese cogido la muerte nada me afligía en mi conciencia. Así que me pasó algo, hice la fuerza de levantarme, y con harto trabajo di dos pasos y volví a caer con otro desmayo. Me acordé muy vivamente en esto de mi buen Jesús desmayado en su sangre, y me alegré de acompañarlo aunque fuese en muy poco. ¡Oh mi buen Jesús y vida de mi alma cómo quisiera no haber perdido instante de aquel precioso tiempo en que me regalaste con tanto fervor y espíritu! *Benedic anima mea Domino. Bendice ánima mía, al Señor, y todas mis entrañas su Santo Nombre. Bendice ánima mía, al Señor y no te olvides de todas sus pagas y beneficios. El cual perdona todos tus pecados y sana todas tus enfermedades. El cual redime y libra tu ánima de la muerte y te cerca de misericordia y misericordias. El cual cumple en todos los bienes tus deseos, y por el cual será tu ánima renovada como la juventud del Águila. Así lo espero de tu bondad. ¡Oh Dios mío, espero que me he de salvar y que tengo de bendecirte eternamente! Así me lo dice mi padre Fray Anselmo que me he de salvar, y sus palabras son tuyas y tus palabras y promesas son infalibles. Guárdame, ¡oh Esposo dulce de mi corazón! Guárdame y líbrame de todo pecado, no sólo mortal, sino aún venial.*

No quiero la vida, sino para amarte; y por estar sin peligro de ofenderte deseo gozarte. Recibe, ¡Oh Bien mío! este padecer y esta noche oscura, y sea para tu gloria. Amén.

Después que me pasó el segundo desmayo, pude ir saliendo, con harto trabajo del Noviciado; llegué a la celda, y me dio otro desmayo, como de muerte con ansias de vomitar, hice esfuerzo de salir, y no me alcanzó el tiempo ni para llegar al Jardín. Todo

esto, nadie lo vio, porque unas estaban acostadas, y otras en el Coro. Así que me compuse algo me fui para el Coro a pasar lo restante de la noche; pero no podía estar un credo hincada sin darme desmayo, y la cabeza que me brincaba de dolor. Una hermana que estaba cerca de mí, le hacía fuerza que yo me estuviera sentando en el rosario, y otro día empezó a instarme que le dijese qué tenía que estaba como el día en que me han de enterrar; yo no respondía más, que me dolía la cabeza. Amanecí el viernes santo como por el aire, y me alegré estar en la cocina para no ir al vía crucis, según tenía el cuerpo.

Pasó hasta el domingo en secreto todo, y no sé cómo lo entendieron las monjas y le ensañaron la celda a la Prelada, o su Reverencia la vio sin que se la enseñaran, ni yo sé bien lo que sucedió entonces, y así que tuve aliento me llevé los petates a encerrarlos en la Galera de la huerta; pero no se pudo encubrir lo que quedó en la celda, y fue menester encalarla. Con esto pasé buenos regaños y aflicciones, y me penitenciaron con comer carne; como la tomé con tanta repugnancia por haberme desayunado bien, y tener el estómago débil, me hizo daño y comencé a estar peor en la salud; pero todo lo atribuyo a la voluntad de Dios que así lo ha querido. El martes de esta pascua vino Vuestra Paternidad y me mandó la Prelada que todo se lo dijese a Vuestra Paternidad; a mí no me dio pena, porque delante de Dios no me hallaba culpada por esto, y más que Vuestra Paternidad es mi Padre, y mi alma halla todo consuelo en descubrirle todas sus penas. Nada le tengo, Padre mío, oculto, todo mi corazón está en sus manos, y si alguna vez le dejo de decir algo, es por olvido.

A los pocos días de esto, entró la Prelada en nuestra celda, y me dio muchas reprensiones. Estaba yo tan avergonzada en su presencia que deseaba enterrarme y como no había remedio de que se contentase, me postré a sus pies, pidiéndole perdón, y propósito de la enmienda. Con esto se contentó, pero me pidió las disciplinas, que fue lo que yo más sentí, y quedé muy desconsolada sin ellas, porque eran mis armas, y la alhaja más preciosa que tenía en la celda. Parece que me avisaba el corazón que ya no las volvía a recobrar porque así ha sido. ¡Bendito sea el Señor por todo!

Después como ya no tenía disciplinas de fierro, un día que fui a la huerta me hallé unos abrojos muy al propósito para hacer disciplinas y los llevé a la celda, y en hora que yo no estaba allí entraron a sacármelas; seguramente fue mi Prelada, porque ninguna tenemos licencia de entrar en las celdas. En fin, que todo me lo estorbaban, y no eran las penitencias las que me consumían, sino las aflicciones del espíritu, y las enfermedades que Dios me fue enviando.

Todo el consuelo que he tenido en este año ha sido una conformidad grande para recibir de la mano de Dios muy grandes trabajos, conociendo bien que no son condignos los trabajos todos de esta vida para la futura gloria que esperamos como dice el Apóstol.

Vuestra Paternidad mi Padre Fray Anselmo, ha sido mi verdadero consuelo, desde que tuve la felicidad de llegar a sus pies y en este año de amarguras con sus celestiales

palabras y con sus papelitos ha esforzado mi alma y mi corazón para que sigan su camino de Cruz. Es tanto el consuelo que siento cuando estoy con Vuestra Paternidad que todo lo que me dice son alas que encumbran esta alma a un grado muy alto de amor de Dios, y me infunde una gran confianza de mi salvación eterna.

No puedo acordarme que tiempo hace que me dijo Vuestra Paternidad que no madrugase por estar ya muy enferma y le pedí licencia a nuestra Madre para hacerlo así cuando no tuviese enferma a quien darle su desayuno temprano.

Algunas hermanas, como no sabían faltaba yo por necesidad a la oración, algo se escandalizaron, al menos, una me lo dio a entender dos veces, diciéndome que vendría nuestra Santa Madre a sacarme de la celda con las disciplinas, porque no madrugaba a la oración. Con esto pasé harta vergüenza y le dije que lo hacía por necesidad y con licencia. Yo me disculpé esta vez por evitar el escándalo que le pudiese causar.

Luego que la otra hermana se descompuso fue nuevo clavo para mi corazón, y no me descuidé en lo más mínimo para hacerle cuantos remedios se pudieron. Pase tres meses de dormir con ella, o mejor diré de no dormir porque ella no sosegaba, y yo pasaba muy grandes miedos; pero en mi interior me alegraba de este padecer por amor de Dios y consuelo de la hermana. Había noches que pasábamos las dos andando los claustros, y yo deteniéndola para que no les tocara las puertas a las monjas. Hubo noche que la pasé en la cocina por no estar con ella, según era el tormento que sentía de que se me estuviese echando encima de noche, pero en esta vez fue ya cuando no tenía la hermana miedo de quedarse sola, sino, no me hubiera atrevido yo a hacerlo así por no faltar a la caridad, como por no disgustarla a ella. Así que quiso Dios se le quitara el temor de estar sola, ya descansé; pero mi corazón sigue en la misma pena por ella.

En estos tres años me he ejercitado de continuo en curar a las enfermas y todas las untadas, y tinajas de agua y todos los pasos y cansancio se lo ofrecía a Dios todas las noches por las ánimas del purgatorio, y así que me acostaba como procesión se me ponían delante muchas almas, aunque no sean deudos. Dos estuvieron algún tiempo como pidiéndome con gran empeño, que hiciese oración por ellas.

Por cada cosa grande de la cocina que fregaba o los platos y demás cosas le pedía yo al Señor que sacase muchas almas del purgatorio; hace creo cinco años que hice el voto de las ánimas, día de nuestro Padre San José y desde entonces están ellas con más eficacia, tengo muy gran consuelo cuando me apuran los dolores del cuerpo porque deseo con ansias darles alivio a todas las almas del Purgatorio, les tengo mucha compasión y quisiera ser una santa abrazada en el amor de Dios para que su Majestad por la oración de su sierva sacara en cada momento millones y millones de almas.

Otro deseo grande que he tenido siempre ha sido conseguir cordeles de cerdas para traer ceñido este miserable cuerpo con ellos, ya que todo lo demás se me negaba; pero por más diligencias que he hecho, no he podido conseguir nada, solo me consuela que Dios



recibe mis deseos por obras, y ahora me hallo ceñida por su benéfica mano sin poder salir de esta cama. ¡Bendito sea su Santo Nombre, y yo adoro con sumisión sus santas y admirables disposiciones en orden a mi alma!

Yo, Padre mío, he tenido muy grande inclinación a la penitencia; el cuerpo siempre no la ha querido; pero el espíritu siempre la ha deseado con deseos intensos, y conociendo ser éste un medio bien necesario para caminar a la perfección, lo he procurado en cuanto me ha sido posible.

Desde pequeña empecé con la gracia de Dios con la mortificación entera de los sentidos, para conseguir de este modo la mortificación de las pasiones. Poco, o nada, me costó el vencerlas, porque han sido muy tenues, ni yo misma sé qué pasiones tengo, mejor las conocerá Vuestra Paternidad en mí. Todo el empeño que tuve, desde mis primeros años era agradar en todo a Dios, y su Majestad obraba en mí de un modo maravilloso que yo no lo sé decir; solo sí, que sin entender cómo, iba caminando en los brazos de mi buen Jesús. Esta alma encaminada por la Suma Verdad no buscaba otra cosa que al centro de su amor, y no atendía más que a hallar las sendas seguras para su eterna felicidad.

Parecíame a mí que en entrando en la Religión se acababan los temores y las penas que se pasan en el mar borrascoso del mundo. Es verdad que de aquel modo se han acabado, y por los primeros años caminé, por la suma bondad de Dios, con toda bonanza. *Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, delectatus sum, et defecit spiritus meus.* Mi alma en aquel tiempo desechó las consolaciones, tuve memoria de Dios, hallé consuelo, y ejercíteme y desfalleció mi espíritu. Estos desfallecimientos de mi espíritu eran algunas veces contrarios; unos de un temor grandísimo de los juicios de Dios; pero luego era consolada, o sostenida de su misericordia, y las más veces era desfallecer mi espíritu de sumo gozo, y en esto no hay remedio que no quiere el alma salir de esta pena, aunque mucho padezca el cuerpo, y si este desmayo le quita la vida, eso quiere el alma, que no desea más que estar segura de ofender a su Dios y a su Bien, y al centro verdadero de su amor.

Meditaba de noche en mi corazón, y ejercitábame, y barría y purificaba mi espíritu. *Et meditatus sum nocte, cum corde meo, et exercitaba, et scopebam spiritum meum;* pero esto con alegría y contento y paz inalterable en el alma.

Después ya fue poco a poco el Esposo derramando en mi alma la mirra de su pasión, y ha seguido por sus pasos contados, aumentándose cada día más, como Vuestra Paternidad conocerá mejor que yo al estado de aflicción que he llegado por voluntad de Dios, y ahora puedo decir muy bien en lugar de tinieblas muy amargas me has colocado Dios mío, como a los muertos sempiternos.

Ahora siete meses, un poco de contradicción tuve con las monjas por la prisa que les daba a las hermanas novicias de que se animaran para entrar luego. Ya me parecía, ponía el demonio algún estorbo para que entrasen. Con escribirles y con animarlas en la reja les

procuraba quitar todo el miedo que les infundían en el Siglo. Yo por la experiencia que tengo del gozo tan inexplicable que tiene una alma pura que se entrega a su Dios con verdad en la religión, por eso era todo mi empeño en apresurarles su bien. El Señor me cumplió mis deseos de que fuera pronto, y se llenó mi corazón del mayor gozo que jamás he sentido. Parece que me volaban en el aire de contento al ver ofrecerse a su Majestad estas preciosas alma, que sino me engaño han de ser columnas de esta Religión, porque su vocación es perfecta, y nuestro buen Jesús las ha colmado de todas la gracias y virtudes que quiere mi Santa Madre para sus hijas. Dios nos conceda, Padre mío, verlas profesas, y que sea para su gloria y alabanza, Amén.

Con la plática y sermón de Vuestra Paternidad dio el Señor cumplido gozo a mi alma en aquellos felices días, y me pareció estar en la gloria porque me hablaba al corazón, me esforzó entonces para todo lo que me esperaba, así de desolaciones en el alma, como trabajos en el cuerpo.

A los tres días de estos contentos se llevó Dios a mi hermano grande, y unos días antes me lo dio a entender el Señor, sin saber yo que estuviese tan malo. Yo no sé cómo lo pueda explicar, porque fue como una voz de decirme en el interior que se moría, y que me fuese conformando, y estuve en esos días en continuos actos de conformidad con la voluntad de Dios. Cuando me avisaron que Vuestra Paternidad me llamaba, luego consentí en esto. Ya se acordará Vuestra Paternidad que recibí este golpe adorando la mano que me hería el corazón. Este fue el segundo clavo, y después de su muerte me quedó una tranquilidad grande en el alma, como tener cierta su predestinación.

En el primer clavo de la muerte de mi confesor también lo llevé con toda conformidad, y en la noche de su agonía pasé yo acompañándolo, como si lo estuviese viendo, y ayudándole en su padecer. Como a las cuatro de la mañana se calmó el tormento de mi corazón, que me parece fue la hora que Vuestra Paternidad me dijo se lo había llevado Dios.

Después el tercer clavo lo recibí también, como venido de la mano de Dios; pero mi alma fue llena de la mayor amargura con la muerte de mi hermana. Yo deseaba estar fuerte para dar buen ejemplo y me esforzaba, como en los antecedentes golpes; pero ya mi natural flaqueza, no pudo resistir a tanto golpe, y acompañé bien a mi buen Jesús la Semana Santa, y cantando o rezando en el Coro se salían las lágrimas sin remedio. Vuestra Paternidad, mi Padre Fray Anselmo, ha sido el consuelo de ésta su hija en el largo tiempo de mis tribulaciones, y espero lo será hasta entregar mi alma en las manos de mi Criador.

Mi corazón, no sólo ha sido traspasado con agudos clavos; sino también coronado con agudas y penetrantes espinas de varias maneras. Las enfermedades de las hermanas me han sido un doloroso martirio, y mil vidas diera yo porque recobraran la salud. Otras cosas, que aún no hallo como decírselas a Vuestra Paternidad me atormentan en gran

manera. Quisiera yo, según es el amor grande que les tengo a todas las monjas repartirles todas las gracias sobrenaturales con que Dios ha enriquecido mi alma por su gran misericordia, no porque ellas no las tengan, sino porque no estén vacías en mí. En esta última enfermería que hice, que aún me faltó un mes, me ha regalado el Señor con el aumento de los trabajos, así en el alma, como en el cuerpo y estoy en la situación de decir con Jesucristo: mi corazón se ha conturbado, mi virtud me ha dejado, y la luz de mis ojos no está conmigo.

En la caída que me di ahora seis meses y al tiempo del golpe me pareció sería esto la causa de mi muerte. No sé si me engaño y el pulmón me duele desde entonces, sin haber remedio que me lo sane. Dios haga lo que convenga, y sea todo para su gloria. Amén.

La lanza que ha atravesado mi corazón en esta cama ha sido un temor muy grande de los juicios de Dios con oscuridad extremada en mi entendimiento, y me confundo y avergüenzo de hallarme tan favorecida de la caridad de las monjas. Sea por amor de Dios.

En este momento, padre mío, se halla mi corazón afligido y angustiado, y le digo al Señor, Padre Mío, si es posible pase de mi este cáliz; más no se haga ni voluntad, sino la tuya. *Sacrificitium Deo, spiritus contribulatus.* Aquí se concluye mi vida, y seguiré en otro cuaderno las mercedes del Señor en la oración.

#### QUINTO CUADERNILLO

Conociendo por experiencia el gran bien que tiene una alma religiosa abandonada enteramente a la Santa obediencia, y que esta virtud da fuerzas, y obra grandes maravillas en quien la posee aun cuando su entendimiento sea rudo, y su memoria escasa, comienzo hoy sábado 8 de Julio de 1815 a escribir el camino de mi espíritu por donde Dios me ha conducido desde que amaneció en mí el uso de la razón hasta el día presente. Confiada en el auxilio de la divina gracia, se determina mi voluntad a obedecer con el mayor rendimiento a Vuestra Paternidad, deseando sea todo para gloria de Dios y de su amorosa madre María Santísima, a quien humildemente suplico me alcance del Espíritu Santo un rayo de luz que alumbre mi entendimiento para poder decir las misericordias que de su bondad ha recibido mi alma, y que sea esto para alabanza eterna de su amor. Amén.

Desde que conocí a Dios le amé con todo el corazón, con toda el alma y con todas mis fuerzas, y la luz clarísima que ardía de continuo en medio de mi corazón me enseñaba y hacía conocer la brevedad del tiempo y que la senda de la vida eterna es muy estrecha, que el justo apenas se salva; que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que todo pasa y se acaba en un momento, la cuenta estrecha; la perdición muy fácil, pues al primer pecado que cometiese podía Dios sepultarme en los infiernos para siempre. Todo esto me tenía de continuo llena de temor y atenta a conservar en mi alma la joya preciosa de la divina gracia. El recuerdo de los innumerables beneficios de Dios me hacía desear con las

mayores ansias emplear toda mi vida en su servicio, y que todo mi amor fuese para él solo. Estando, me parece, como de seis años, ya me ocupaban estos pensamientos y deseos, y pasaba la vida como en el aire, poniendo siempre la vista de mi alma en la eternidad que me esperaba. Todo mi empeño era estar en gracia de Dios, y aprovecharme del camino llano que me ponía delante para mi santificación.

Me concedió su majestad por sola su bondad y misericordia un corazón lleno de caridad, humilde, agradecido, recto y sin dobles, y Jesucristo, Esposo y centro de mi alma, mantuvo este corazón en toda pureza, cercándolo de muchas espinas y tribulaciones. El alimento de mi alma desde este tiempo, fue la continua memoria de la pasión de Jesucristo, y de su muerte, y meditaba también todo los días en los novísimos para infundirme el santo temor de Dios. En la oración sentía el alma unas interiores palabras que me daban fuerza para cumplir lo que se me decía; pero como yo no sabía qué podía ser esto, no daba cuenta de ello; sólo decía en la confesión los pecados, y las imperfecciones, y nada más.

Desde que empecé a comulgar eran las confesiones y comuniones cada ocho días; yo no procuré más a menudo por el temor de que estaba siempre, poseída, y por mi voluntad no llegara yo cada ocho días a esta sagrada mesa. Cuando recibía a Jesucristo dentro de mi alma, era con muy viva fe y reverencia, y desechando el temor que me ocupaba, esperaba en su misericordia que me había de salvar, y mi corazón se inflama con deseos y ansias de amarlo hasta la muerte.

Seguí de esta manera hasta los nueve años de edad, en cuyo tiempo hice con particular impulso del Espíritu Santo el voto de castidad. Al tiempo de hacerlo sentí una inflamación muy grande en el alma, y el corazón, con que se liquidó en agua de tiernísima devoción. Siendo yo dura para llorar derramé ese día abundantes lágrimas, porque la flaqueza del natural, no sufría lo que en el interior pasaba. El espíritu quedó desde entonces más fuerte que antes, y con deseos muy vivos de asegurar esta gracia por medio de una santa vida, para lo cual deseaba conseguir me diesen licencia para vivir en soledad y penitencia, como Santa Rosalía, sepultándose para siempre de las criaturas, y de todas las cosas de la tierra. Como me dijeron no haber ya licencia para vivir en el monte, procuré desde entonces morar cuando podía en la soledad del Oratorio de mis Padres, en donde hallaba mi alma su reposo y descanso por las ilustraciones divinas, y celestiales consuelos que en la oración se le daban. Muchas veces era tanto el gozo deleite de mi corazón que podía decir con toda verdad: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Unas de las interiores palabras que entendía yo con viveza en la oración eran que buscarse a Dios en todas las cosas, que procurase lo más perfecto, y que atendiese únicamente a conseguir mi último fin por la negación total de la voluntad y del gusto de los sentidos, y otras innumerables cosas a este tenor.

Tus misericordias, Dios mío, son sin número, y me lleno de aflicción cuando considero que no me he aprovechado de ellas, como debía. Mas tú, ¡Oh Creador y deleite mío!, puedes en un momento purificar y acrisolar esta alma con el fuego de tu amor, y hacer de mí, miserable, un vaso escogido de elección, en quien seas glorificado eternamente. Así lo espero Jesús mío de tu bondad, así lo espero, y que en pudriéndose este trigo en la tierra de su nada, crecerá y dará copiosos frutos para tu gloria.

Desde los nueve años hasta los diez y siete comulgué cada jueves y domingo, y los deseos de caminar a la perfección se aumentaban cada día más. En este tiempo pasó mi alma su noche oscura sin otra luz que la que en medio del corazón ardía. Esta luz, me parece ser como la nube tenebrosa que guio a los israelitas, y siendo nube tenebrosa era luz para ellos en la noche oscura de sus trabajos; así mi alma fue guiada en la noche de sus tribulaciones por el mismo Dios escondido en la nube oscura de la fe. No me es posible explicar las amarguras y tinieblas del espíritu que pasé en estos años: gemía y buscaba al amado de mi alma y no le encontraba. Estando cercada de misericordias y de clarísima luz me hallaba en las tinieblas de los mayores desconsuelos. Yo sentí en estos años que mi espíritu pasó dos partes de esta noche: la primera que se compara a la prima noche por no ser sus tinieblas tan espesas, y porque aún hay señas del día anterior. Esta parte entiendo yo ser la noche del sentido, que es cuando por amor de Dios hacemos carecer del día falso de sus gustos a los sentidos, dejándolos a oscuras y sin nada. Y la segunda que se compara a la media noche por su obscuridad, sin comparación más grande, en donde no hay mas que esta nube tenebrosa y alumbradora de la noche, que es la fe, la cual nube separa al alma de los egipcios de sus deseos y afectos, para que pueda entrar en el mar bermejo de la Santa voluntad de Dios, en donde se le abre camino seguro para llegar a la tierra de promisión, en donde será alimentada eternamente con el escogido maná del amor suavísimo de su amado. De esta nube milagrosa dice la Sagrada Escritura, *Erat nube tenebrosa, et illuminans noctem*, y esto se verifica muy bien en las almas escogidas de Dios, que su majestad mismo las enseña y pone en esta oscura noche de contemplación, en la cual no tienen otro arrimo que la fe, y pasada esta noche las halla el celestial Esposo tan agraciadas a sus divinos ojos que les empieza a mostrar regalarlas con los dones de su amor para unir las consigo estrechamente. Por estas tres noches, dice mi Padre San Juan de la Cruz que ha de pasar el alma para venir a la divina unión con Dios. Estas se figuraron en el libro del Santo Tobías en las tres noches que el Ángel mandó a Tobías el mozo, que pasasen antes que se juntase en uno con su esposa. *Tu autem, cum acceperis aem ingressus cubiculum regis tres dies continens esto ab ea*. En la primera le mandó que quemase el corazón del pez en el fuego, que significa el corazón aficionado y pegado a las cosas del mundo, el cual para comenzar a ir a Dios se ha de quemar y purificar de todo lo que es criatura en el fuego de el amor de Dios, y en esta purgación, ahuyenta al demonio que tiene poder en el alma para asimiento a los gustos de las cosas temporales y corporales. En la segunda noche le dijo que sería admitido en la compañía de los Santos Patriarcas que son los Padres de la Fe, porque pasando por la

primera noche, que es privarse de todos los objetos de los sentidos. Luego entra el alma en la segunda noche, quedándose sola en desnuda fe, y rigiéndose sólo por ella, que es cosa que no cae en sentido.

En la tercera noche le dijo el Ángel que conseguiría la bendición de Dios, que es Dios el cual, mediante la segunda noche, que es fe, se va comunicando al alma tan secreta e íntimamente, que es otra noche para ella, en tanto se va haciendo esta comunicación muy más oscura que las otras. Y pasada esta tercera noche, que es acabarse de hacer esta comunicación con el espíritu, que se hace ordinariamente en gran tiniebla del alma, luego se sigue la unión con la Esposa, que es la sabiduría de Dios. Como también el Ángel dijo a Tobías que pasada la tercera noche se juntaría con su Esposa con temor del Señor, el cual cuando está perfecto, lo está también el amor de Dios, que es cuando se hace la transformación por amor del alma con Dios. Y advertirse ha que estas tres noches, son una noche que tiene tres partes, porque la primera que es la del sentido, se compara a la prima noche, que es cuando se acaba de carecer del objeto de las cosas. La segunda que es la fe, se compara a la media noche que totalmente es oscura. Y la tercera el desprendimiento que es Dios, la cual es ya inmediata a la luz del día.

En la noche de mi espíritu, no sé como poderle explicar a Vuestra Paternidad mi Padre Fray Anselmo, lo que esta alma padeció. Fue un combate continuado entre el espíritu y el natural, porque parece que todo el infierno se desata en contra del alma que se determina con valor a entrar por la puerta angosta y camino estrecho que guía a la vida eterna. Enseñada pues con la luz clarísima que ardía siempre en medio de mi corazón corté y quemé todos los estorbos que me eran impedimento para caminar a la perfección. Tenía presentes de continuo las palabras que dice nuestro Señor por San Mateo: *Quam angusta porta et arcta via est, quae ducit ad vitam et pauci sunt qui inveniunt eam.* Cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que guía a la vida, y pocos son lo que le hallan. De estas dichosas almas deseaba yo ser, aunque me costase los mayores trabajos, y sobre estas palabras de San Mateo dice mi padre San Juan de la Cruz que para entrar por esta puerta de Cristo que es el principio del camino, primero se ha de angostar y desnudar la voluntad en todas las cosas sensuales y temporales, amando a Dios sobre todas ellas, lo cual pertenece a la noche del sentido que habemos dicho. Y luego dice que es estrecho el camino, conviene a saber, de la perfección, para dar a entender que para ir, por el camino de la perfección, no sólo ha de entrar por la puerta angosta; vaciándose de lo sensitivo, mas también se ha de desapropiar estrechándose y desembarazándose puramente en lo que es parte del espíritu y así lo que dice de la puerta angosta podemos referir a la parte sensitiva del hombre, y lo que dice del camino estrecho podemos entender de la espiritual o racional; y en lo que dice que pocos son los que le hallan, se debe notar la causa que es, porque pocos hay que sepan y quieran entrar en esta suma desnudez y vacío del espíritu; porque esta senda del alto monte de la perfección, como quiera que ella vaya hacia arriba y sea angosta, tales viadores requiere que ni lleven carga

que le haga peso cuanto a lo inferior ni cosa que le haga embarazo cuanto a lo superior; que pues es trato en que solo Dios se busca a solo Dios se ha de buscar, sin desear otra cosa.

Por esta total negación de la voluntad en todas, todas las cosas caminé siempre con extraordinaria fortaleza infundida de Dios, que es la verdadera fortaleza del alma: y en este tiempo de aniquilación me enseñó la misma sabiduría de Dios a buscarlos en Fe y en amor, y esta Fe y este amor me encaminaron hasta unir mi alma con su amado. También estos años que anduve el camino sin conocerlo aprendí a padecer y sufrir en silencio, esperando con paciencia que rayase en mi alma la Luz del Espíritu Santo.

El único alivio que tenía en tantas amarguras y tinieblas era irme al oratorio sola, y allí delante de la Santísima Virgen se derretía mi corazón como cera con el fuego de la tribulación más amarga que jamás había experimentado, y esperaba con gran confianza el amparo maternal de esta dulcísima Madre de misericordia, que al fin, como aurora que es de las almas que buscan a Dios, me había de dar luz en aquella senda tan desconocida para mí, y no fue vana mi esperanza porque esta tierna Madre remedió mis desconsuelos, haciendo llover sobre mi alma las misericordias de Dios. No era para mí la Santísima Virgen de los dolores del Oratorio imagen muerta, sino muy viva según lo que me pasaba; lo mismo era pasar por la puerta que se sobrecogía mi corazón de temor y reverencia filial para con la Señora; pero al mismo tiempo infundían en mi alma muy grande amor y confianza en su protección.

En la oración que acostumbraba tener delante de su imagen, acompañándola en sus dolores, unas veces la veía muy pálida, otras encarnada, otras muy afligida. Si alguna vez no negaba mi voluntad en alguna cosa me reprendía dándome al mismo tiempo fortaleza para quitar aquella falta porque no admitía la Madre de la pureza ninguna mancha en esta alma escogida de Jesucristo, y siempre que la llamaba en mis tribulaciones experimentaba su protección y singular amparo.

En la devoción y grande amor que tuve siempre a nuestra Santa Madre y a mi padre San Juan de la Cruz también conozco haber sido singular merced de Dios, porque aún de sólo nombrarlos, u oírlos nombrar se encendía mi corazón en el amor de Dios y amor al padecer. Cada año día de mi Santa Madre y día de su corazón herido venía yo a comulgar a esta Iglesia. Desde que entraba conocía yo que por la intercesión de mi gloriosa Madre se iba cada momento inflamando más y más mi corazón en el deseo grande de consagrarme toda a Jesucristo, y salía tan mudada de la Iglesia que no me conocía, ocupada enteramente de las reflexiones más importantes y resolución firme de caminar a la mayor perfección con la gracia de Dios. Si el mundo hubiera conocido lo que por mí pasaba seguro dijera eran cosas ajenas de una criatura de tan pocos años, cómo estaba yo entonces; pero Vuestra Paternidad, Padre mío, que lo alumbra el sol clarísimo del Espíritu Santo y conoce por experiencia las caricias y amor de todo un Dios para con las almas que desde ab aeterno escoge para Esposas suyas. Sé yo ciertamente que no le hará

fuerza cuanto le diga, sino que alabará al Autor de tantas maravillas, y bendecirá las manos que me han colmado de misericordias.

Cuando sonaba la campanilla de la comunión para las monjas (esto era estando yo en la Iglesia) me daba una devoción extraordinaria y hubiera querido a ese tiempo meterme como mariposa por la ventanilla, y recibir allá dentro al deseado de mi alma sin tornar a salir jamás de la clausura. La vista de mi Santa Madre, el canto de las monjas y el rezo y las campanas, hasta la volteadora, todos eran llamamientos vivos para esta alma.

Lo mismo me sucedía con mi padre San Juan de la Cruz y en viéndole abrazado con el sagrado madero se me iba el corazón a él con deseos muy grandes de seguir su camino, aún no sabiendo cuál había sido, porque no había leído su vida ni sus obras. Mas Dios, luz y guía de las almas me lo daba a entender muy claramente.

En las palabras que Dios habla al alma en lo mas interior del espíritu, me hallaba yo desatinada sin saber que podía ser esto así: eran unas palabras suaves y eficaces, que al mismo tiempo de oír la voz se me daba fuerza para poner en ejecución lo que se me decía; no las oía con los oídos del cuerpo, y sí muy vivamente con los del alma. El continuo llamamiento que sentía en mi espíritu era de vida eremítica. Soledad, oración, penitencia y silencio. Dios me decía en lo más íntimo de mi espíritu: escóndete hija, hasta por un momento; esto es, por el momento de esta miserable vida, y entonces yo te descubriré los secretos y tesoros escondidos en el arca de mi amor. Yo bien quería cumplir luego la voluntad del Esposo, pero aún no se me daba a entender cual de las Religiones era con la que se guardaba esta vida de soledad y silencio. Mi deseo grandísimo también era saber en qué Convento de los dos en quienes estaba fluctuando se hallaba en la observancia de su primitivo fervor sin relajación alguna; mas esto me fue imposible conocerlo, que si lo hubiera conocido, a ojos cerrados entrara en él que se hallara sin ninguna relajación, para caminar sin tropiezo a la más eminente santidad. Me da muy gran consuelo acordarme de estos mis deseos tan puros y perfectos, con lo cuales desde los principios busqué a Dios en fe y en verdad, espero de su misericordia que ya está todo escrito en el libro de la vida. Todo mi empeño siempre era decirle al Señor estas palabras para acertar en el camino que debía conducirme al Cielo: Vias tuas domine demonstra mihi et semitas tuas et doce me. Mostradme Señor vuestros caminos, y enseñadme vuestros senderos. Parecía yo cierva sedienta, buscando a todas horas la voluntad de Dios para refrigerarme con ella.

En la Iglesia de las Capuchinas recibí también de la suma bondad de Dios muy singulares mercedes. Parece que por las rejas de aquellos Coros de vírgenes salía la santidad de sus almas y se comunicaba a la mía, particularmente cuando recibía la Sagrada Comunión, después que la recibían las monjas. Tanto creo que se regalaba el Esposo con aquellos sus diamantes escogidos, como con esta alma, porque eran los favores extraordinarios. El cuerpo se estaba inmóvil en la Iglesia; mas el corazón se volaba al Coro, dándole alas las llamas de amor, en que se abrasaba y consumía. Me pasaba muy



bien en estas ocasiones lo que dice el Santo Rey David. *Concaluit cort meum intra me et in meditatione mea exandescet ignis.* Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación de lo que el amor de Jesucristo estaría obrando en aquellas almas se encendía fuego en mi corazón derritiéndose como cera a la fuerza de este soberano fuego.

En habiendo pasado esta alma las dos partes de su noche se alegró en gran manera mi corazón conociendo bien estaba ya cercana la luz del día. Casi de improviso me encontré en un camino llano y seguro para subir al monte más encumbrado de la perfección. Por este tiempo llegué a los diez y siete años de edad, y quiso Dios por su infinita misericordia que leyese las obras de mi Santa Madre, en donde encontré todos mis pasos y caminos, y conocí haberme el Señor favorecido con todas las virtudes con que favoreció a mi Santa Madre, y que las gracias con que la había adornado para hacerla Esposa de su corazón también me las concedió a mí, según me lo decían. Yo temía se engañaban porque aún yo misma no me conocía, y ésta fue particular merced de Dios, que me tenía siempre en el propio conocimiento de mi nada, para que no me entrase vanidad.

Así que leí con reflexión lo que mi Santa Madre pasó por su interior, entendí haberlo pasado por el mío, y que sólo la fuerza de la divina gracia pudo romper las ataduras de mis afectos que era lo más que me impedía caminar al más puro amor de Dios. Este mismo corazón, agradecido y amoroso que su Majestad me dio, me causaba mayor tormento. Quería yo juntar amor del Creador, y amor de criatura, y no podía así tener sosiego, ni verdadera quietud en el alma. Dios me pedía de continuo todo el corazón, y me decía más veces, con una voz suave, y al mismo tiempo de reprehensión, que no quería emplease mi voluntad, ni por un momento, en la cosa de la tierra, si no que del todo me entregase a él. Estas hablas de Dios eran tan vivas y penetrantes en lo más interior del espíritu que me deshacían el alma de dolor y amargura, conociendo tener ofendido al amado de mi alma; no con pecados, sino con estas faltas de amor a las criaturas que algún tanto me separaban de Dios, pues ocupaba mis potencias, esto es, la memoria, en acordarme de ellas, y la voluntad en amarlas, y aunque esto era por unos momentos, ni estos momentos quería Dios emplease en cosa de la tierra.

Cuando se ama a las criaturas por amor del Creador es muy distinta manera de amor ésta de la que se tiene con amar a las criaturas por afecto a ellas mismas, porque este amor obscurece al alma, y no la deja caminar a la perfección, deteniéndola en la tierra de sus apegos, pues todo lo que la criatura tiene, exceptuando su alma, es tierra, y quien ama la tierra, tierra y menos que tierra es, mas cuando se les ama solamente por amor de Dios, y por lo bienes que hay en sus almas. Este amor experimenté yo, que no impide para caminar a la perfección; antes reciben gran provecho las almas que son amadas de las que mucho aman a Dios, pues reciben por sus oraciones eternos bienes para sus almas.

Vuestra Paternidad. Padre mío, conocerá como Teólogo, y alumbrado del Espíritu Santo lo que yo no atino a decir por mi rudeza, aunque sí me da Dios a conocer bastantemente la perfección de la caridad con que quiere amemos a todos nuestros

prójimos; y después que con su Divina gracia rompí los afectos de tierra que me detenían, esto es, los afectos de las criaturas, entonces corrí con dilatado corazón por el camino del amor perfecto de Dios. Parece no aguarda su Majestad más, sino a que el alma coopere de su parte, arrancándose por su amor de todo lo sensible para colmarla de sus misericordias y unida consigo estrechamente.

¡Oh amor mío y mi buen Jesús!, ¡cuando me acuerdo de los modos tan delicados con que me buscaste, y el amor incomparable con que me trajiste a ti, me lleno de admiración y de espanto, y quisiera multiplicar mi corazón en infinitos corazones para amarte con todos ellos, y darte con mi amor eterna gloria y alabanza! Recibe pues, ¡Oh Esposo mío! mis grandes deseos, y llaga este corazón de tal suerte, que ya no sea mío, sino tuyo, y el fuego de tu amor, que me abrase, y abrase también a infinitos corazones de tus criaturas para que amándote con muy grande amor en esta vida, te alaben en los eternos gozos. Amén.

La perfección del amor que debe tener una alma Religiosa para con sus hermanas me la dio Dios desde que entré a este Santo Convento, sin ningún trabajo mío, sólo por su bondad y misericordia, y puedo decirle a Vuestra Paternidad que a todas y a cada una las he amado con igual y singular amor, no como hermana; sino como Madre de todas. Si posible hubiera sido, mi corazón hubiera hecho pedazos y repartidlo a las monjas para hacerlas participantes de las misericordias que he recibido de la suma bondad de Dios. Esto, Padre mío, no lo digo porque ellas no sean muy santas y favorecidas del Señor; sino por declararle a Vuestra Paternidad el gran amor que les tengo.

También por experiencia conozco, que en llegando un alma al puro y perfecto amor de Dios, se le da libertad para que ame con grandeza a aquellas almas que entiende le son más agradables a su amado. Este entender es con luz superior que no puede haber engaño. No le digo más en esto porque ya entenderá lo que más claro le quisiera decir.

Tornando ahora a lo que dejamos, cuando empecé a leer a mi Santa Madre le digo a Vuestra Paternidad haber entrado la luz a mi alma con la celestial doctrina de quien fue ilustrada por el Espíritu Santo, y conociendo mi camino, ya mis pasos eran firmes. Procuré luego hacer confesión general, la hice con toda integridad, y el mismo dolor de mis pecados me hacía ponderarlos. Deseaba que con las mayores ansias quedase mi alma de esta confesión, limpia como un diamante a los ojos de Dios. El amor de Dios en esta ocasión me puso como fuera de mí, y como se me juntaba un grandísimo temor de no estar en su gracia por el laberinto de escrúpulos con que procuró el demonio impedir la paz y serenidad de mi alma, no puedo explicarle a Vuestra Paternidad lo que en estas dos cosas tan contrarias pasé. Creo fue esto voluntad de Dios para mi mayor bien. Así que su Majestad vio limpia a esta alma con la confesión, no se contentó con esto, sino que quiso purificarla y acrisolarla con el fuego de la tribulación para hacerla digna de sus amores.

Como soy escogida para el camino de la cruz, y por él he de caminar hasta la muerte, aun después de haber pasado la noche oscura y tenebrosa del espíritu, y que ya apareció la aurora en mi alma para caminar con luz aunque no muy clara, no obstante de esto, ha querido el Esposo que en medio de las mayores consolaciones le ofrezca la mirra de mi corazón, que ha sido siempre bien amarga. Después que leí la vida y obras de mi Santa Madre, leí las de mi Padre San Juan de la Cruz, y entendí ser un mismo espíritu el de éstas dos almas grandes, y conocí también haberme Dios llevado por su camino. Así como los hijos se parecen a veces a su padre y a su madre, así me hizo Dios la grandísima merced de que yo me parezca a mí Santa Madre y padre mío San Juan de la Cruz. Como ya no tengo vergüenza le digo a Vuestra Paternidad lo que siento, y con toda verdad siento mi corazón muy conforme con sus corazones amantes, y que nos lleva Dios por un camino.

Lo que mi alma sentía con la lectura de estos libros no me es posible explicarlo; parece que Dios por este medio arrancaba mi corazón y lo separaba enteramente de todo lo transitorio. Sentía no vivir yo, sino Jesucristo en mí, y podía decir con toda verdad lo que mi Santa Madre; vivo sin vivir en mí, después que muero de amor, porque vivo en el Señor que me quiso para sí. Con todo de estar ya mi corazón dispuesto para que el Esposo imprimiese en él su voluntad, no se me declaraba ciertamente en cuál Convento debía entrar. Las horas de oración eran continuas, con el espíritu y fervor que empezaba, acababa pidiéndole a su Majestad me diese luz para conocer su voluntad. Bien conocía yo que en la Religión de nuestra Madre Santísima del Carmen hallaba mi corazón el perfecto cumplimiento de sus deseos pero el tener deudas me parecía el mayor estorbo para caminar a la perfección. En estas dudas y temores estaba yo, cuando llegó el día 27 de agosto, día del corazón de mi Santa Madre y día también de las misericordias de Dios para mi alma. Me trajo Madre a comulgar a esta Iglesia, y estando yo en oración, considerando la grandeza del amor de Jesucristo para con mi santa Madre, y como quedaría su corazón herido después de esta fineza, oí de improviso una voz suave y sonora que me dijo, en lo más interior de mi espíritu, aquí te conviene entrar, y fue tan poderosa esta voz que deshizo en un instante los nublados y temores que me afligían: concediéndoseme al mismo tiempo una firmeza grande en esta resolución, y quedó mi alma llena de consuelo y de serenidad y como dice el Real Profeta, exclamó entonces mi corazón: *Quam magna multitudo dulcedimis tue Domine, quam abscondisti timentibus te.* Cuán grande es, Señor, el cúmulo de dulzuras que reservas para aquellos que os temen, y así que empezáis, Dios mío, a colmar a las almas de tus dulzuras, no hay quien ponga tasa a tu liberalidad, porque los favores siempre van en aumento, si quien los recibe se aprovecha de ellos.

Como salí de la Iglesia ya fue con la resolución de entrar lo más luego que pudiese en estos claustros, como asilo seguro de mi descanso. Si yo hubiese tenido proporción me hubiera ido, para tener mayor contento, a tomar el hábito al Convento de Ávila, o al de

Alba, que en uno está el corazón y brazo de mi Madre, y en otro su Santo cuerpo. ¡Qué gozo hubiera sido para mí tan indecible, vivir en donde vivió este Serafín abrasado, en donde de las criaturas no fuese conocida para vivir sepultada y despreciada en la casa de Dios. Seguramente si esta gracia se me hubiese concedido, no saliera yo siempre que la obediencia no me ocupase, del sepulcro de mi Santa Madre de noche y de día, y antes de entrar en alguno de estos conventos, hubiera procurado visitar la Capilla de Segovia, en donde se regaló mi Santa Madre con su glorioso Padre y Maestro Santo Domingo. Mas que esto no se me concedió, deseo con las mayores ansias ser verdadera hija de tan Santa Madre, y que en la hora de la muerte la vea yo, junto con María Santísima, que vienen a llevarme al Cielo.

Desde que me dieron la Regla hasta que entré no puedo acordarme si fue un año, o más, el que la estuve guardando en todo lo posible; no estuvo de mi parte la tardanza, sino en la voluntad de Dios, que quiso me enfermase para más padecer y desear; pero era ya este padecer con alivio, pues había ya encontrado la mariposilla el descanso deseado que era la voluntad de Dios. El amor de Jesucristo cada instante crecía en mi corazón, y todas las cosas me servían de escalas para subir al Creador de ellas. En el amor a las criaturas pequeñas fui extremosa, y era el motivo que se me representaba con viveza la hermosura de sus almas, en quienes Dios moraba muy contento. También el ver el agua, las plantas, las flores, los pájaros, la música buena de las Iglesias, todo esto me hacía alabar a Dios, y se le daban alas a mi alma para que se encumbrase hasta los Palacios eternos de la gloria con una contemplación muy elevada que me parece es, que lleva Dios al alma, o le da una noticia muy clara de sus grandezas.

Muchas veces que me hallé en la Iglesia de mi Padre Santo Domingo en mi acostumbrada oración que ya lo más ordinario en este tiempo era, considerar de continuo la gran hermosura del alma que está en gracia de Dios, y me ocupaba tanto este pensamiento que me sacaba de mí, y se iba engolfando el alma en un mar de deleites que sólo Dios, y quien lo experimenta, lo sabe; y decirlo yo con palabras me parece imposible según es mi rudeza. Consideraba ser mi alma como un paraíso del Rey de la gloria de muy puro cristal, o de diamante en donde resplandece la hermosura de Dios, y el diamante me parecía muy propio para considerar, así la belleza de Dios, como la hermosura del alma, porque en cada punta del diamante se mira el objeto que se le presenta, y en Dios mira el alma todas las cosas, y Dios se mira en toda el alma; y en cada parte de ella.

Esta suspensión en que Dios me ponía con la meditación de sus grandezas, iba muchas veces inflamando mi corazón, hasta un grado como de derretírseme, y me acuerdo con esto de lo que dice el Santo Rey David: *Inflamatum est cor meum et renes mei commutati sunt*. Inflamado fue mi corazón, y mis entrañas se conmovieron. En estas ocasiones me parece sólo participa el cuerpo de lo que pasa en el espíritu, en sentir más su miseria y su nada, pues queda en suma debilidad, y los huesos parece se desunen, y cuando es algo grande el levantamiento del espíritu da desmayo en el cuerpo, y queda muy

cansado. Son muchas las diferencias que hay en esto, según tengo experiencia. Algunas veces cuando es el arrebatamiento del espíritu, junto con un gozo indecible que infunde Dios en el alma, se siente una fuerza extraordinaria, como que quiere separar los miembros del cuerpo y hacerlos volar a pedazos. Otras veces es un empuje grande que se siente debajo de los pies que hace subir al cuerpo en derechura no con el desmenuzamiento anterior que digo; pero sí con un ímpetu fuerte y sosegado. En algunas de estas ocasiones, y otras de diferente manera se siente un frío como de muerte, y parece ya el alma desampara al cuerpo. El tiempo que esto dura no lo sé: unas veces es más, otras menos, según la voluntad de Dios, o la disposición del alma.

Estos ímpetus de mi espíritu me comenzaron desde muy pequeña, porque Dios ha sido siempre el centro de mis amores, y por quien esta alma ha suspirado en todos los momentos de su vida. Del primero, que fue extraordinario, me acuerdo haber estado de 9 años. En lo restante de mi vida hasta que entré en la casa de Dios no fueron continuados, sino cuando ya eran pasados los tiempos de desolación y tinieblas, y aún en las mayores tribulaciones, no dejaba Dios de mostrar sus misericordias, dándoseme a sentir en lo más interior del alma por una manera muy delicada de su amor, que no hallo como decirlo. Esto era muy pocas veces en el tiempo de sequedad, y creo lo hacía Dios así conmigo, atendiendo a mi flaqueza y debilidad para que no desfalleciese mi alma en el camino de la cruz.

También cuando Vuestra Paternidad predicaba en su Convento, sus palabras eran saetas, o centellas de fuego que prendían en mi corazón, y lo abrazaban en el divino amor, en particular me acuerdo de un sermón que le oí del Nombre de Jesús, y cuantas veces nombró Vuestra Paternidad este dulcísimo Nombre, otras tantas selló mi corazón por todas su partes; que no le quedó resquicio para nada de la tierra. Desde ese día ya mi corazón fue todo de Jesús, siempre lo ha sido porque su misericordia no lo ha soltado jamás; pero en este día, fue singular la merced que recibió mi alma de su carísimo Esposo, parece se me dio entonces el anillo del desposorio, en señas de que, ya desde ese punto era toda de Jesús, y Jesús todo mío. Así viví en los restantes años, cautiva y presa del amor de Jesucristo, y este amor cada día ha ido en aumento, y no sé hasta dónde pueda llegar, pues en este momento que esto escribo encuentro mi corazón enfermo y llagado con profunda llaga. En lo más interior de esta llaga siento como un grano de mostaza que enciende con su calor todo el corazón, y llega el crecimiento de este fuego hasta las entrañas. ¡Oh amor que no hay quien comprenda tus grandezas! ¡Oh amor fuerte como la muerte, y duro como el infierno, y mejor digo, dulce y suave como un mar de delicias en quien el alma se halla sumergida! Es un deleite con tormento y un prolijo padecer con indecible gozo, y el alma no quiere verse libre de este tormento porque le es de mucha consolación y deleite. Yo, sin sentir me salí del camino.

Tornemos ahora a proseguir. Estaba mi alma en el mundo como una mariposilla sin sosiego y sin descanso, buscando siempre la luz de su amado para abrasarse en ella. Los

únicos ratos de consuelo que tenía era cuando recibía todos los días la Sagrada Comunión. Parece que entraba en mi alma un sol clarísimo y resplandeciente que con sus rayos traspasaba hasta mis huesos. Verdadero descanso y sosiego sentía en todo el tiempo de las gracias, y muchas veces se me daba una noticia clara y distinta, no sólo por fe; sino también sintiendo con certeza por un modo admirable estar en mi alma las tres Personas de la Santísima Trinidad, y cada una de las tres me favorecía con una singular gracia. El Espíritu Santo inflamaba mi voluntad, el Hijo alumbraba el entendimiento y la mano blanda del Eterno Padre recogía mi memoria, y con su poder unía las tres potencias para que se empleasen en aquel descanso delicioso en que su misericordia las ponía. Admiración, luz y amor muy inflamado era en lo que yo sentía estar ocupadas las potencias al tiempo de este reconocimiento en que ponía Dios al alma después de la Sagrada Comunión. La liberalidad del Señor para conmigo no tiene límites. No me acuerdo en todos los años que comulgué seguido haber llegado una sola vez por mi voluntad, esto es, pidiendo yo licencia; antes yo rogaba no me diesen licencia porque mi temor para llegar a esta Divina Mesa era sobre manera grande; pero su Majestad me mostraba su amor con las caricias del más amoroso Padre y tierno Esposo, haciendo me mandasen por Santa obediencia me llegase todos los días a recibir el pan de los Ángeles, sustento que da vida a las almas. Dios me buscaba siempre, y yo me retiraba de él, no por ingratitud, sino por grandísimo temor y reverencia a su Majestad, y todas las ansias y amores de mi corazón estaban sepultados en el Santo temor de Dios.

Paréceme ahora a mí que Dios allá en el mundo fue para mí como un amoroso Padre que tiernamente ama a su hijo, y para que este hijo no le falte al respeto, conociendo las caricias de su padre, abusando de su amor para ofenderle, no le muestra todo su paternal afecto, antes procura muchas veces poner el semblante serio para infundirle a su hijo aquel temor que es muy necesario tengan los hijos buenos a sus padres, y con todo de mostrarle este Padre seriedad a su hijo, es lo cierto que en su corazón le ama con ternura y atiende a que no le falte nada de regalo. Así mi Padre Fray Anselmo, ha sido el padre de las misericordias para conmigo. Ínterin estuve en los peligros del mundo, se me mostró como juez, para que no le ofendiese. Lo mismo fue poner los pies en la clausura que se me mostró Padre, Esposo, y todo mi consuelo.

Algunos años antes de entrar en este convento leí el libro en donde dice mi Santa Madre de la hermosura y dignidad de nuestras almas. Pone una comparación para entenderse y dice la ganancia que es entenderla y saber las mercedes que recibimos de Dios, y cómo la Puerta de este castillo es oración. Dice así: Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún fundamento que es considerar nuestra alma como un castillo, todo de un diamante, o muy claro cristal a donde hay muchos aposentos, así como en el Cielo hay muchas moradas, que si bien lo consideramos, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso a donde dice él

tiene sus deleites. ¿Pues qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes, se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de una alma y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderlo; casi como no pueden llegar a considerar a Dios, pues el mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza; y en el párrafo 3º. de este capítulo dice: Pues consideremos que este Castillo tiene, como he dicho, muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados o en el centro, y en mitad de todas estas tiene la mas principal que es a donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Y en el párrafo 8. Cáp. 2. dice: No habéis de entender estas moradas de este castillo una en pos de otra como enhilada; sino poner los ojos en el centro que es la pieza o palacio a donde está el Rey, y considerar como un palmito que para llegar a lo que habéis de comer, tiene muchas coberturas que todo lo sabroso cercan; casi acá en redondo de esta pieza están muchas y encima lo mismo (porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar) y a todas partes de ella se comunica este sol que está en este Palacio.

Como llegó a mis manos este precioso libro se le dieron alas a mi alma para que volase en el camino de la perfección, y conocí más claramente todas las sendas por donde Dios me había conducido, y que ya su misericordia me había entrado hasta las cuartas moradas, no sé si me engañe, pero esto me parece lo cierto, y entonces se alegró en gran manera mi espíritu, conociendo no estar perdida como temía, sino muy ganada en Dios, y todos los temores y aflicciones que padecía con pensar era malo, lo que era bueno, como si el pensamiento se ocupaba en algún trabajo interior del alma, que no estaba en mi mano quitarlo de esta pena, o si para estar bien en lo que me mandaban exterior, esto es, cosas precisas y buenas de casa ocupaba el pensamiento en ellas ya me parecía iba todo perdido. No entendía yo entonces cómo podían estar unidas las potencias en Dios y el pensamiento entendiendo en otras cosas, por necesidad. Como el genio me lo dio Dios tan corto, nunca tenía valor para preguntar sobre estas cosas tan diferentes y sobrenaturales que se sienten en el alma, y también pasaba tantas penas por la ignorancia en que estaba de ni saber que debía preguntar las dudas que tenía para que me las declarasen, y éste era el motivo por lo que se aumentaban mis penas, hasta que mi Santa Madre desató las ataduras de tinieblas que me impedían andar el Camino del Cielo; y en donde dice yo he andado en esto de esta barahúnda de pensamientos bien apretada algunas veces, y habrá poco más de cuatro años que vine a entender por experiencia, que el pensamiento o imaginación (porque mejor se entienda) no es el entendimiento, y pregunté a un letrado y díjome era así que no fue para mí poco contento; porque como el entendimiento es una de las potencias del alma hacíaseme recia cosa estar tan tortolita a veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de presto que solo Dios puede atarle cuando no ata así, de manera que parece que estamos en alguna manera desatados de

este cuerpo. Yo veía a mi parecer las potencias del alma empleadas en Dios, y estar recogidas con él, y por otra parte el pensamiento alborotado traíame tonta.

¡Oh Señor! Tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber. Y es el mal, que como no pensamos que hay que saber más que pensar en vos, aun no sabemos preguntar a los que saben, ni entendemos que hay que preguntar y pásanse terribles trabajos porque no nos entendemos, y lo que no es malo sino bueno, pensamos que es mucha culpa; y de esto provienen las aflicciones.

Como mi torpeza es tan grande, Padre mío, tengo de valerme algunas veces de mi Santa Madre para darle mejor a entender a Vuestra Paternidad lo que por esta alma ha pasado. Ya estando yo en estas cuartas moradas entendí haber pasado el trabajo de traer el agua de los gustos y consolaciones Divinas por arcaduces a mí alma, esto es, con el discurso del entendimiento, ó ayudándome de las criaturas por la meditación. Al fin como con diligencia y trabajo mío no hallaba yo en la oración la quietud y recogimiento que al presente, esto es, en aquel tiempo que me parecía estar en las cuartas moradas, y esta manera de oración que es con trabajo del alma, por las sequedades que se padecen, y por todo lo de más penoso que se siente, y tinieblas en el espíritu; ya la había pasado, ó mejor diré, Dios me la hizo pasar, ayudándome con su gracia, y este estado de trabajo y desolación me parece es cuando el alma esta metida en las terceras moradas y en la noche oscura del espíritu.

No me acuerdo bien si estaba de 19 años de edad cuando el Señor me dio oración de recogimiento, que es como entrar el alma dentro de sí, a la fuerza de una amoroso silbo que le da su buen Pastor que no la deja detenerse ni por un momento, y siente el alma con certeza que este silbo sale de lo mas interior del castillo y ya recogida dentro de sí, siente manar de la Fuente, que es Dios y está en lo interior de ella misma, las aguas de vida que la dilatan, y ensanchan y habilitan, haciéndola capaz de recibir toda el agua que mana de la Fuente; y esto entiende el alma ser así, porque no se siente ya atada como antes, en las cosas del servicio de Dios; sino con mucha más libertad y anchura, y siempre que digo el verso del postrer salmo de prima, que al cabo del verso dice: cum dilatasti cor meum, me acuerdo de esta merced que hace Dios al alma, dilatándola para hacerla digna de mayores mercedes. Cuando sentí en el alma este interior recogimiento a que fue llamada, y no entró por su voluntad, me pareció hallarme enteramente separada de todas las cosas de esta vida y engolfada con grandísima admiración en el mar inmenso de las grandezas de Dios: mas esto no era de continuo, sino que a veces tornaba el alma a padecer como en un desierto, las ausencias de su Dios, en donde su mismo desconsuelo le hace decir: ¿adónde te escondiste, amado y me dejaste con gemidos? Salí tras de tí clamando, y ya eras ido. El alma que ya empezó a gustar los deleites de su Esposo, ya todo lo de esta miserable vida le es muy amargo y desabrido, y no encuentra reposo hasta encontrarle, y puede decir muy bien el alma; según es lo que pasa, las palabras del salmo 93: Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo: consolationes tuae



laetificaverunt animam meam. Según la multitud de mis dolores que ha padecido mi corazón en tus ausencias Dios mío, así han sido las consolaciones con que has alegrado mi alma cuando siento manar la fuente de tus aguas en medio de mi corazón.

Muy desde los principios de mis años comencé a caminar teniendo presente de continuo a Jesucristo humillado y obediente hasta la muerte y muerte de cruz; y por la puerta de mi buen Jesús entré a la senda estrecha y segura de la perfección. El ha sido mi luz, vida y camino. Este Divino Señor ha conducido esta alma por sus manos casi sin sentirlo ella. Yo tenía mucho miedo de que Dios me llevara por el camino de contemplación porque verdaderamente pasan las almas que van por este camino muchos trabajos interiores, desolaciones, dudas, temores, y otras amarguras que sólo Dios las penetra y sabe, pero como su Majestad es dueño de todo, escoge a las almas que quiere para colmarlas de indecibles favores infundiendo en ellas primeramente profundísima humildad.

En todos los favores que mi alma ha recibido de la suma bondad de Dios, como de las palabras interiores que se oyen en el alma, o algunos avisos que suele haber en el corazón de lo que va a suceder, o visiones imaginarias o intelectuales y otras extraordinarias mercedes que se sienten en lo más íntimo del espíritu, jamás, jamás me he envanecido, antes si me quedo humillada hasta el polvo de la tierra, y me avergüenzo y confundo en la presencia de Dios, reconociendo y admirando su misericordia y bondad, y que siendo yo el más vil gusano de la tierra, quiere su Majestad hacer resplandecer en mí los tesoros inmensos de su amor. Otros efectos que quedan en mi alma de estas mercedes he experimentado que son deseo grande de soledad, y de ser despreciada siempre en la casa de Dios, y ansias muy grandes de padecer por su amor, y en llegando la ocasión he conocido no quedarse esto sólo en deseos, sino también en obras, aunque a veces con harta flaqueza, particularmente en los trabajos interiores. También siento en el corazón, cuando el Señor me hace algún extraordinario favor, deshacerme en agradecimiento, y quisiera participarles a todas las almas los tesoros inmensos de que me hallo enriquecida, para que todas nos empleásemos en bendecir y alabar a un Dios lleno de misericordia y bondad para esta alma, y para todas las que lo aman con rectitud de corazón: Quam bonus Israel Deus, iis qui recto sunt corde: Cuán bueno es el Señor Dios de Israel para los que son rectos de corazón. ¡Oh amor grande de Dios, que no puedo comprenderte!, amor que herís y llagáis y no curáis la llaga, dejando padecer al corazón una dolorosa muerte que le da más vida, porque me parece que este corazón, así llagado, no puede ya vivir por lo natural, sino que Dios es su vida, y que su Majestad lo sostiene para su gloria.

Y aquí se me acuerda lo que dice mi Santa Madre en una de sus exclamaciones, ¡Oh deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¡Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de vos! ¡Oh vida larga!, Oh vida penosa!, ¡Oh vida que no se vive!, ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué

haré, bien mío, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos? ¡Oh mi Dios, y mi Criador que llagáis y no ponéis la medicina! ¡Herís, y no se ve la llaga!, ¡matáis, dejando con más vida! En fin, Señor mío, hacéis lo que queréis, como poderoso. ¿Pues un gusano tan despreciado, mi Dios, queréis sufra estas contrariedades? Sea así, mi Dios, pues vos lo queréis, que yo no quiero, sino quereros. Mas, ¡ay! ¡Ay Criador mío! que el dolor grande hace quejas, y decir lo que no tiene remedio, hasta que vos queráis! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que vos queráis. Querred, gloria mía, que crezca su pena, o remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte!, ¡No sé quién te teme, pues está en tí la vida. ¿Mas quién no temerá habiendo gastado parte de ella en no amar a su Dios? Y pues soy ésta, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo permitáis, vos bien mío, que os costó mucho mi rescate. ¡Oh ánima mía! deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene. Sirve si quiera en padecer con paciencia, y espera en su misericordia que remediará tu pena cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algún perdón de ellas. No quieras gozar sin padecer. ¡Oh verdadero Señor y Rey mío, que aún para esto no soy sino me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré!

Casi sin sentirlo me encuentro en lo que ahora padezco, y así no va concertado, como yo deseo mi Padre Fray Anselmo, y la rudeza de mi entendimiento que no me ayuda; mas Dios lo puede todo, y así confiada en su misericordia prosigo en lo comenzado.

Yo antes de saber lo que superior alma está en lo superior de la cabeza pensaba era tener buen entendimiento, las luces tan superiores que en la cabeza sentía; mas a veces yo misma me admiraba de mi torpeza, y cuán distinta estaba unas veces de otras. Así que leí esto, en mi Santa Madre me alegré en gran manera, y fui entendiendo muy grandes mercedes de Dios que antes no conocía, creyendo era natural lo que era sobrenatural, y pura misericordia de Dios, no habiendo en mí otra cosa que ignorancia y maleza.

Estas luces con que el Espíritu Santa alumbraba mi alma, entraban como por la coronilla de la cabeza, venían de improviso; pero con suavidad y deleite: me parecía como infundírseme un sol clarísimo, que penetraba con sus resplandecientes rayos todo el interior del alma, el espíritu; el corazón, hasta los sentidos, y hasta las puntas de los dedos se sienten los efectos de este divino sol que alumbraba a toda el alma, y la enseña su misma sabiduría por un modo admirable. Aquí en estas ocasiones se siente el alma toda transformada en Dios, y se le da un conocimiento muy claro de la inmensidad de Dios, de su bondad, de su sabiduría, de su poder, de su misericordia que en todo es infinito, principio y fin de todas las cosas. Se halla el alma en un punto metida dentro de Dios, como dentro de una claridad, o luz indecible, inundada en un mar de deleites. Conoce en esta situación el alma la eternidad de gloria que le espera, y según es la grandeza incomprendible de esta gloria que se le muestra se acuerda muy de las palabras de San Pablo: *Oculus non vidit, nec audis audivit, nec in cor hominis ascendit quae preparavit*

Deus iis qui diligunt illum. Que lo que Dios tiene preparado para los que le aman, ni ojo jamás lo vio, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón ni pensamiento de hombre.

En estas ocasiones en que Dios favorece al alma hay muchas diferencias, según tengo experiencia, pienso será según la disposición del alma, o el grado de amor de Dios en que se halla. En esta suspensión del alma que digo, en que se le muestra el premio eterno que le espera, y lo nada que es todo lo de esta vida, y la gran felicidad que posee, si todo su amor lo tiene en Dios, y conocimiento del sumo mal que es el pecado, todo esto, me parece es a los principios como para enseñar Dios al alma y atraerla así para este conocimiento a un grado mas levantado y puro de su amor. Yo es verdad, que por la suma bondad de Dios, no he amado a su Majestad por interés alguno, sino solo por ser el quien es tan digno de ser amado y no ofendido. Únicamente he buscado a Dios y deseado agradarle, y mis ansias han sido poseerlo eternamente, porque los otros beneficios más grandes me los ha hecho Dios ya estando en este Convento: los dejo para su lugar.

Cuando el Señor me hizo la misericordia de recibirme en su Santa Casa, me parece haber entrado ya en las quintas moradas por lo que en mi alma sentía. Antes de estas moradas me había dado Dios oración de recogimiento, que es cuando se oye en el interior del alma la dulce voz del amado que hace recoger las potencias, y las tiene así todo el tiempo que es su voluntad, admiradas y absortas de gustar aquella paz y suavidad que se le comunica de las aguas de delicias que nacen de su misma fuente que es Dios y está en el centro del alma. Después de esta merced de Dios queda el alma con un desabrimiento y disgusto para todas las cosas del mundo, que no quisiera ya vivir en él porque le parece un enredo de lazos y de peligros para las almas que caminan a la perfección. Aquí todavía no tiene el alma libertad; antes está medrosa y teme al demonio, mundo y carne; si acaso con alguna tentación le hacen perder el verdadero bien que ha empezado gustar. Mas el Señor, como ya es toda suya esta alma, la libra de todos los peligros, y la encamina a más segura morada, sin que ella lo entienda.

Ésta más segura morada entiendo yo sea la oración de quietud, en la cual oración goza el alma de suma paz, es como si la echasen en el interior un unguento, u olor suavísimo muy delicado, y esto dice aquí la Esposa, dice mi Santa Madre: mejores son tus pechos que dan de sí olor, como los unguentos muy buenos. Esta suavidad y deleite sentía yo que se difundía a todo el interior y exterior, hasta las puntas de los dedos. En donde trata del tercer grado de oración mi Santa Madre, dice estas palabras, y es lo mismo que por mí ha pasado. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta a esta alma que no puede ya ir adelante; ni sabe cómo, ni tornar atrás. Quería gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir, muerte que la desea. Está gozando en aquella gloria con el mayor deleite que se puede decir; no me parece que es otra cosa, sino un morir, casi del todo, a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no

sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer, porque ni sabe si habló, ni si callé, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura a donde se desprende la verdadera sabiduría y es deleitosísima manera de gozar el alma. Bien entendía que no era del todo unión de las potencias, y que era más que la pasada, muy claro; mas yo confieso que no podía determinar, y entender cómo era esta diferencia. Me dio el Señor hoy, acabando de comulgar esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma, que siento yo me espanté y entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada, y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí, porque en hecho de verdad, están casi del todo unidas las potencias, más no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido.

Bendito sea el Señor que así me ha regalado.

Quedaba mi alma, Padre mío, de esta oración con un celestial gozo que deseaba convidar de él a todas las almas, para que todas nos empleásemos en alabanzas de tan gran Dios. Este gozo y deleite, aunque parece que desmenuza el cuerpo, en el interior se siente una suma paz y quietud con gozo, y Dios dilata, y ensancha el alma y el corazón para hacerles mayores mercedes. La suavidad y olor que dijimos antes siente el alma, es con luz muy clara, mas su misma claridad la deslumbra para no poder ella entender lo que es y para mejor explicarle a Vuestra Paternidad tengo aquí lo que dice mi Santa Madre, en esta oración se le comunican grandes verdades al alma, porque es esta luz tal que la deslumbra, que la deslumbra para no poder entender ella lo que es, y la luz hace ver y entender la vanidad del mundo, aunque no ve bien el Maestro que la enseña; pero entiende claro que está con ella; mas queda también enseñada, y con tan grandes efectos y fortaleza en las virtudes que no se conoce después, ni querría hacer ni decir otra cosa, sino alabar al Señor, y ésta, cuando está en este gozo tan embebida y absorta que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué pide. En fin, no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que no entienda algo de lo que pasa. Verdad es, cuando este Esposo riquísimo las quiere enriquecer y regalar más, conviértelas tanto en sí, que como una persona que el gran placer y contento la desmaya, le parece al alma se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y animada a aquel divino costado, y a aquellos divinos pechos, y no sabe más, de gozar, sustentada con aquella leche divina con que la va criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada día mas. ¡Oh hijas mías, dio nuestro Señor a entender, o por mejor decir, a gustar (que de otra manera no se puede entender) cuál es el gozo del alma cuando está así, y si San Pablo dice, que no son dignos los trabajos del mundo para la gloria que esperamos, yo digo que no son dignos, ni pueden merecer una hora de esta satisfacción, que aquí da Dios al alma, y ningún gozo y deleite tiene comparación con ellos; a mi

parecer, ni se puede merecer un regalo tan regalado de nuestro Señor, y una unión tan unida, un amor que tanto da a entender las bajezas de las cosas del mundo.

Cuando el Señor me daba a mí esta oración, que entiendo yo de quietud parecíame estar en el tercer grado de oración y en las cuartas moradas, hay me dirá Vuestra Paternidad si es así. Como en más subido grado me parecía ponerme su Majestad cuando comulgaba, porque sentía muy bien que mi alma se recostaba en los brazos de Jesucristo, todas las potencias se llenaban de un admirable gozo y quietud. Estando el alma en los brazos de su amado, a nada puede atender, porque la dulce voz que oye la tiene absorta; aquí, en este dulce sueño o reposo, que goza el alma en los brazos de Jesucristo, se le comunica un conocimiento muy grande, o mejor diré, siente ella que el mismo Dios en quien descansa le habla, haciéndola entender el singular amor con que desde la eternidad la escogió para sí, haciéndola arca viva de su amor: ella en retorno de este beneficio quiere y se deshace desde aquel momento por amar con ardentísimo y entero amor a quien primero desde ab aeterno la amó a ella. ¡Oh sumo bien mío y centro de mi descanso!, tú bien sabes que desde que te conocí te amé con todo el corazón, y cualquiera otro afecto que sintiera hacia las criaturas me afligía en sumo grado, teniendo descontentaros a vos, y no encontraba descanso hasta cortar y quemar los hilos de mis afectos con el fuego de tu amor. Ahora que repaso el tiempo de mi vida encuentro Dios mío por tu suma bondad y misericordia que todos mis pasos se han dirigido siempre a vos. Con ansias, en amores inflamados, te ha buscado mi corazón, y mi alma ha padecido sed y hambre insaciable de tí; y no hallaré remedio en mis ansias hasta encontrarte al medio día de la eternidad, en donde será cumplida mi hartura. *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te Deum.* Como el ciervo herido y sediento desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a ti Dios mío, fuente de delicias en donde espero el refrigerio eterno. En medio de mis gemidos y tribulaciones en que ahora estoy, muchas veces se halla mi alma en aquellos Palacios eternos, y encuentra en el seno del Padre a Jesucristo su amado. Este consuelo me parece es como un momento, el alma no siente que goza de algún deleite; pero sí que se le da consuelo y esfuerzo para lo que falta que padezca. Es como un descubrimiento que le hacen los Ángeles al alma para que conozca el lugar en donde se apacienta su amado. Pienso yo si es particular merced la que me ha concedido Dios en esta enfermedad, el que sea llevada mi alma a siquiera ver su descanso para que se alivie en sus ansias y espere con paciencia, que al fin ha de llegar el día de sus gozos, en el cual día espero con la mayor confianza oír el suave y delicioso llamamiento del Espíritu Santo: *Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni: jam enim hiems transiit; imber abiit, et recessit.* Levántate y date prisa amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, pues que ha pasado ya el invierno, y la lluvia pasó y se desvió. *Flores apparuerunt in terra nostra, ficus protulit grossos suos: vineae florentes dederunt odorem suum.* *Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: Columba mea inforaminibus petrae, in caverna maceriae, ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora.* Levántate amiga mía,

graciosa mía y ven: paloma mía, que has morado en los de la piedra y en la caverna de la cerca, ya las flores han parecido en nuestra tierra, y la higuera ha echado sus higos, y las floridas viñas han dando su olor. Muéstrame ya tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce, y tu cara hermosa. ¡Con qué gozo responderá mi alma en aquella feliz hora al llamamiento del Esposo, diciéndole fiat voluntas tua: hágase como tú lo quieres! Entonces dirá mi alma con el Santo Rey David: Convertisti planctum meum, in gaudium mihi conscidisti saccum meum, et circumdedisti me laetitia. Ut cantet tibi gloria mea et non compungar: Domine Deus meus confitebor tibi. Convertiste mi llanto en gozo para mí, rompiste mi saco, y cercásteme de alegría para que te cante mi gloria y ya no sea compungida, señor Dios mío eternamente te confesaré y alabaré. Yo me llegue ahora hasta el día de mi muerte que será el de mi mayor júbilo; y no está en mi mano seguir con concierto, aunque lo deseo. Torno ahora a comenzar desde donde esta la (cruz), y suplico al Espíritu Santo me alumbre, y a la Madre del amor que dirija mi pluma para gloria de su precioso Hijo, y bien de mi alma. Amen.

Cuando entré en la religión me parece haber introducidome o metídomelo el Señor por su misericordia en las quintas moradas, porque ya Su Majestad regalaba mi alma con oración de unión. En esta oración se halla el alma separada enteramente de todo lo que no es Dios, y esto no por industria o trabajo suyo, (como en las otras moradas que cooperaba en lo que podía) sino solamente por la suma bondad de Dios que quiere unirla así para disponerla y hacerla digna del Celestial Desposorio. Se halla el alma en esta oración tan unida con Dios, que bien puede decir lo que la Esposa: Dilectus meus mihi et ego illi. Mi amado es para mi, y yo toda para él. Desde novicia me regalaba ya el Señor con esta oración, y casi sin sentirlo yo, me iba metiendo su Majestad más y más adentro de estas quintas moradas. Ya por este tiempo me parece estaba en mi corazón el amor de Dios firme, seguro y de asiento; y mi alma se hallaba amparada de la sombra de la Divinidad. Según se siente el alma aquí puede decir muy con verdad lo que la Esposa: Me senté a la sombra de aquel a quien deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta.

Antes de esta oración que digo en que se siente el alma en un deleitoso y suave descanso bajo de la sombra de su amado, ya su Majestad me había concedido lo que también dice la Esposa: Bésame con el beso de su boca, y muy en particular sentía esta merced cuando recibía a Jesucristo en la Sagrada Comunión, en cuyo tiempo se unía mi alma con su Esposo en suma paz y amor muy encendido. Esta paz, este amor y esta unión con Cristo (dice el libro de mi Santa Madre en los conceptos del amor de Dios) que nace de la oración unitiva, y llama la Esposa, beso de la boca de Dios. ¡Oh amor fuerte de Dios y como no le parece que ha de haber cosa imposible a quien ama! Dichosa alma la que ha llegado a alcanzar esta paz de su Dios, que ya no teme los trabajos de cualquier manera que sean. Ya no le inquieta nada, porque su voluntad ya es una con la de su Esposo. ¡Oh regaladas palabras!: Bésame Dios con el beso de su boca. Así decía mi alma repetidas veces, deseando su verdadera paz y descanso, que es estar unida íntimamente con su

amado. No puedo explicar de otra manera los deleites que hace Dios gustar a las almas, sino con los que gozan los bienaventurados. El amor de Dios es un tesoro de riquezas inmensas, y cada merced que recibe el alma le parece que aquella es la más grande; y luego de improviso recibe otra mayor, y siempre van en aumento, hasta que ella se pierde en el mar sin término de las grandezas de su Dios, y por la experiencia va entendiendo que sus misericordias y amor para con ella no tienen límites.

Ahora prosigo a lo que dejamos. Cuando ya descansaba mi alma con entera seguridad bajo de la sombra de aquel a quien deseaba, aquí dice mi Santa Madre estas palabras. Ahora preguntemos a la Esposa y sepamos de esta bendita alma llegada a esta boca Divina, y sustentada a estos pechos celestiales, (para que sepamos si el Señor nos llega alguna vez a tan gran merced) ¿qué hemos de hacer? ¿O cómo hemos de estar? ¿Qué hemos de decir? Lo que nos dice es: Asentóme a la sombra de aquel a quien deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta. Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mi la caridad. ¡Oh, válgame Dios, que metida está el alma abrasada en el mismo Sol! Dice que se asentó a la sombra del que había deseado, aquí le llama Sol, y le llama árbol, o manzano, y dice que es su fruta dulce para su garganta. ¡Oh almas, que tenéis razón!, gustad de todas estas palabras. ¡De qué manera podemos considerar! ¡Qué diferencia de manjares podemos hacer de él! Es maná que sabe conforme a lo que queremos que sepa. ¡Oh qué sombra ésta tan celestial, y quién supiera decir lo que de esto le da el Señor a entender! Acuérdate cuando el Ángel dijo a la Virgen Sacratísima nuestra señora: la virtud del Altísimo te hará sombra. ¡Que amparada se debe ver una alma cuando el Señor la pone en esta grandeza. Páreceme a mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y es el que la mueve con tan ardientes deseos que la hace encender el Fuego Soberano que tan cerca está. ¡Oh Señor que son aquí las misericordias que usáis con el alma! Seais bendito y alabado para siempre que tan buen amador sois. ¡Oh Dios mío y Creador mío! ¿Es posible que haya quien no os ame? Porque no merece conocerlos. Cómo baja sus ramas este Divino Manzano para que coja el alma las manzanas, considerando sus grandezas y la muchedumbre de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó. Jesucristo nuestro Señor de su Pasión, regando este árbol con sus sangre preciosa con tan admirable amor.

En una de las ocasiones en que ya mi alma dormía en dulce sueño de contemplación a la sombra de su amado quien este Divino Señor, que un día, estando yo en oración a las cinco de la mañana en el Coro, viese con los ojos del alma, mejor que si lo viese con los ojos del cuerpo, un árbol muy frondoso, y en cuanto se me mostró árbol, vi que era Cruz, y Jesucristo clavado en ella, derramando copiosa sangre de todas sus llagas; esto no fue procurando con mi imaginación, sino que de improviso me hallé en una dulce suspensión de todas las potencias. El Coro estaba oscuro, y así no me parece haber visto nada con los ojos del cuerpo. En esta oración me hizo Dios dos mercedes, y creo se cumplieron en mi alma al pie de la letra, lo mismo que dice la Esposa en los Cantares. Asenteme a la

sombra de aquel a quien había deseado, y su fruto es dulce para mi garganta. Esto me sucedió primero, porque allí debajo del dulcísimo Manzano vi una oveja de extraordinaria blancura, no parada, sino en postura de descanso, y Jesucristo clavado en la cruz derramaba sobre ella la abundancia de su sangre. Estaba el suelo cubierto de la sangre, y la oveja allí misma en descanso y la sangre era su alimento.

Con todo de estar yo en lo último del Coro entendí que lo que se me mostraba 7 u 8 varas distante era mi alma en la figura de aquella oveja, y que su amado la tenía ya amparada bajo de su sombra, y alimentada con los dulces frutos de su Pasión y de su muerte. Ínterin vi a la oveja debajo de la cruz, me pareció estar el Señor en agonía. ¡Oh regalo de los Ángeles y amor eterno de mi corazón! ¿Quién supiera explicar lo que yo vi y entendí entonces, y decirlo con la viveza que pasó? Yo te vi de carne y sangre, y no de palo, y el árbol del sagrado madero me lo mostraste como un frondoso árbol con ramas y frutos. Sólo esto digo porque no sé decir más. Luego allí mismo vi que ya no estaba mi alma abajo del árbol, sino que en figura de paloma voló ella o la subieron (que yo no sé cómo sucedió) al costado de Jesucristo, allí quedó esta paloma blanca o esta oveja en eterna morada, durmiendo el más dulce y delicioso sueño, y metida en la bodega de los vinos: allí se embriagó sin tasa ni medida. Allí durmió esta escogida de Jesús, como durmió San Juan en el pecho de su Maestro la noche de la cena. Las ilustraciones Divinas, y regalados consuelos que recibió mi alma en esta vez, y fortaleza extraordinaria para los trabajos, sólo se me ofrece esta comparación para poderlos explicar, qué es lo que en aquel sueño de contemplación recibió el amado discípulo del tierno amor de su Divino Maestro, y muy bien se cumplió en mi alma estas otras palabras de la Esposa. Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad. ¡Oh regaladas palabras éstas que llenan de indecible consolación al alma! ¿Quién no pensara que después de esta tan singular merced del Señor para con ella, no le faltaba más que gozarse en su deleitosa bodega; más no es así, sino que allí en su costado la mete el Esposo para que descanse y se alimente, y se embriague hasta fortalecerse, para que pueda pasar después los trabajos mayores que le esperan. Así Padre mío lo he experimentado en mí; y al paso que son mayores las mercedes, crecen también los trabajos. Yo bien conozco que todas las tribulaciones con que mi buen Dios me ha regalado son para mucho bien de mi alma, y por este conocimiento adoro la mano misericordiosa que me aflige. No menos en estos días ha sido mi petición decirle a su Majestad: hacedme Dios mío, un Job en los trabajos, pero también en la paciencia.

Quiero seguir en decirle a Vuestra Paternidad los pasos por donde nuestro Señor me fue entrando en las más secretas moradas. Muchas veces, después de regalarme su Majestad con muy grandes mercedes, me dejaba en la oración con unas desolaciones y sequedades muy grandes, y a veces era tan grande el desamparo que deseaba se acabara la hora de la oración para salir del Coro y descansar de aquel tormento. Yo examinaba mi voluntad si en algo no estaba unida con la de Dios; mas no encontraba la más mínima



división. El demonio, es verdad, que ha procurado con mil sutilezas desviarme del camino recto por donde siempre Dios me ha conducido; y muchas veces ha procurado valerse de estas mismas desolaciones de mi alma para afligirme con tentaciones de desconfianza; pero yo he procurado con la divina gracia vencerlo y deshacerle sus ardidés, y cuando es muy fuerte la tentación, me valgo hasta de las palabras diciendo; aunque me vea en la puertas del infierno he de esperar en Dios, y tengo de amarlo, eternamente.

Cuando menos pensaba encontrar consuelo en medio de unas amarguras muy grandes que sentía en la oración, de improviso venía la inflamación y calor del Espíritu Santo que me abrasaba el corazón en suavísimas llamas. Aquí, este Divino fuego consume todas las espinas que poco antes afligían al alma, y no le queda a esta alma otro deseo, sino que todas las almas participen y se abrasen en el Divino incendio en que ella está abrasada. Quisiera en medio del silencio dar gemidos y voces para dar a entender a todo el mundo cuán bueno es Dios para los que le aman. Aquí es en donde se encuentra el alma llena de caridad para con sus prójimos y ni se acuerda de sí; porque sólo arde en el deseo de la salvación de las almas. Ya la vida de esta alma regalada así por el Espíritu Santo, ya no es suya; Dios únicamente mora en ella: Dios le da libertad para que ya no esté atada ni medrosa; el mismo fuego Divino que la abrasa le da alas para que sople y encienda más y más el fuego, a manera del ave fénix, para que allí mismo se consuma y muera; para renacer a una nueva y mejor vida, toda de amor y para mucha gloria de Dios.

Una comparación que pone mi Santa Madre para declarar la oración de unión de como se cría el gusano, y tomando desde donde está ya criado, dice así: Pues crecido este gusano (que es lo que en los principios queda dicho) comienza a labrar la seda y edificar la casa a donde ha de morir. Esta casa quería dar a entender aquí, que es Cristo, porque nuestra vida está escondida en Cristo, o en Dios que todo es uno. Pues ea, hijas mías, priesa a hacer como labra el gusano su capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oración y mortificación, obediencia y todo lo demás que sabéis; que así obrásemos como sabemos y somos enseñadas de lo que hemos de hacer.

Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fue criado, y veréis cómo vemos a Dios y nos vemos tan metidas en su grandeza, como lo está este gusanillo en este capullo, o capucho. Mirad que digo ver a Dios, como dejo dicho, que se da a sentir en esta manera de unión.

Pues veamos que se hace gusano, que es para lo que he dicho todo lo demás ¿Qué? Cuando está en esta oración, bien muerto está al mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y cuál sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios, y tan junta con él que a mi parecer nunca llega a media hora. Yo os digo de verdad que la misma alma no se conoce así, porque mirad la diferencia que hay de un gusano a una mariposita blanca, que la misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien (de dónde le pudo venir, que quise decir que bien sabe no lo merece) vese con

un deseo de alabar al Señor; que se querría deshacer y de morir por El, mil muertes. Luego le comienza a tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa; los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen a Dios, y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido. Y aunque en la morada que viene se tratará más de estas cosas en particular, porque aún casi lo que hay en esta morada y en la que viene después, es todo uno, es muy diferente la fuerza de los efectos, porque, como he dicho, si después que Dios llega a una alma aquí se esfuerza a ir adelante verá grandes cosas. ¡Oh qué es ver el desasosiego de esta mariposita con no haber estado más quieta en su vida! Es cosa para alabar a Dios, y es que no sabe a dónde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especialidad cuando son muchas las veces que le da Dios de este vino, casi de cada una queda con nuevas ganancias.

Esto que le pongo arriba de mi Santa Madre, los efectos que quedan de esta oración y el tiempo que a nuestro parecer dura esta suspensión del alma en verdadera y deleitosa unión con su Dios, ha pasado por mí, como está dicho, y hay verá Vuestra Paternidad si concuerda lo que yo le expliqué anterior de esto señalado. El no haber dádole a Vuestra Paternidad cuenta de mis cosas ha sido por no tener luz de que fuesen misericordias de Dios. Yo he caminado dormida en los brazos de Dios, así lo conozco ahora, me encuentro Padre mío sumergida desde que Dios me crió, hasta el día presente en el mar inmenso de sus misericordias.

El tiempo que mi alma ha durado en los grados de oración que quedan dichos, no lo sé; pero entiendo que en un grado, o en una morada hay muchas moradas, porque el alma no está en un ser, sino que siempre camina hacia el centro del castillo en donde está el Rey y Esposo dulce del alma.

Paréceme a mí, poco más o menos que Dios me tuvo en esta oración de unión desde novicia hasta ahora cuatro años, que empecé a sentir en el alma los efectos que hay en las sextas moradas, en donde ya es el desposorio espiritual; pero antes de comenzar en estos últimos años me falta que decir de lo anterior.

Desde el año del Noviciado me comenzó un embebecimiento en Dios tan grande que algunas faltas cometía por no estar en mi mano acordarme de lo que me mandaban: yo harto sentía estos olvidos y pedía perdón de ellos, pero nada valía. Me hallaba de continuo rodeada de una luz clarísima, y junto a mí una persona que me acompañaba a todas horas, y me hacía no perder ocasión de ejercitar las virtudes. Esta era la causa por que siempre estaba en suma paz y con un contento y alegría interior que me rebotaba hasta el exterior. Si alguna cosa me decían que pudiese algún tanto perturbarme, luego era metida con superior impulso en mi interior, y así nada se me daba que me dijese, ni sentía el más mínimo sentimiento con ninguna Religiosa. Las palabras eran para mí como aire, o como si no fuesen, y no me quedaba en la memoria rastro de ellas. Siempre me he considerado sierva de todas, y aún de esto no me hallo digna. A todas horas convidaba yo

a mi alma con las palabras del Real Profeta: Convertere anima mea in requiem tuam: quia Dominus benefecit tibi: Conviértete alma mía a tu descanso que es Dios, porque su Majestad es muy benéfico para ti.

Toda esta luz y presencia de Dios en que siempre se hallaba mi alma inundada era a todas horas, de día, y de noche. Mi cuerpo estaba en el Convento como un animalillo haciendo cuanto le mandaban sin repugnancia y con gusto. Yo por la suma bondad de Dios bien he despreciado a este vilísimo cuerpo, y según los grandes ímpetus que me venían de maltratarlo, ya hubiera acabado con él; pero el considerar que ya no era mío sino de la Religión me hacía no cumplir en él mis deseos, y también que la santa obediencia me ató las manos para castigarlo. Espero en Dios que todos mis deseos y la rectitud de mi corazón con que siempre he buscado su mayor gloria está ya escrito en el libro de la vida.

Muchas veces en el Coro, en la celda, en la ermita cuando estaba en oración era arrebatada mi alma y metida en la bodega de su amado. Allí esta mariposilla era regalada de los más delicados vinos: allí en esta embriaguez celestial entiende, o no sé si entiende las grandezas de su Dios. Algunas veces siente el cuerpo cuando quiere venir este ímpetu del espíritu, y procura él como puede resistirlos; mas como están flacos y miserables no le vale. Otras veces viene de improviso la inflamación del Espíritu Santo y se suspende el alma en un fuego Divino, ni sabe, ni entiende ya del cuerpo. No sé Padre Mío, cómo explicarle esto sino como queda el cuerpo muerto después que sale el alma, así queda él cuando el alma es llevada de Dios o suspendida en Dios en estos éxtasis. No me admiro que los Santos se abrasen en la más rigurosa penitencia y con los más crueles martirios, no haciendo aprecio de cosa de la vida, pues han probado ya en estos favores de Dios las delicias de la gloria.

Después de estas mercedes tan subidas que recibe la mariposilla del alma en la oración, torna ella al cuerpo como a una cárcel tenebrosa, y en nada, nada de esta vida encuentra reposo; siempre está volando y no tiene descanso; y si alguno halla, es en los trabajos, en el padecer con grandeza, en abrazarse con la cruz de Jesucristo, desea la muerte con ansias, no por no padecer; sino por estará segura de ofender a quien tanto ama; desea también la vida, si con ella le ha de dar gloria a su amado. No quiere, ni apetece el alma otra cosa que padecer o morir: o padecer o morir, como decía mi Santa Madre. Hasta que el Señor tornaba a hacerme estas mercedes en la oración, hallaba mi alma descanso y reposo. No quisiera ella jamás salir de este palacio de delicias; mas por cumplir la voluntad de su amado procura conformarse con la vida. Queda el cuerpo después de estos regalos del espíritu como descoyuntado, no dolores de cansancio y en suma debilidad, y a veces dura días. En la misa y Oficio Divino también me hacía el Señor estas mercedes, y el mismo gozo o tormento que sentí en el espíritu me hacía padecer un tormento muy grande, porque el reprimirme por las monjas que estaban en el Coro, me causaba un dolor muy grande en el pulmón de la cintura hasta la cabeza, era dolor extraordinario, y las costillas y el pecho sentía yo se me levantaban y querían abrirse

para que saliera el ímpetu del espíritu. En todo lo del corazón hasta la garganta era una palpitación y aleteo como de una paloma. Este aleteo que le digo a Vuestra Paternidad es muy distinto de lo que se siente con la pulsación de enfermedad.

Quisiera yo tener un poco de memoria para acordarme de lo que he leído de mi Santa Madre para explicarle bien a Vuestra Paternidad lo que ha pasado por esta alma; pero estoy en suma perdición de cabeza, y lo que le he puesto de mi gloriosa Madre ha sido voluntad de Dios, porque estando algunas veces muy ruda y queriéndole decir a Vuestra Paternidad lo que en mi entendimiento está claro he abierto el libro de mi gloriosa Madre y me ha salido lo mismo que le deseaba explicar a Vuestra Paternidad. Incontables son los beneficios que me hizo Dios en los primeros cuatro años de Religión. No había vez que mirara al Santo Crucifijo del Coro que no sintiera en mi corazón una singular merced. Parece se inflamaba mi corazón y se le daban alas para que se encumbrase y metiese en la amorosa llaga de su costado, en donde recibía el alma esfuerzo para padecer muy grandes trabajos por su amor. De distintas maneras le veían mis ojos muchas veces, y unas como si fuese de carne y hueso y con el sudor de la muerte, y en esta dolorosa vista de mi alma y de mis ojos a este Divino Señor, se derretía mi corazón, como dice el Santo Rey David: Factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei.

En el tiempo que rezaba el Oficio Divino en cada verso de los Salmos parece salía mi alma como una mariposilla a meterse en el agujero de la piedra, y ofrecerle allí a su amado los incendios en que se abrasaba del más puro amor para con él, qué desasosiego es el que padece esta palomita mientras le dura este destierro. Cuanto más recibe tanto más desea, ella se deshace por darle alabanza y gloria al verdadero centro de su amor, y como en esta vida no se le concede el amor perfecto de los Bienaventurados y la medida abundante de caridad que a ella se le prepara, éste es el motivo porque esta alma no encuentra verdadero reposo, sino es los ratos que Dios la suspende y engolfa en sus grandezas, y este precioso tiempo le parece a ella un momento. Cuantas veces, Padre mío, estando en el Coro con estos ímpetus de amor de Dios se me salían las lágrimas a la fuerza de estos gozos y penas y era menester suspender la voz en las divinas alabanzas; sentía se me volaba el espíritu y el cuerpo, y deseaba con las mayores ansias correr a la huerta para dar voces y gemidos que llegasen al Cielo, y que se remediara mi pena, aunque yo no deseaba sanar de esta pena, hasta llegar al descanso eterno de aquel mismo que me causaba esta gloria y pena juntas. Insensiblemente se me iba debilitando el cuerpo, como se aumentaban estos favores, y por eso pienso yo que no han sido las penitencias la principal causa de mis enfermedades; sino el amor de Dios en que se ha abrasado mi corazón, y las ansias que he padecido por el amado de mi alma me han consumido y enflaquecido el natural.

Era el amor de Dios tan grande en mi corazón que cuando dijeron que venían insurgentes, (no quería yo que vinieran, y así confiaba en la Santísima Virgen que no

llegarían para que ninguno padeciese); pero por ser mártir de Jesucristo, deseaba yo que viniesen sólo para mí, sin que le hiciesen daño a nadie. Verdadero valor para padecer y recibir la corona del martirio he sentido siempre. Cuando oí que una Carmelita, por huir de los franceses que la seguían se echó en un pozo por conservar su virginidad, ¡qué envidia le tuve, y hubiera yo querido estar allá para acompañarla!

Pasé en esta manera en ansias y deseos de llegar al desposorio espiritual de mi alma con su amado como cuatro años. Estos deseos son del alma, no procurados, sino infundidos de Dios, y harto se padece en estos gemidos y ansias del espíritu, y es a manera de cuando se promete una cosa muy buena que ya uno conoce y la desea para emplear en ella todo su amor. Muy bien sé la comparación con que los santos explican estos deseos que tiene el alma por llegar al desposorio espiritual, y Vuestra Paternidad también; por eso aquí no se lo pongo.

Los cuatro años que restan comienzo ahora con el favor de Dios, y creo haber estado en ellos en las sextas moradas, que es en donde se desposa Dios con el alma, y mi alma ya por el principio de estos cuatro años se sintió herida del amor de su Esposo; pero con qué grandísimas penas y trabajos interiores que de mejor gana tomaba callarlos que decirlos, por no quedar en más tormento; hasta la lección que ha sido siempre mi consuelo y en donde encontraba luz. No me consolaba en lo más mínimo porque no entendía lo que leía, aunque más lo repasaba. Empecé a sentir en mi corazón un tornillo de tormento que cada vez se ha ido apretando más y más, que parece estila el corazón la mirra más amarga que se puede pensar. La misma alma apretada de este grandísimo tormento pide a su Divino Esposo hallar consuelo con este verso del Santo Rey David: Tribulationes cordis mei multiplicatae sunt, de necessitatibus meis erue me. Las tribulaciones de mi corazón se han multiplicado, no dilatéis por más tiempo librarne de ellas. Estas penas interiores es como el fuego en que purifica Dios a las almas para hacerlas dignas del matrimonio espiritual, que en llegando a esta grandísima merced ya descansa el alma a su placer en el lecho del Esposo; aunque ínterin dura la vida no me parece puede el alma gozar cumplidamente de descanso. Y yo pienso algunas veces que cuando ya este espiritual matrimonio se celebra, está el alma ya próxima a salir de esta mortal vida, y que así que el amor de su Esposo le hace dar el fruto de este divino matrimonio, con este dulce encuentro de su amor se rompe la tela de esta miserable vida, para que el alma siga dando sus copiosos frutos en la eternidad. Aquí, en este último grado de amor de Dios, a que se puede llegar en esta vida, entiendo yo es cuando el corazón llega al movimiento circular, que me parece es el que nos quita la vida mortal para darnos eterno descanso en la posesión de Dios.

Mi Madre Santa dice, hablando de los trabajos interiores que aquí en estas sextas moradas pasan las almas, ¡Oh válgame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece esta alma hasta que entra en la séptima morada! Por cierto que algunas veces lo considero y que temo que si se entendiesen antes, sería dificultosísimo determinarse la

flaqueza natural para poderlo sufrir, ni determinarse a pasarlo por bienes que se le representase, salvo si no hubiese llegado a la séptima morada, que ya allí nada no se teme, de arte que no se arrojase muy de raíz el alma a pasarlo por Dios, y es la causa que está casi siempre tan junta a su Majestad, que de allí le viene la fortaleza.

Hay muchos y diferentes trabajo interiores en estas moradas y el cuerpo bien participa de ellos; pero el mayor que me parece se pasa en este camino es un desabrimiento y descontento en el alma y en el cuerpo que ni sabe si ama a Dios, o si le tiene ofendido, porque no le siente de la manera que antes. Yo me hallaba muchas veces y hartos días como entre el Cielo y la tierra, ni consuelo de allá, ni consuelo de acá, ni estaba yo en lo que hacía, sino como una persona ida de sus sentidos, que ya ni entiende ni sabe ni se acuerda de nada. Paréceme a mí que esto sucede cuando verdaderamente morimos a todas las cosas y a nosotros mismos. En el interior se siente un apretamiento, que está afligida el alma, mas no sabe por qué, bien me parece a mí que esto es morir para vivir a solo Dios. ¡Oh regalo de los Ángeles y gloria de mi alma! Quisiera yo poder decirle a mi Padre Fray Anselmo con distinción y claridad todas las misericordias con que me has favorecido pero no encuentro suficientes palabras para declararme.

Estos trabajos que dejo dicho arriba quiero dar a entender en ellos las desolaciones, terribles desamparos, angustias, sequedades y desconsuelos en la oración. Todo esto ha ido interpolado con muy crecidas mercedes de Dios, en donde se lo desaparecen todas las penas al alma. Una vez estando en las horas rezándolas con deseo grande de darle mucha gloria a Dios en sus divinas alabanzas, vi, o se me mostró a poca distancia de donde yo estaba una mano muy hermosa y blanca que tenía cogido un cordón de oro torneado y grueso, y la punta de abajo tenía cogido el corazón, y yo lo vi pendiente de esta mano y de este cordón. Fue esto como enseñármelo. No me acuerdo en qué verso estaba de los Salmos; el tiempo que duró, no sé si serían tres minutos.

Otro día estando también rezando las horas, en el verso: *Inclinavi cor meum ad faciem tuam*, sentí en este tiempo un brazo como de Jesucristo en el corazón, y sentí también que el corazón se deshizo en el Divino incendio que lo abrasaba. Esto me pareció durar como un momento; mas el corazón quedó sintiendo los efectos de esta inflamación del Espíritu Santo. Le digo a Vuestra Paternidad que Jesucristo y el Espíritu Santo porque así lo entendí.

Una vez estaba en oración en el Coro, había música en la Iglesia, era en el jubileo de mi Santa Madre. No sé yo que estaba meditando, o sino pensaba en nada; ello es que sin esperarlo yo sentí en lo más interior del alma o de la entrañas una centella de fuego y de deleite, y me salían unos quejidos como de dolor agudo, y no estaba en mi mano reprimirlos, y mejor se lo quiero decir a Vuestra Paternidad con las palabras de mi Santa Madre: "Parece que hemos dejado mucho a nuestra palomica, y no hemos. Pues comencemos ahora a tratar de la manera que se ha con ella el Esposo, y como antes que del todo lo sea, se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados, que el alma misma

no los entiende, ni yo creo acertaré a decir para que lo entienda sino fueren las que han pasado por ello, porque son unos impulsos tan delicados y sutiles que proceden de lo muy interior de el alma, que no sé qué comparación poner que cuadre. Va bien diferente de todo lo que acá podemos procurar, y aún de los gustos que quedan dichos, que muchas veces estando la misma persona descuidada y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta a manera de una cometa que pasa de presto, o un trueno, aunque no se oye ruido, mas entiende muy bien el alma que fue llamada de Dios, y tan entendido que algunas veces (en especial a los principios) la hace estremecer y aún quejar sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió, más bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida, quejarse con palabras de amor sin poder hacer otra cosa a su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce, y aunque quiera no tenerla no puede, mas esto no quería jamás, mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso que carece de pena en la oración de quietud.

!Oh mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos y qué diferentes las cosas del espíritu a cuanto por acá se puede ver ni entender, pues con ninguna cosa se puede declarar esta tan pequeña para las muy grandes que obráis con la almas! Hace en ella tan gran operación que se está deshaciendo en deseo, y no sabe qué pedir, porque claramente le parece que está con ella su Dios. Me diréis pues, si esto entiende, ¿qué desea? o ¿qué le da pena? ¿qué mayor bien quiere? No lo sé, que parece le llega a las entrañas esta pena, y que cuando de ellas saca la saeta el que la hiere verdaderamente parece que se la lleva tras sí, según el sentimiento de amor que siente.

Todo esto de mi Santa Madre que he puesto lo he sentido en mi alma, y con harta vergüenza y aflicción se lo escribo a Vuestra Paternidad; pero esté cierto Padre mío, que nada le pondero; y solo le digo que muchas y repetidas veces he recibido esta merced del Espíritu Santo; unas veces más, otras menos; unas estando en la ermita sola, y otras en el Coro sola; y con la Comunidad en la oración una vez me dijo una hermana que quizás me había dormido en la oración porque me había quejado con quejidos de muy enferma. Yo la dejé en esta creencia, pues no había para qué decirle otra cosa, y más que yo, lo que me llevaba la atención era procurar ser verdadera Carmelita y Esposa de Jesucristo, por la guarda de los Divinos preceptos, mi santa Regla, y el ejercicio de todas las virtudes, en el amor de Dios y de las monjas (puedo decir que más que a mí misma las amo) encontraba mi seguridad, y los favores indecibles con que el Señor me ha favorecido jamás los he procurado, ni se pueden procurar, porque su Majestad gratuitamente regala así a las almas que quiere, y tal vez a las que más le han ofendido, como yo.

En todas las mercedes que recibí, mi alma experimentó muchas diferencias, porque unas veces entendía me favorecía con ellas el Padre, otras el Hijo, y otras el Espíritu Santo, y otras toda la Santísima Trinidad. Cuando era en lo más interior del alma, una

suavidad y deleite como dádiva de Dios al alma con que la deja rica de muchos dones y gracias para que sea a sus divinos ojos muy hermosa; siente el alma aquí en esta merced como estar en un paraíso de muy olorosas flores y frutos con que se sustenta, recibéndolos por la mano blanda de Dios su Padre, o como si este amoroso Padre regalase a esta alma con un licor suavísimo y de delicado y deleitoso olor, que por la fragancia participan de él todas las potencias y sentidos, y en esta suspensión deleitosa, o descanso de gloria esta el alma el tiempo que es voluntad de Dios. A mí, siempre me ha parecido muy corto. No sé si será aquí en donde le dice la Esposa a su amado: Sostenedme con flores, fortalecedme con manzanas que me desmayo de amor; y verdaderamente en esta oración tan regalada en que pone Dios al alma siente ella misma que desfallece, y mi Santa Madre dice: No penséis hijas mías, que es encarecimiento decir que se desmaya y muere, sino que en hecho de verdad pasa así.

Yo, Padre mío, después que pasaba esta merced deleitosa que hacia Dios a mi alma (en la cual había desfallecido ella de amor) me hallaba con extraordinaria fortaleza para padecer muy grandes trabajos por su amor. Lo que sentía yo pedirle al Señor algunas veces cuando así me regalaba era el que me sostuviera con las olorosas flores de las virtudes, y que me fortaleciera con las manzanas de los trabajos y tribulaciones, dándome su Majestad paciencia para sufrirlos por su amor. Como lo que el alma pasa en estos dulces éxtasis es una anticipación de la gloria, y ya lo prueba y sabe lo que le guarda para una eternidad; dice ella lo que el Apóstol, que no son dignos los trabajos de esta vida para la futura gloria que esperamos.

Ahora digo cuando sentía en el alma que me regalaba el buen Jesús, porque muchas veces hallándome en la oración sentía en lo más íntimo del espíritu, o del alma, el toque delicado del Esposo. Este toque delicado es de ternura y dulcísimo amor que a vida eterna sabe; es como unirse la sustancia de Dios con la sustancia del alma. ¡Oh toque delicado de mi Dios que a vida eterna sabes! que no soy capaz de explicar la dulzura y suavidad que siente el alma con otras palabras que con estas de vida eterna. ¡Oh Esposo dulce de mi corazón que no sé lo que siento cuando me acuerdo de este deleite y gloria en que antes se hallaba mi alma toda absorta en tí, y te podía decir muy bien, ya el vaso de mi alma por tu toque está sencillo, puro y capaz de tí. Este toque suavísimo del Esposo, habla sobre él mi Padre San Juan de la Cruz con especial gracia, y dice estas palabras. ¡Oh pues toque delicado, Verbo hijo de Dios!, que por la delicadeza de tu ser divino penetras sutilmente en la sustancia de mi alma, y tocándola tu delicadamente, la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oídas en la tierra de Canaán, ni vistas en temán. ¡Oh pues mucho y en gran manera delicado toque del Verbo! Para mí tanto más, cuanto habiendo trastornado, los montes, y quebrantado las piedras en el Monte Horeb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante le diste a sentir al Profeta en silbo de aire delgado. ¿Di cómo toca delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa y muy dichosa alma a quien tocares delgadamente, siendo tan terrible y



poderoso! Dilo al mundo, alma. Mas no lo digas, porque no sabe de aire delgado, y no te sentirás porque no puede recibir estas altezas. ¡Oh Dios mío y vida mía, aquellos te sentirán y verán en tu toque que enajenándose del mundo se pusieren en delgado, conviniendo delgado con delgado a quien tanto más delgadamente tocas cuanto estando tu escondido en la adelgazada alma, enajenados ellos de toda criatura, y de todo rastro de ella, los escondes en lo escondido de tu rostro, de la conturbación de los hombres. Abscondes eos in abscondito faciei tuae a conturbatione hominum.

Y de este sumo bien y dulcísimo deleite que en esta merced del Esposo recibe el alma; redunda la unción del espíritu hasta los huesos, y en su manera engrandece el alma a Dios, conforme aquellas palabras del Real Profeta. Omnia ossa mea dicent, ¿Domine quis similis tibi? Todos mis huesos dirán: Dios mío ¿quién habrá semejante a tí? Y porque todo lo que en esto se puede decir, es menos, basta decir que a vida eterna sabe."

Quisiera yo mi Padre Fray Anselmo darle a Vuestra Paternidad todo consuelo en esto que aquí va escrito, pero ya la cabeza de su hija no sirve. He deseado ponerlo todo claro y conforme me fue sucediendo, pero no ha sido posible acordarme. Si algo va con algún concierto es porque Dios me ha dado luz. Lo que le pongo señalado con puntos es de mi Santa Madre, y Padre mío San Juan de la Cruz, para que Vuestra Paternidad lo coteje con lo que mi gran rudeza le dice. Todavía me falta y seguiré con el favor de Dios para mandárselo otro día. Los efectos que dejaba en mi alma el Esposo, después del suavísimo toque, era un deseo grande de imitarlo en su santísima vida y muerte: et cupis disolvi et esse cum Christo.

## SEXTO CUADERNILLO

En las mercedes que pienso yo, es el Espíritu Santo el autor de ellas, sentía yo que su suavísimo y deleitoso fuego arrebatava mi espíritu y me dejaba todo el interior abrasado. Paréceme estar algunas veces en el centro del alma este Divino espíritu como un resplandeciente sol, que alumbra, calienta y vivifica toda el alma y hasta los huesos participan de este Soberano fuego; y el rostro se enciende a veces según yo misma lo he sentido. Hay tanta diferencia en estos favores de Dios que no se pueden numerar. Quería yo cuando la inflamación y deleite era muy grande poder estar en un campo para correr y dar voces; convidando a todas criaturas para que participaran del Divino incendio que me abrazaba; porque se siente como en las entrañas una vivísima llama que no cabe en el interior por la grandeza del incendio. Yo deseaba respirar, mas no es el aire de este mundo el que da refrigerio en este incendio; sino el mismo viento suave del Espíritu Santo que da deleite y esfuerzo al alma, para que pueda ella vivir más y más abrasada cada momento en su amor.

Lo que hace Dios con el alma o con el corazón cuando le hiere, llaga, traspasa y cauteriza me ha parecido a mí es operación con que toda la Santísima Trinidad favorece al alma curándola de toda mancha y dejándola sana y limpia a sus Divinos ojos. Este singularísimo favor, me ha acaecido a mí algunas veces: que estando en oración ya algo inflamada en el amor Divino, pero bien descuidada de esto, siento de improviso que una mano llena de caridad me ha llagado, herido y traspasado el corazón con un dardo de oro; llegando hasta las entrañas; y al tiempo de esto sentí que en la punta tenía el dardo un botón pequeño de vivísimo fuego y de él salían llamas de este dulcísimo fuego y en llegando a las entrañas me las abrasó, y siendo sacado me las llevó consigo, y todo el interior abrasado no puedo decir lo que aquí pasa el alma. Ello es gozo indecible y pena con deleite. Aquí regala el Padre con dádiva de su mano blanda; para deleite de suavidad que siente el alma. El Hijo con la ternura de su toque, y el Espíritu Santo con la inflamación y dulzura de su amor. Todo esto siente el alma y mucho más, y cada vez que torna Dios a regalar así a esta alma ya es como cauterio de fuego que la da en la misma llaga, y esta llaga para lo que toca a esta vida mortal, se va haciendo incurable para los repetidos cauterios que recibe hasta resolverse toda en el Divino fuego que así la abrasa y cauteriza, para sanarla perfectamente con la posesión eterna de su amor en la gloria.

Oh Dios de mi alma y esperanza mía en dónde están aquellos dulcísimos favores y consolaciones indecibles con que regalabas a ésta, tu paloma, qué se ha hecho Jesús mío tu misericordia y tu bondad, que sólo encuentra tu justicia. Mas ¡ay Dios mío! que aunque me tienes en este estado de abatimiento y miseria, en este mismo estado deseo amarte y darte mucha gloria, y te digo con el gran Padre de la Iglesia San Agustín, Escoria

soy Señor pero aunque escoria un Dios quisiera ser para tu gloria. Corta pues Esposo de mi alma, corta, quema y consume en esta vida mortal todo lo que no hay conforme a tí en este corazón. Daos prisa para que mi alma pueda volar a su descanso eterno en tus amorosos brazos, amén.

Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum ita desiderat anima mea ad te Deus, así como el ciervo herido y sediento desea la fuentes de la aguas, así mi alma a tí, Dios mío; Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum; Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. Cuan hermosos son Señor tus tabernáculos, mi alma desfallece y se consume con deseos de entrar ya en tus eternos atrios. Mas yo te ruego ánima mía que no estés triste ni me conturbes. Espera en Dios que remediará tu pena, cuando te encuentre ya purificada de tus culpas; sufre pues con valor y ten paciencia; y que el tiempo de la vida es corto. Pasará para tí, el riguroso invierno y llegará el verano y primavera de la eternidad; en donde cumplidamente goces del centro de tu amor, amén.

Como las ansias de esta alma para llegar a la posesión de su Dios son irremediabiles; por eso Padre mío sin sentir le hablo a Vuestra Paternidad de lo que deseo, y así tomaremos ahora en lo que dejamos. En las grandes mercedes que Dios hace al alma; engolfándola en el conocimiento de sus grandezas y deleites de su gloria; siente ella muy vivamente el llamamiento del Esposo, aquel mismo que pienso yo oiremos en la hora de la muerte: surge, propera, amica mea, columba mea, Formosa mea et veni: Columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae, ostende mihi faciem tuam sonet vox tua in auribus meis; levántate y date prisa amiga mía, Paloma mía, hermosa mía. Paloma mía en los agujeros de la piedra, en la caverna de la cerca, muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos. Muy bien siente el alma ser en estas ocasiones muy agradable a los ojos de su amado, pues experimenta las indecibles caricias de su amor; y este suave llamamiento de Dios; la apresura y da alas para subir a la más alta perfección para la imitación de Jesucristo.

No sólo se contentaba el Señor con regalarme con extraordinarios favores en la oración; sino que a todas horas me rodeaba con su luz y Divina consolación. Algunos días que iba a lavar los hábitos y otras cosas a la huerta, al mismo tiempo del trabajo me ponía Dios en muy alta contemplación de sus grandezas. Si veía los árboles y el oír el canto de los pajaritos, el silencio y soledad de la huerta; la vista del cielo; todo, todo me llenaba de gozo y de consuelo; y esto me era motivo para que mi alma se quedara toda absorta en Dios. Cuantas miradas daba al cielo, otros tantos bólidis daba mi alma a aquellas moradas eternas, esperando con la mayor confianza hallarme algún día en los brazos de mi buen Jesús.

El sol, la luna, las estrellas, el agua, las flores, el rayar del día, es estar

en la soledad de la celda, en el Coro, en la ermita, en servir a las monjas, en todo hallaba contento y todo me era incentivo para más amor a Dios; y le decía yo a su Majestad repetidas veces, si este gozo Dios mío dais a las almas que moran en tu Santa Casa, cuál será el que les aguarda en tus tabernáculos eternos.

Tenía yo costumbre de así que me iba acostar después de los Maitines, ponía la candela en suelo, me quitaba los escarpines y alpargatas y así descalza me tendía en el suelo en medio de la celda como cuando nos tienden en muriendo. Meditaba un rato en la última hora de mi muerte y en la estrecha cuenta que me aguarda. Eso lo hacía yo para aliviar las ansias continuas que he padecido desde que llegue para mi el día hermoso de la eternidad rezaba un de profundis así tendida por las ánimas después de la meditación y me acostaba. Algunas veces que despertaba en la noche era sobrecogido mi corazón de un temor muy grande de los juicios de Dios, y era con tal viveza esta consideración que todo me sobresaltaba, mas yo con la mayor confianza, decía estas palabras: In te Domini esperavi non confundar in aeternum; en ti Señor espero no ser confundida eternamente.

Como este destierro es valle de lágrimas y de peligros no puede encontrar el alma en el verdadero reposo; y esto le hace gemir como tórtola deseando siempre a su consorte, a su amado, a su bien y al centro de su amor; y hasta encontrarlo en la eternidad no tendrá cumplido gozo ni descanso; así que lo encuentre mi alma le dirá: vamos amado mío salgamos al campo de la eternidad, ya pasó el invierno y ha comenzado la primavera, pasiémonos por los jardines y florestas de tu gloria, gocémonos pues con el deleite de las flores y con las hermosas granadas; y con los ríos que corren en este Divino Paraíso de suavísima leche y dulcísima miel, y con el gozo de todos los Bienaventurados.

Todo esto Padre mío que siempre tenía presente sobre todo la posesión eterna de mi Dios; me hacía todos los trabajos de la vida muy suaves; y me daba un valor extraordinario para la penitencia; y para sufrir lo que se ofrece no sólo con paciencia sino también con alegría. Unas veces al tiempo de las más sangrientas disciplinas me venían unas ilustraciones del Cielo como si me pusiesen delante de los ojos los bienes eternos que me esperaban y la basura onada que es todo lo de la vida. Era mi gloria esta penitencia por el gozo que sentía mi alma del derramar mi sangre por amor de que la derramó toda por mí. Me parecía a mí quedar mi alma después de este ejercicio como una azucena en los ojos de Dios. No así los cilicios que sólo me acordaban las penas del infierno; pero todo es nada decía yo para la futura gloria que me espera; exceptuando algunos días que dejaba sentir el Esposo su ausencia a mi alma dejándome en sequedad y tribulación

(no quiero decir que se ausentaba verdaderamente sino que se escondía), todo lo demás del tiempo sentía mi corazón como inflamado en el divino amor; un amor tan grande que me hacía estar siempre llena de gozo. Me hallaba tan fuerte en el amor de Dios que podía decir muy con verdad. ¿Quién será capaz de separarme de la caridad de Jesucristo? Acaso la tribulación, la angustia, la pobreza, las desolaciones, las enfermedades, los desprecios, las tentaciones, nada, nada, ni el cuchillo, ni la misma muerte será capaz de separarme un punto de la caridad de Dios. Con los sermones o pláticas que nos ha predicado Vuestra Paternidad parece que le daban alas de fuego a mi corazón según era el dulce incendio que en él sentía con las palabras de Vuestra Paternidad. En la lección de mi Santa. Madre hallaba una viveza tan singular que me quedaban en el alma impresas sus palabras para guardárselas exactamente.

Ahora le digo a Vuestra Paternidad las visiones que me faltan y me parece han sido en estos dos últimos años, yo siempre he acostumbrado meditar en la oración de la mañana al menos media hora en las virtudes en que resplandecía el Santo del día. Esto es cuando Dios no suspende el alma en lo que es su voluntad que entonces no puede el alma hacer nada de su parte, sino sólo gozar del mar de deleites en que la engolfa su amado.

Muchas veces estando en oración me ha mostrado Dios a mi padre Santo Domingo como si estuviera en su celda o en su capilla de Segovia. Esto es por el modo del lugar en que le vea. En el Coro han sido estas visiones como 5 veces. Siempre me lo muestra el Señor hincado de rodillas con las espaldas descubiertas, teniendo rigurosa disciplina; unas veces con las disciplinas en las manos y sus ojos levantados al cielo o a un Santo Crucifijo, el suelo todo regado de su sangre y de esta sangre salía una azucena muy blanca y hermosa. Parece que Dios me lo ponía delante para que fuese mi Maestro en la pureza, oración y penitencia. Las facciones y color de su rostro se me han quedado impresas como si ahora lo viese y hasta el cerquillo lo tengo presente; y su estatura como de cuarenta y tantos años; esto que he visto con los ojos del alma mejor que con los del cuerpo no han sido en los arrobamientos del espíritu sino en oración de quietud.

Otras muchas veces estando en oración pidiéndole a Nuestro Señor con mucho empeño me ha mostrado su Majestad esta alma verdaderamente grande; tan pura y hermosa a sus Divinos ojos que me quedo llena de admiración y de gozo. Como dos veces he visto a su alma como una paloma de extraordinaria blancura y de su interior le salían resplandores de clarísima luz; y en lo interior de mi alma se me dijo estaba afligido.

Otras veces que me lo muestra Dios me pone delante un racimo de jazmín o una rosa, o una vara hermosísima de azucena o una de nardo, todo de suavísimo olor; y otras veces, entiendo y veo el alma de N. como una redoma de clarísimo cristal y

dentro de esta redoma un Sol resplandeciente, y sus resplandores abrasa a más almas; otras veces como un diamante. Yo le doy infinitas gracias a Dios de que así con tantos dones y gracias haya enriquecido la purísima alma de (texto tachado e ilegible); y todo esto que le digo a Vuestra Paternidad es nada para lo que se me ha dado a entender y no me es posible explicarlo con palabras.

Sólo le digo Padre mío que cuando nos ha predicado (texto tachado e ilegible) han sido sus palabras dardos del amor Divino con que ha sido dulcemente herido mi corazón. No se me puede olvidar la explicación preciosa que hizo de los tres movimientos del corazón oblicuo, recto y circular y desde entonces han sido mis ansias incansables para que llegue mi corazón a este último movimiento, en el cual espero entregar mi alma en manos de mi Creador. Tú sabes ¡Oh Dios mío lo que yo te ruego (texto tachado e ilegible) y así sólo te digo que se lo concedas para gloria y alabanza tuya, amén!

El alma de (texto tachado e ilegible) me la ha mostrado Dios muchas veces en la Oración como un Sol que alumbra y abrasa a muchas almas, y el Espíritu Santo mora de continuo en su alma, y su corazón esta siempre abrasado en el Divino incendio del amor de Dios, ya es verdad que con el mayor empeño encomiendo (texto tachado e ilegible) en mis oraciones, pero esto que he visto no crea Vuestra Paternidad que es flaqueza de mi imaginación o mejor diré viveza sino que Dios Nuestro Señor, me lo ha mostrado así y dado a entender muy claramente.

Otras almas también me las muestra el Señor y me da a conocer le son muy agradables, todo esto es sin procurarlo yo, y pienso lo hace así Dios conmigo para bien de las almas y de la mía.

Con las almas del Purgatorio me suceden también cosas extraordinarias de noche en particular, parece procesión las que se me van acordando, sean parientes o no lo sean y aun las que no conozco, siento me piden oración o que ofrezca al Señor lo que padezco. Una vez en el Coro oyendo Misa vi en el velo de la reja un rostro de difunto tan amarillo y transparente que me causó mucho espanto yo hice cuanto pude por esta alma, otras veces he sentido que algunas almas con mucha eficacia se me acuerdan en la Misa, Oración y Rosario, y hace algún tiempo que aunque me acuerde de ellas no tengo pena, por una certidumbre que siento de que ya están en la gloria, pero con todo yo no dejo jamás de encomendarlas a Dios.

Una vez estando en prima no me acuerdo en cuál de los Salmos vi a la Virgen Nuestra Señora de singular hermosura muy niña, y el precioso niño en sus brazos como de año y medio y dos años, estaba la Sacratísima Reina cerca de mí, y el Niño Jesús con sus manecitas se deshacía por coger mi corazón y casi se desprendía ya de los brazos de su Madre. La Virgen estaba con túnica color de rosa, manto azul y toca blanca, el buen Jesús con túnica color de rosa cerrada hasta la garganta y las

mangas hasta los puños, desde que esto vi siento en el alma que vistan a la imagen del Niño Jesús con modas y creo le desagrada mucho.

Como dos años poco menos hace de esta visión y la tengo tan estampada en el alma que parece ahora me acabó de suceder: la Santísima Virgen y su precioso hijo se parecían en el rostro y en el color blanco y hermoso; todo el empeño del niño era tomar mi corazón, y me pareció según era el ansia de su rostro como cuando las criaturas pequeñas desean mucho alguna fruta y la quieren coger, así me pareció este Esposo Dulcísimo de mi alma en esta ocasión. Yo quedé espantada de este singular beneficio hecho a una vilísima criatura como yo. Esto ni se me había pasado por la imaginación que me podía suceder.

Otra vez estando en la letanía después de Vísperas vi un monte muy alto y empinado y que a la mitad de él o poco más arriba caminaba una monja Carmelita sin capa, sólo con el hábito y escapulario como estamos acá dentro. Esta religiosa caminaba o era llevada casi volando porque los brazos los llevaba en forma de cruz. Este monte entendí ser el de la perfección.

Otra vez me vi o entendí ser yo una oveja que caminaba por una senda oscura y estrecha muy larga, y este camino era solo, esta oveja tenía en la garganta un cordón amarrado y la otra punta la tenía Vuestra Paternidad en sus manos que me iba llevando por este camino hacia Dios que estaba en el término de este camino, y yo procuraba andando de prisa aligerarle el cansancio a Vuestra Paternidad.

Una vez que no pude ir a la hora de Oración de la tarde por estar ocupada en la enfermería, así que acabé me fui para el Coro y faltaba ya sólo media hora de oración, me persigne y comencé a prepararme, no llegaría a un credo el tiempo que había llegado al Coro, cuando fue suspendida mi alma en un mar de gozo, me pareció ver en la gloria, el trono de Dios y el de la Sacratísima Reina de los Ángeles, el trono en donde estaba Jesucristo lo vi muy resplandeciente y cercado de innumerables Serafines; del corazón de nuestro buen Jesús salía un caudaloso río de oro de caridad que inundaba los corazones de todos los Bienaventurados, y los llenaba de un gozo siempre nuevo.

El trono de la Reina de las Vírgenes y Madre de Dios estaba a la diestra del trono de Jesucristo, cercado de innumerables ángeles que le daban gloria y alabanza a la Señora. ¡Oh Madre del amor hermoso y de las Santa esperanza muestra que eres mi Madre manteniendo mi alma en toda pureza y santidad, hasta la última hora de mi muerte, para que hallándome el Esposo con la lámpara de encendidísima Caridad, me abra las puertas de su gloria en donde espero cantar sus misericordias y las

tuyas eternamente, amén!

Sigo ahora en lo que dejamos. Del trono de la Santísima Virgen salía otro caudaloso río de resplandeciente plata que inundaba todos los corazones de los Bienaventurados pero con particularidad a las Vírgenes quienes me parecieron a mí estar llenas de indecible gozo por haber imitado a la Virgen en su virginal pureza, y también las vi vestidas con túnicas blancas de blancura que no se puede ver en esta vida de cosa de la tierra.

Le aseguro a Vuestra Paternidad, mi Padre Fray Anselmo que cada vez que me acuerdo de esta visión de gloria deseo convidar y dar voces a todas las criaturas para que me ayuden a bendecir al Señor por sus grandes misericordias con el Salmo 135: Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in aeternum misericordia ejus.

Es imposible poder decir Padre mío las grandezas que la infinita misericordia de Dios hace con las almas, yo me hallo inundada en estas misericordias y no puedo declararme, pero que mucho es que yo no pueda, siendo la misma ignorancia, cuando al Apóstol no le fue posible explicar lo que vio en la gloria y sólo dijo estas palabras (que no sé si me acuerdo de todas) que ni ojo vio, ni oído oyó, ni jamás podrá comprender el entendimiento del hombre, lo que Dios tiene preparado a los que le aman. Benedic anima mea Domino, et omnia quae intra me sunt nomini Santo ejus. Bendecid anima mía al Señor y todas mis entrañas a su Santo nombre. Benedic anima mea Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus. Bendecid ánima mía al Señor y no olvides jamás sus beneficios. Quisiera yo ser un serafín en el amor de Dios y darle infinita gloria por las misericordias que a manos llenas ha derramado en esta alma.

Una noche después de los Maitines fui a curar a una enferma y en acabando sentí muy grande gusto de dejarla aliviada, cuando salí de su celda serían las once o más de la noche estaba el cielo muy hermoso, lleno de estrellas, yo alcé la vista y alabé a Dios Creador de tantas maravillas, al tiempo de alzar yo los ojos y bendiciendo a Dios, vi muy claramente bajar del Cielo con mucha gloria y resplandor a mi Santa Madre con los brazos abiertos como que venía a amparar esta su viña y Convento (ahora que esto escribo hasta se me espeluzna el cuerpo con el vivo recuerdo de esta visión) yo no sé en qué está este temor que siento, aunque a veces me consuelo.

Cuando bajaba venía hacia a mi de estatura como de 33 años muy hermosa y el rostro encendido, vestida como nosotras con capa, y en muy grande gloria, antes de verla llegar al jardín se me desapareció,



pero en mi corazón sentía unos efectos admirables como que verdaderamente estaba mi Santa Madre con nosotras. Ya las monjas a esta hora estaban recogidas y el Convento en profundo silencio, yo me quedé un buen rato después de esta visión mirando al Cielo, con tristeza, con gozo y con admiración, tengo ahora tan presente lo que vi como si lo acabara de ver. El retrato que escribe el Señor Yepes en la vida de mi Santa Madre es muy cierto y así la vi sólo muy más hermosa por estar en gloria.

Muchas veces que comulgaba sentía recibir en mi alma una suavidad y deleite celestial y una confianza muy grande para pedirle al Señor que verdaderamente se hallaba dentro de mí así como está en el Cielo, a este tiempo parece me decía el Señor: pedid y recibiréis, tocad a las puertas de mi misericordia y te serán abiertas. Teniendo al mismo amo dentro de mi alma, sólo amor y salvación para las almas era lo que yo deseaba y pedía. Otras veces creo que ni estaba en mí, cuando recibía la Sagrada Comunión y todo el tiempo de las gracias y había veces que todo el día no estaba en mí, pero lo más era como media hora después de la Comunión que se hallaba mi alma en una dulce suspensión gozando a su placer en la misma fuente del amor y de la gloria. Todo cuanto diga es menos y nada en comparación de lo que no es posible decir, pues ha sido mi vida un mar inmenso de misericordias y grandezas de un Dios infinitamente bueno para mi alma.

Una vez al otro día de muerto (texto tachado e ilegible) estando yo en oración a las 5 de la mañana oí una voz que me dijo: intra in gaudium Domini tui, esto me pareció como una noticia que me daba un Ángel para que entendiese que ya el alma (texto tachado e ilegible) entraba o había ya entrado en el gozo de su Señor. Yo quedé en lo restante de la Oración con suma paz y serenidad, y aunque después lo encomiendo a Dios y lo encomendaré hasta la muerte pero estoy puedo decir cierta de que está en la gloria, y también siento una cosa que las horas desde la tarde que murió hasta las 5 de la mañana, no estuvo su alma en el purgatorio sino en las manos de un Ángel. No digo yo que tenga manos pues es espíritu pero así lo digo para declarar lo que entiendo. Ya desde ese tiempo ha padecido mi corazón un tornillo que el mismo Dios y bien único de mi alma lo va apretando cada día más y más, que me hace decir algunas veces que se ha hecho Jesús mío tu misericordia, pues sólo siento tu justicia, por qué así me has desamparado.

Todo ha ido creciendo, trabajos del espíritu y los males del cuerpo, y ahora en esta enfermedad todo está en su punto, bendito sea Dios, pero diré con el Santo Job, si de mano del Señor recibimos los bienes por qué no hemos de recibir los males. Vuestra Paternidad, Padre mío es mi consuelo en este camino.

## SÉPTIMO CUADERNILLO

Una cadena preciosa de misericordias y beneficios de Dios ha sido toda mi vida y si lo que conozco es tanto ¿qué será lo que no conozco? Muy bien me dice Vuestra Paternidad Padre mío, que Dios nuestro Señor es y ha sido para mí Magnus Dominus et laudabilis nimis et magnitudinis ejus non est finis.

Magnánimo ha sido este Dios mío para mi alma y digno de ser alabado y su grandeza no reconoce límites. Misericors et Misericors dominus patiens et multum misericors. Benigno y muy liberal ha sido el Señor para mi, paciente y muy misericordioso. Benedic anima mea Domino et omnia quae intra me sunt. Benedic anima mea Domino et noli oblivisci omnes retributiones ejus. Qui propiciatur omnibus unquiritatibus tuis qui sanat omnes infirmitates tuas. Qui replet in bonis desiderium tuum renobavatur ut aquilae juvenus tua.

Por tanto Bendice o ánima mía al Señor y todas mis entrañas a su Santo nombre. Bendice oh ánima mía al Señor y no te olvides de todas sus pagas y beneficios. El cual perdona todos tus pecados y sana todas tus enfermedades. El cual redime y libra tu ánima de la muerte y te acerca de misericordia y misericordias. El cual cumple en todos los bienes tus deseos, y por el cual será tu ánima renovada como la juventud del águila. Todas estas palabras de este Salmo llenan mi alma de gozo y esperanza y muchos de los Salmos del real Profeta me animan y esfuerzan para los trabajos y tribulaciones descubriéndome (aún en medio de mis obscuridades) en Dios un mar inmenso de misericordias.

Comienzo a decirle a Vuestra Paternidad algunas mercedes de Dios que se me quedaron por decir. Una noche que estaba curándole los pies a una monja enferma se me representó Jesucristo en la religiosa y sólo puedo explicar lo que sentí con lo que la gloriosa Magdalena en su corazón cuando ungió los pies a su Divino Maestro. El remedio que yo estaba haciendo a la enferma era con bálsamo y todo quiso Dios representármelo con viveza y que entendiese yo lo que agrada a su Majestad la Santa Obediencia. Desde que comencé a curárselos ya fue con intención de besarle los pies a la enferma así por la santa obediencia como por agradar a Dios con esta humillación. Desde antes de besar los pies de la enferma sentí que el corazón se me inflamó en la lama dulcísimo del amor de Dios y cuando llegó el tiempo de esta humillación, que la hice con el amor y reverencia que si fuese el mismo Jesucristo, sentí por el regalo y suavidad de mi alma, que besaba los preciosos pies de nuestro buen Jesús.

La hermana me dijo que no lo volviese a hacer así con ella, pero no se incomodó. Yo quedé con sumo gozo y contento, y después de los Maitines dijeron el evangelio de la gloriosa Magdalena cuando segunda vez

ungió a su Divino Maestro, y entonces recibió nuevo gozo mi corazón entendiendo que Dios quería imitarse a esta Seráfica Santa en la fineza y grandeza de su amor. ¡Oh amor de Dios! que me consumes y al mismo tiempo con tu poder me sostienes para que yo padezca el más doloroso martirio, muriendo en esta vida mortal con ansias de llegar a ti, como a centro de mi amor. Mi alma a imitación de la esposa de los Cantares está inquieta en este mundo no tanto por las aflicciones que la oprimen como por los deseos de ver a su Dios. ¡Ah quién me diese Jesús mío, alas como de paloma para volar y descansa en vos! Este corazón suspira por tí, centro dulce de mi alma y no ve las horas de decir: Convertiste planctum meum in gaudium mihi, conscidisti saccum meum et circumdedisti me laetitia. Ut cantet tibi gloria mea: et non conpungam. Domine Deus meus in aeternum confitebor tibi. Convertiste mi llanto en gozo, rompiste mi saco y me has cercado de alegría. Para que te cante mi gloria y no sea compungida. Señor Dios mío, eternamente te confesaré. ¡Oh mi Dios!, mi alma desfallece y desea con ansias entrar en la celestial Jerusalén no para gozar de la gloria sino sólo para amarte con la medida abundante de caridad que me tienes preparada. Mas entre tanto, esposo mío, dadme esfuerzo y paciencia para lo que me falta del camino y por tu misericordia recíbeme en tus brazos en la última hora deseada y temida para que esta alma redimida con tu sangre te dé gloria y alabanza eternamente. Amén.

Ahora torno a seguir con los favores que mi alma ha recibido de la suma bondad de Dios. En unas Vísperas del Glorioso San Lorenzo, (de quien yo soy muy devota) con la meditación del Martirio del Santo, y estando cantando sus Vísperas en el Coro, encendió el Espíritu Santo mi corazón en su Divino amor con inflamación y deleite suavísimo y ternura en el alma. El mismo ímpetu del amor y suavidad del gozo me sacaba las lágrimas a los ojos y me fue preciso suspender el canto porque no salieran los gemidos del corazón. ¡Qué hubiera yo dado entonces por estar en la huerta para desahogar mi pena con voces que llegasen hasta el cielo! Como se me ponía delante el corazón de el Glorioso San Lorenzo como una viva llama del amor Divino, con razón santo mío estabas con tanto valor asándote en las parrillas, pues el fuego del amor Divino que te abrasaba dulcemente hacía que te fuera suave el doloroso martirio que te dieron. Alcánzame, ¡oh alma dichosa!, que mi corazón sea abrasado como el tuyo, y que mi muerte sea preciosa en los ojos de Dios. Amén. El día del Santo en la Misa, y en sus segundas Vísperas sentí la misma inflamación y deleite en el alma, pareciéndome se le daban alas a mi corazón, que lo hacían volar al centro de su amor. No

puedo explicar con palabras el dulce incendio en que Dios abrasó mi corazón en estos días, por la intercesión de este mi glorioso mártir.

Otra vez en los Maitines del Nombre de Jesús fue arrebatado mi espíritu con la dulzura y suavidad de este dulcísimo nombre y sentí el alma bañada con un licor suavísimo de gloria. Esto me duró el invitorio y dos nocturnos, me parece, y después en lo restante de los Maitines y parte de la noche sentía en el alma una consolación y gozo celestial.

En una vista que di a Nuestro Santo Crucifijo esta misma noche me la retornó el Señor con un llamamiento en lo más interior del espíritu. Esta voz o llamamiento, fue a que lo siguiera todos los días de mi vida por el camino de la Cruz y de los trabajos. Yo con toda voluntad me abrasé desde entonces con el tesoro precioso de la Cruz y sentí muy de verdad que el mismo Jesucristo, la puso por sus manos en mis hombros. ¡Oh amor de mi Dios qué suaves y gustosos haces todos los trabajos y tribulaciones de la vida a las almas que no tienen otro deseo que agradarte! En esta noche de misericordias sentí el alma toda inflamada y renovada como el ave fénix, con valor extraordinario para empezar una nueva vida por la imitación de Jesucristo.

Con toda verdad he podido decir desde entonces lo misma que el Apóstol. *Quis ergo nos separabit a charitate Christi tribulation? an angustia? an fames?, an nuditas?, an periculum?, an persecution?, an gladius? (sicut scriptum est). Quia propter te mortificamur tota die, aestimati sumus, sicut oves occisionis. Sed in his ominibus superamus propter eum qui dilexit nos. Certus sum, enim quia neque mors, neque vita, neque Angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit me separe a charitate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro.*

Nada, nada del Cielo ni de la tierra será capaz de separarme del amor de mi Divino Esposo. *Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* No me gloriaré en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus.* Vivo yo, más no yo sino que Jesucristo vive en mí. Todo lo que le digo a Vuestra Paternidad lo he repetido en mi corazón siempre pero más se ha verificado en mí esto mismo desde que crecieron las tribulaciones del alma y dolores del cuerpo. *Castigo corpus meum, et in servitutum redigo, ut vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali.* No se me apartaban jamás estas palabras, y ellas me daban esfuerzo para castigar mi cuerpo, y reducirlo a la servidumbre del espíritu, para que así se manifestase la vida de Jesucristo en esta carne mortal. El amor de Dios, Padre mío, hace cosas incomprensibles en el alma que lo posee. Cuando este amor es grande ni se sienten las penitencias

que hacemos. Toda la vida parece corta según era el deseo que yo sentía de padecer con grandeza por amor de Jesucristo. *Quod in praesenti est momentaneum, et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate, aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* Las momentáneas y ligeras tribulaciones que padecemos en esta vida producen en nosotros el peso eterno de una soberana e incomparable gloria. *Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis.* No son condignos los trabajos de esta vida para la futura gloria que nos espera. Ahora en esta enfermedad he conocido claramente que en mí no hay más que la pura nada, y que toda la fortaleza y espíritu que había en mí, era todo de Dios. Yo, es verdad que todo lo bueno que hacía, reconocía ser de Dios, pero no esperaba verme en esta situación de suma miseria y tan larga enfermedad, ahora que me encuentro así bendigo al Señor y le doy gracias por esta misericordia que me hace de hacerme participante de sus tormentos y desamparo que padeció en la Cruz.

Quiero ahora seguir con otras mercedes que he recibido de Dios y de su amorosa Madre y de los Santos. En todas las festividades de la Santísima Virgen, en su oficio, así rezado, como cantado, me se deshacía el alma en el amor y alabanzas de esta Divina Reina. Al mismo tiempo que crecía en mi corazón el amor a la Madre de misericordias, se aumentaba con grandeza el amor de Dios en esta alma. Me parecía el rezo de la Santísima Virgen un instante según era el deleite que sentía mi corazón en sus divinas alabanzas. He conocido, Padre mío, la protección singular que esta Divina Madre tiene a ésta, su indigna hija, y parece hace ostentación de favorecerme. Siempre, siempre ha sido así conmigo, aún en medio de mis ingratitudes con que yo ofendía a su precioso Hijo. Puedo decir que María Santísima me ha conducido de la mano y librádome de todos los peligros en todos los pasos de mi vida y me trajo a su religión, favoreciéndome con singulares mercedes hasta el presente día. Sólo oír nombrar a María llenaba mi alma de celestial gozo, y considerar el trono de su gloria me ponía en unas dulces suspensiones. ¡Qué oración tan regalada me daba el Señor! en los días de esta dulcísima Madre, considerando su pureza y perfección de toda su vida, su profundísima humildad, me arrebatava el corazón y se encendía en mí un vivísimo deseo de imitarla en cuanto pudiese con el socorro de la Divina gracia.

No sólo la he procurado yo amar con grandeza, sino también siempre les deseo infundir a las monjas muy grande amor a esta Divina Reina de los Ángeles y Madre nuestra, diciéndoles que si

queremos hallar a Dios propicio en la hora del muerte, nos acojamos al amparo de su bendita Madre. Los sábados cuando era celadora me gustaba cantar por los claustros después de Maitines esta sentencia y la cantaba recio para que la oyeran las monjas. Si la Estrella que es María te guiare en la Religión, serán perfectas tus obras y firme tu vocación.

Yo, mi Padre Fray Anselmo, me consuelo y me glorío de haber vivido siempre bajo de la sombra y Maternal amparo de la Madre de la Divina gracia, y en medio de mis obscuridades y tribulaciones que ahora padezco, tengo una gran confianza que mi alma sea conducida por la Santísima Virgen a los eternos gozos. Amén.

En las festividades y rezos de mi padre San José, nuestro Padre Santo Domingo, mi Santa Madre, mi Padre San Juan de la Cruz, San Ángelo, San Luis Gonzaga y otros, he recibido también muy particulares mercedes de la suma bondad de Dios. Muchas veces ha sido inundada mi alma al tiempo de oír o decir las lecciones en un mar de deleites, al considerar las grandezas de Dios en sus Santos.

Todo el Oficio Divino ha sido siempre las delicias de mi corazón, con toda el alma bendecía y alababa a Dios y deseaba que todas las criaturas le alabasen. En todo he deseado darle gloria a Dios, y su Majestad me ha hecho el beneficio de que yo sea como las abejas que de todo sacan miel y provecho.

La volteadora de Maitines era mi gusto tocarla todas las noches con la intención de que la oyesen muchas almas y que el sonido les penetrase el corazón haciéndoles desear entrar en la seguridad de los claustros, y también para que si algunos estaban ofendiendo a Dios en esta hora de la noche les diese temor la campana. El mismo fin tenía en tocar a Laudes y así era en todo lo demás que hacía. Hambre y sed de darle mucha gloria a Dios en todo, tenía siempre. Cuantas veces despertaba de noche bendecía a Dios, y deseaba no tener sueño para pasar toda la noche en oración; aunque durmiese mi corazón, velaba en la presencia de su Dios.

En todo cuanto Dios me ha enviado así de consuelos, como de tribulaciones, lo primero que he procurado ha sido mantener mi alma en paz, y serenidad, y lo he recibido todo como de la mano de Dios. En una sola perfección he puesto siempre mi mayor cuidado, que es en la rectitud del alma, teniendo esto, todo lo tenía para ser muy agradable a Dios, y de aquí conozco que esta rectitud ha sido el origen de la paz inalterable de mi alma, y conformidad

con la voluntad del Señor, por la unión continua de mi alma con Dios.

Hablando mi Santa Madre del matrimonio espiritual dice estas palabras, y es lo que mi alma ha sentido. Acá es como si cayendo agua del Cielo en un río o fuente adonde queda hecho todo agua que no podrían ya dividir y apartar, cuál es el agua de el río o la que cayó del cielo o como si un arroyo pequeño entra en la mar no habrá remedio de apartarme o como si en una pieza estuviese dos ventanas, por donde entrase gran luz, aunque entra dividida se hace toda una luz. Quizás es esto lo que dice San Pablo, el (se) que arrima, y allega a Dios, hácese un espíritu con Él, tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado su Majestad al alma por unión, y también dice: *Mihi vivere Christus est et mori lucrum*. Así me parece puede decir aquí el alma porque es adonde la mariposilla que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo porque su vida es ya Cristo, y esto se entiende mejor cuando anda el tiempo por los efectos, porque se entiende claro, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida a nuestra alma, muy muchas veces tan vivas que en ninguna manera se puede dudar, porque las siente muy bien el alma, aunque no se saben decir más que es tanto este sentimiento, que producen algunas veces unas palabras regaladas, que parece no se puede excusar decir, ¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas! Y otras de esta manera, porque de aquellos pechos Divinos, a donde parece está Dios siempre sustentando al alma, salen unos rayos de leche que toda la gente del castillo confortan, que parece quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma, y que de aquel río caudaloso a donde se consumió, esta fuentecita pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquella agua para sustentar lo que en lo corporal han de servir, estos dos desposados. Y así como sentiría esta agua, una persona que está descuidada, si la bañasen de presto en ella, y no la podrá dejar de sentir de la misma manera, y con más certidumbre se entienden estas operaciones que digo; porque así como no nos podría venir un gran golpe de agua, sino tuviese principio, como he dicho, así se entiende claro que hay en lo interior quien arroje, estas saetas y dé vida a esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz, que se envía a las potencias o interior del alma. Ella como he dicho, no se muda de aquel centro, ni se le pierde la paz, porque el mismo que le dio a los Apóstoles cuando estaban juntos se la puede dar a ella. Estas palabras de mi gloriosa Madre le pongo a Vuestra Paternidad para declararle la unión continua de Dios con mi alma, que hace, me parece, dos años que la siento, no sólo en la oración, sino también fuera de ella, o mejor diré que este tiempo ha sido una continua oración, o un vivir ya toda en Dios, porque he experimentado muy de verdad,

que por razón natural con lo que he padecido así en el alma como en el cuerpo ya hace algún tiempo estuvieran mis huesos sepultados en el sepulcro. El alimento que he tomado en estos dos años ha sido cortísimo e incapaz de mantener la vida por un total desgano y porque no me entra por apretura de nervios del estómago.

Por amor de Dios y por la Santa obediencia me hacía toda fuerza para tomar el alimento, pero a la tarde vomitaba más de lo que había tomado, y me quedaba la garganta tan inflamada que no me pasaba ni el agua en dos días. Con este padecer y con los demás dolores estaba mi alma en sumo gozo de padecer por amor de Dios y sin dar molestia a nadie. Encubría cuanto me era posible los males, y deseaba tener espíritu para sufrirlos en silencio hasta la muerte. Las monjas a fuerza de preguntas querían sacarme las verdades y me decían que más quería yo ser mártir que confesor; yo tenía mi buen modo de responderles sin decir jamás mentira que siempre la he aborrecido de muerte. A todas horas podía decir muy con verdad que me iba bien pues se cumplía en mí la voluntad de Dios, y considerando lo que Jesucristo padeció en la cruz es nada cuanto yo he padecido y padezco.

Era el temor de que conociesen las monjas mi enfermedad grandísimo así porque estaba de enfermera, como porque no se afligiesen y me empezasen a curar. Parece que me avisaba el corazón lo que se me aguardaba que padecer en esta cama, no tanto por lo dolores del cuerpo (que estos antes me alegran el alma), cuanto por los desamparos y tribulaciones interiores que he padecido, que no me es posible explicarlo, principalmente en las noches que siento el alma y el cuerpo en un purgatorio de tormento. Todo esto, Padre mío, le he dicho a Vuestra Paternidad para descubrirle mejor el estado de mi alma. Ya sé que Dios ha puesto mi alma en manos de Vuestra Paternidad y le ha dado un conocimiento claro y distinto de ella que ni yo misma lo tengo ni lo tendré con lo que me resta de vida; pero por obedecer a Vuestra Paternidad le digo todo lo que ha pasado y pasa por mí.

En medio de mis temores y repugnancias que tenía a decir mis males, lo mismo era mandarme Vuestra Paternidad que lo dijese que con ciega y pronta obediencia lo hacía. Su voz ha sido para mí la voz de Dios y tengo el consuelo que lo he obedecido y espero obedecer a Vuestra Paternidad hasta la muerte. Dejando ahora estos últimos meses para después, quiero decirle a Vuestra Paternidad una maravillosa manera de visión intelectual en la oración, y algunas veces que comulgo. Esto ha sido después de las visiones imaginarias que ya tengo dichas a Vuestra Paternidad de haber visto a Jesucristo en forma corpórea, así de pequeño, como de grande.

Deseando yo poder explicar a Vuestra Paternidad lo que ha pasado por mi alma intelectual, cuando entiendo y siento ciertamente favorecerme toda la Santísima Trinidad, abrí hoy el libro de mi Santa Madre y me encontré lo



que voy a decir: Quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea y entienda el alma algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña, y metida en aquella morada, por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas, como una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas personas distintas, y por una noticia admirable, que se da al alma entiende con grandísima verdad, ser todas tres personas, una sustancia, y un poder, y un saber, y un solo Dios de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma (podemos decir) por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican, todas tres personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor que venía Él, el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

Ahora que escribo esto me parece habérselo ya escrito a Vuestra Paternidad, según como mi rudeza lo pudo explicar; pero será voluntad de Dios, que mejor lo dijese con las palabras de mi Santa Madre, en cuya bendita alma encuentro retratada la mía, según han sido las innumerables misericordias con que el Señor me ha favorecido. Quisiera yo que este Coro, esta celda, los claustros y todo este Convento tuviera lenguas para que me dijese a voces después de mi muerte las grandezas y misericordias de Dios para con esta alma; no por otro fin, sino porque todas las criaturas amen y alaben al amor eterno y le den gloria.

Muchas veces en la oración sentía yo lo que dice la Esposa: *Dilectus meus, descendit in hortum suum, ad areolam aromatum, ut pascatur in hortis, et lilia colligat.* Mi amado descendió a su huerto, a la era y aire de las especies odoríferas para apacentarse en el huerto y coger lirios. Esto es, sentía yo que el Buen Jesús se recreaba en mi alma como en su huerto deleitándose en los lirios de mis virtudes y gracias que su amor me ha concedido. ¡Qué descanso de gloria era lo que yo sentía con esta amorosa presencia del Esposo en mi alma!, ya no sentía vivir en mí, sino toda en él, y de la suavidad de el alma me salían las palabras de la Esposa en los cantares: *Ego Dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia.* Yo para a mi amado, y él para mí, que se apacienta entre los lirios. Y en las hablas con que a veces en este mismo regalo de su presencia hace el Esposo al alma, dice ella también lo que la Esposa: *anima mea liquefacta est ut locutus est.* Mi alma se regaló luego que le habló el Esposo, y no sólo le habla, sino que la deleita y embriaga en su divino amor y dice ella lo que en los Cantares: *introduxit me in cellam vinariam,*

ordinavit in me charitatem. Metióme en la Bodega secreta y ordenó en mí la Caridad. Aquí en este deleite de amor que goza el alma metida en la bodega de los vinos de su amado, dice ella lo que el Santo Rey David, o mejor diré siente que lo pasa: Quia inflamatum est cor meum, et renes mei commutati sunt et ego ad nihilum redactus sum et nescius. Porque fue inflamado mi corazón, también mis entrañas se comprovieron, y yo fui resulta en nada, y no supe. Queda el alma de esta merced de Dios tan transformada en él, que no sabe, ni entiende ya más que a Dios. Aquí es en donde la vida vieja o imperfecta se aniquila y muere, y comienza el alma una vida toda de Dios y perfectísima, porque Dios es ya su vida. El amor en que se abrasa esta alma le hace decir a su Esposo: Fortitudinem meam ad te custodiam. Mi fortaleza guardaré para ti. ¡Oh grandezas de el amor Divino que no se les encuentra término! El alma que ha comenzado a amar de veras a Dios me parece a mí, Padre mío, que no puede estar en un ser, sino que cada instante ha de ir creciendo en el amor Divino hasta resolverse en este celestial fuego, y renacer en la eternidad de gloria. ¡Oh gloria, gloria que algún día me mostrarás al amado de mi alma en el amoroso seno del Padre, y allí espero me recibirá en sus brazos, para que yo descansa en él eternamente.

El deseo tan grande que he tenido siempre de que el Esposo tenga sus complacencias en la pureza y hermosura de mi alma me ha hecho gustar mucho de este verso de mi padre San Juan de la Cruz o canción en que el Esposo habla a su paloma. La blanca palomica, al Arca con el ramo se ha tornado. Y ya la tortolica al socio deseado, en las riberas verdes ha hallado. Aquí dice el Santo: El Esposo es el que habla en esta canción, cantando la pureza que ella tiene ya en este estado, y las riquezas y premios que ha conseguido por haberse dispuesto, y trabajado por venir a él. Llama al alma paloma blanca por la blancura y limpieza que ha recibido de la gracia que ha hallado en Dios y llámala paloma porque así la llama en los Cantares para denotar la sencillez y mansedumbre de condición, y amorosa contemplación que tiene, porque la paloma, no sólo es sencilla y mansa sin hiel, más también tiene los ojos claros y amorosos, y por eso para denotar el Esposo en ella esta propiedad, de contemplación amorosa con que mira a Dios, dijo allí también que tenía los ojos de paloma, a la cual le dice aquí: Al arca con el ramo se ha tornado. Aquí compara al alma el Esposo, a la paloma del Arca de Noé, tomando por figura aquel ir y venir de la paloma al Arca, de lo que el alma en este caso le ha acaecido, porque así como la paloma iba y venía al Arca, porque no hallaba donde descansar su pié entre las aguas del diluvio, hasta que después se volvió allá con un ramo de oliva en el pico en señal de la misericordia de Dios, en la cesación de las aguas que tenían anegada la tierra. Así esta alma que salió del Arca de la omnipotencia de Dios, cuando la crió, habiendo andado por

las aguas del Diluvio de los pecados, y de las imperfecciones, no hallando donde descansa su apetito, andaba yendo y viniendo por los aires de las ansias de amor al Arca del pecho de su Criador, sin que de hecho, la acabase de recoger en él, hasta que ya habiendo Dios hecho cesar las dichas aguas de imperfecciones sobre la tierra de su alma, ha vuelto con el ramo de oliva, que es la victoria que por la clemencia y misericordia de Dios tiene de todas las cosas, a este dichoso y acabado recogimiento del pecho de su amado, no sólo con victoria de todos sus contrarios, sino con premio de sus merecimientos, porque el uno y lo otro es denotado por el ramo de oliva. Y así la palomica del alma, no sólo vuelve ahora, al Arca de su Dios, blanca y limpia como salió de ella cuando la crió, más aún, con aumento del ramo del premio, y paz conseguida en la victoria de sí misma. Y ya la tortolica al socio deseado, en las riveras verdes ha hallado. También llama aquí el Esposo al alma tortolica, porque en este caso de buscar al Esposo, ha sido como la tortolita, cuando no haya a la consorte que desea. Para cuya inteligencia es de saber el que la tortolica se dice, que cuando no halla a su consorte, ni se asienta en ramo verde, ni bebe el agua clara, ni fría, ni se pone debajo de la sombra, ni se junta con otra compañía, pero en juntándose con Él, ya goza de todo esto. Todas estas propiedades tiene el alma, y es necesario que las tenga, para haber de llegar a esta unión, y junta de su Esposo, porque con tanto amor y solicitud, le conviene andar que no siente el pié del deseo en ramo verde, de algún deleite, ni quiera beber el agua clara de alguna honra y gloria del mundo, ni la quiera gustar fría, de algún refrigerio, o consuelo temporal, ni se quiera poner debajo de la sombra de algún favor, y amparo de criaturas, no queriendo reposar nada en nada, ni acompañarse, de otras aficiones, gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta hallar a su esposo con cumplida satisfacción. Y porque ésta tal alma, antes que llegare a este estado anduvo con grande amor buscando a su amado, no se satisfaciendo de cosa sin él, canta aquí el mismo Esposo el fin de sus fatigas, y el cumplimiento de los deseos de ella diciendo, que ya la tortolica ha hallado en las riveras verdes al socio deseado, que es tanto como decir: ya el alma esposa, se sienta en ramo verde, deleitándose en su amado, y ya bebe el agua clara de muy alta contemplación, y sabiduría de Dios, y fría del refrigerio y regalo que tiene en Dios y frío del refrigerio y regalo que tiene en Dios. Y también se pone debajo de la sombra de su amparo, y favor que tanto había deseado, donde es consolada y apacentada y refeccionada sabrosa y divinamente según ella de ello se alegra en los Cantares diciendo: sub umbra illius, quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo. Esto es: debajo de la sombra de aquel que había deseado, me asenté, y su fruto es dulce para mi garganta.

Toda la explicación de este verso se lo he puesto a Vuestra Paternidad porque creo le será de recreación y consuelo, porque para mí lo es mucho, y es el deseo tan grande que tengo de ser yo esta blanca palomica de Jesucristo, que el mismo

deseo me hace pensar que ya lo soy, y también que me parece me ha acaecido lo mismo que esta dichosa alma con el Esposo.

Imposible me parece, Padre mío, poder decir las luces y misericordias que Dios ha comunicado a mi alma, así en la oración, como en todos los momentos de mi vida: *¡Quam magna multitudo dulcedinis tuae Domine, quam abscondisti timentibus te.* Cuán grande es la multitud de tus dulzuras, Señor, que escondiste para los que te temen. Esto es lo que yo puedo decir con el Santo Rey David y nada más.

Y ahora prosigo con lo que en esta enfermedad he padecido en el interior, que ya de lo exterior me parece he dicho lo bastante. Muy presentes he tenido las palabras del Apóstol, y conozco por experiencia esta verdad. *Virtus, in infirmitate perficitur*, que la virtud en la enfermedad se perfecciona, y también me consuela en lo que padezco, acordarme de lo que le dijo el Ángel al Santo Tobías: *Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te:* que porque había sido acepto a Dios fue necesario que le probase con la tentación. Y lo mismo me acuerdo del Santo Job, que en aceptándole Dios delante de los espíritus buenos y malos por siervo suyo, luego le hizo merced de enviarle aquellos duros trabajos, para después engrandecerlo, como lo hizo.

No puedo negar, Padre mío, que en estos males que Dios me ha enviado me ha concedido su Majestad innumerables gracias y misericordias en este momento que lo escribo tengo luz de ello; pero cuando esta luz falta, todo se borra, y queda el alma en un total desamparo y tribulación quedándole memoria de las innumerables misericordias que ha recibido en toda la vida. Sólo siente esta alma a su Dios como Juez, porque esta pobre alma así combatida con los terribles temores que la espantan no encuentra en sí otra cosa que infidelidades, que le parece ha cometido contra su amado. ¡Oh dolor incomparable éste que atraviesa al alma cuando piensa tener ofendido al amor dulce de su corazón! ¡Oh Padre mío si yo pudiese decirle a Vuestra Paternidad las amarguras y tribulaciones que ha padecido en esta enfermedad mi espíritu! Mas no encuentro cómo decirlo, en particular las noches son para mí las más penosas, en donde se me representa con viveza el Divino Juez, y mi alma en su presencia dándole estrechísima cuenta de todos los momentos de mi vida. Me he acordado muchas veces según es el temor y desfallecimiento que siento en el alma, de lo que le dijo Ester al Rey Asuero: *Vidi te, Domine, quasi Angelum Dei, et conturbatum est cor meum prae timore gloriae tuae.* Te vi, Señor, como Ángel de Dios, y fue conturbado mi corazón por el temor de la grandeza de tu gloria. Pues si así desfalleció la Reina delante de un hombre mortal, ¿qué es lo que sentirá mi alma en la presencia de su Dios y de su Juez?

Pienso yo si el Señor le ha dado licencia al Demonio para que me atormente

con tentaciones de desconfianza, y con ruidos y miedos que me horrorizo de noche, porque oigo estando bien despierta retumbos grandísimos debajo de la tierra, y otros ruidos de distinta manera en la celda, y aún de día es esto también cuando están las monjas en los actos de Comunidad en el Coro. Yo no soy nada cobarde, pero ahora estoy en un estado que todo me atormenta.

De varios modos son las penas con que Dios está purificando mi alma en esta enfermedad, pero su misericordia es tan grande que después de algún tiempo que me deja padecer sin consuelo, se compadece de mí mostrándome el remedio, según la tribulación que padezco. Si me hallo como en agonía de muerte por los desamparos terribles del alma, se me acuerda el desamparo de Jesucristo en la Cruz, y esto me consuela y esfuerza. Si estoy afligida con los temores que me pone el demonio, se me acuerda que los pasos por donde el Señor me ha guiado son pruebas y señal de mi eterna salvación. Si me apuran los dolores del cuerpo se me acuerdan los tormentos de los mártires. Si apura el tornillo del corazón o la apretura de la prensa en que muchas veces los siento se me acuerda que este tormento al fin se ha de acabar y llegará para mí el día hermoso de la eternidad. Lo mismo me sucede para el ejercicio de las virtudes, que me recuerda Dios en esta cama, la obediencia del Santo Patriarca Abrahán, el rendimiento de Isaac, la mansedumbre del Santo Rey David, la paciencia del Santo Job, la caridad del Santo Tobías, la oración y silencio de nuestro Padre San José, la humildad de la Santísima Virgen, y el modelo perfectísimo de todas las virtudes de Cristo Jesús, su hijo y mi Divino Esposo.

Así como Vuestra Paternidad me ha enseñado así tengo de continuo presente a Jesucristo clavado en la Cruz lleno de dolores y cubierto de llagas y desamparado de su eterno Padre, todo por nuestro amor y remedio. Así tengo, Padre mío, no sólo presente delante de mí a este Divino Modelo, sino también gravado en mi corazón a todas horas. ¡Ojalá! y fuese yo huerto cerrado y fuente sellada de mi dulce Esposo y amor eterno de mi alma Jesucristo, y que este, este hermosísimo lirio y frondoso árbol de gracias, de amor y de vida eterna, estuviese plantado en el centro de mi alma. Ya sé Dios y bien mío que en todas las almas moras, pero no en todas estás contento, y ésta es la compasión que me deshace el alma. Yo quiero, Esposo mío, que en esta alma toda tuya moras a tu placer sin que haya cosa en ella que te disguste. Sea este huerto, Jesús mío, tu soledad deliciosa en que te recrees y descanses, y te suplico encarecidamente les des luz y conocimiento a todas las almas para que entiendan su alteza y dignidad, y desprecien todas las basuras viles de la tierra. Concédeles amado mío que se abrasen en el fuego de tu divino amor para que aquí te den

gloria y después en la eternidad. Amén.

Una merced me ha hecho Dios en estos días, creo tres veces que estando yo desconsolada de que mis oraciones no llegasen a sus divinos oídos, al mismo tiempo de pensar esto me mostró el Señor, por visión imaginaria y también intelectual la milagrosa escala de Jacob. Esta escala la ví de oro, que de junto de mi cama hasta el Cielo llegaba, y los Ángeles que subían y bajaban por ella con las oraciones y despachos de Dios, vestido de hermosa blancura, y una como banda, o beca azul que se les veía por un lado. Esto lo ví, con los ojos del alma, y entendí que Dios oye con agrado mis oraciones. Hoy día del tránsito de la Virgen me dio un frío muy extraordinario en el cuerpo, y sentí un esfuerzo grande en el alma para padecer con resignación y paciencia los mayores trabajos por amor de Dios, y sentí también muy grandes deseos de darle a su Majestad en mis trabajos mucha gloria. Es tanto el deseo que tengo de agradar a Dios que es mi gloria el padecer y estar crucificada con Jesucristo hasta la muerte, y así puedo decir muy bien estas palabras del Santo Job: *Gloria mea semper innovabitur*. Mi gloria siempre se innovará como la palma, y se multiplicarán mis méritos en el padecer.

Hoy mismo en la tarde y en la noche ha permitido el Señor me mortifique y aflija grandemente una hermana, y el sufrimiento que he procurado tener me ha acrecentado todos los dolores de este cuerpo miserable, añadiéndose malísima noche y angustia grande en el corazón. No he tenido otro consuelo en esta noche que darles licencia a mis ojos para que derramen abundantes lágrimas salidas de la mirra más amarga del corazón. Dios me ha dejado sentir en esta ocasión todo el peso de mi miseria, y me ha dejado sola en esta terrible batalla. El espíritu y el natural han tenido cruelísima guerra, pero al fin el espíritu consiguió completa victoria con la gracia de su Dios; y en este sufrimiento y angustias que he padecido le ofrezco a la Santísima Virgen una rosa para su gloria hoy víspera de su Asunción gloriosa. ¡Oh día éste verdaderamente grande para mí!, y que muchas veces algunos años en este día, ha sido mi alma inundada en celestiales dulzuras y consuelos. Quién me diera alas como de paloma mañana para volar en compañía de la Reina de los Ángeles y Madre mía, María Santísima, y en aquellas moradas celestiales descansar ya, y bendecir eternamente a la hermosa Paloma del Espíritu Santo y Madre de Dios. Ampárame, ¡Oh Virgen Madre de Misericordias!, y te suplico rendidamente y postrada a tus plantas me guardes abrazado en el amor de tu precioso Hijo, a mi Padre Fray Anselmo, para que me asista en la última hora de mi muerte, en la cual deseo, ¡Oh Madre dulcísima! recibas de sus manos esta alma para entregarla en las de mi Criador. Amén.

El día 7. De este mes en que rezamos a S. Alberto, estando yo

sentada en la cama a la hora de Vísperas, y considerando la devoción tan tierna que este glorioso Santo profesó siempre a la MD divina Reina asistía a las Vísperas del Santo en medio del Coro, en el lugar que dice las oraciones la edomadaria junto al atril. Estaba la hermosísima Madre vestida con túnica y escapulario pardos, como nuestro hábito, y su manto y toca blanca de extraordinaria blancura, y en la cabeza una corona imperial, y en sus brazos su precioso Hijo, y la Señora asistida de Ángeles y en grandísima gloria. Su rostro apacible y hermoso como se lo vi la primera vez, y el Niño lo mismo. Mostraba la amantísima Madre mucho agrado en las alabanzas que las monjas daban a su Jesús, y a su amante hijo San Alberto.

Yo he tenido grandísimo consuelo con esta visión de ver que así ampara la Gloriosísima Virgen Madre a las almas de este convento. Yo aquí, en esta cama, y las monjas gozando de tal compañía. ¿Cuándo te veré, dulcísima Madre en esta celda, en que paso tantas penas?, Bien conozco no ser digna de que me visites, pues soy sierva inútil y sin provecho. Mas tú, ¡Oh Reina Purísima de las vírgenes! Quieres ser mi Madre amorosa, y yo deseo con ansias ser verdadera hija tuya. Sé Señora que me amas, y siento tu singular amparo, no permitas pues que yo te desagrade en lo más mínimo. Asísteme y defiéndeme de todo mal Madre de mi corazón, hasta conducirme a la seguridad de la gloria, en donde siempre te alabe. Amén.

Otra merced que Dios me ha concedido en esta enfermedad es que en medio de los desamparos y ansias que padece mi alma por su amado he sentido que los Ángeles llevan mi alma como en bólide que pasa en un momento y le muestran para aliviar su pena el lugar donde descansa su amado, aquí no he sentido el gozo que en otros favores de Dios, sino sólo en aquel instante alivio y descanso en mis penas.

Un sueño deleitoso que tuve viernes en la noche, ante víspera de nuestra Madre Santísima del Carmen, fue que aquí en la cama me dio la comunión nuestro Ilustrísimo Prelado, con la tercera parte de la hostia grande y la cruz entera muy resplandeciente en la parte de la hostia, y una particulita pequeña que se desprendía de ella, temía yo se cayese, pero no fue así, sino que entró todo y la boca se me llenó con este purísimo y celestial pan con una suavidad y deleite indecible, y luego el alma de dulzura y gozo inexplicable. Era la blancura de la hostia extraordinaria. Por un lado de la cama vi unas monjas que no conocí con velas encendidas en las manos, y por otro lado muchos Ángeles en la forma que acostumbro verlos,

también con velas encendidas; las luces de estas velas eran como estrellas muy resplandecientes. Como no se lo acabé de decir en el papelito, porque no cupo, se lo pongo todo aquí a Vuestra Paternidad con este sueño de consuelo se aliviaron esta feliz noche las ansias que padecía mi alma por recibir el día de la Virgen la Sagrada Comuni3n. Varias noches en esta enfermedad he soñado que oigo misa de Padres que ya est3n muertos y siempre la misa es en el altar de la Santísima Virgen, y en una de estas ocasiones, vi, no ser pintada la Señora, sino viva con el mismo rostro que yo la he visto de veras con su corona de oro imperial y toda vestida de blanco y su manto azul. No quisiera Padre mío, decirle sueños porque me da vergüenza, pero esto deben de haber sido verdades.

¿Qué será, mi Padre Fray Anselmo, lo que yo estoy sintiendo en el alma hace días? Es un tormento indecible en el corazón tan apurado, que ya parece no tengo fuerzas, y de la amargura del corazón se salen las lágrimas, siento que lo aprietan en una prensa, y que destila este mártir corazón zumo de amarguísima mirra. Es una agonía de muerte sin consuelo. Yo misma no comprendo qué es lo que padezco en esta multitud de tribulaciones del alma y dolores de este miserable cuerpo. En las noches padezco lo que sólo Dios sabe. Es tanta la amargura que me oprime que me suelto a llorar que se puede que a veces ni esto me es posible, y le clamo al Señor diciéndole en la amargura de mi alma. ¿Por qué así me desamparas Dios mío? ¿Qué te has hecho Jesús de mi corazón, que no te encuentro? Ya no puede mi flaqueza en este mar de tormentas, sino sostienes con tu mano misericordias. Estas y otras palabras le digo al Señor nacidas de la suma aflicción de mi alma.

Hoy día de la Reina de los Ángeles y Madre querida de mi corazón, después que recibí la Sagrada Comuni3n me dio el Buen Jesús y Esposo mío, una hora de descanso y consuelo verdadero, vi con los ojos del alma muy claramente una Paloma hermosa y muy blanca con un ramo verde en el pico que se entraba en una hermosísima arca de singular blancura y gracia. Yo pensé si era mi alma esta Paloma, y el ramo verde, la paz y esperanza que sentí infundirme en el alma al tiempo de recibir el Pan de los Ángeles y la verdadera Arca de mi amor Cristo Jesús. El meterse la Paloma en el Arca entendí era meterse mi alma toda en Dios. Después de entender yo esto, me puso Dios otra significación de esta merced: Declarándome que esta preciosa Arca en donde mi alma se metió es la Virgen Madre y Señora mía, y el ramo verde, la esperanza y consuelo que tiene esta afligida alma en la divina Madre de Misericordias. ¡Oh Madre queridísima de mi corazón! Mira que en ti pongo toda mi confianza para que el Rey y Esposo eterno de mi alma me reciba en sus brazos, habiéndome su Majestad encontrado en aquella última hora que me aguarda con la lámpara encendida de caridad y el aceite de las buenas obras, esto es lo que deseo y te pido, Dulcísima Reina, Piedra imán



de mi corazón, no me desampares jamás y llévame contigo a las moradas eternas. Amén.

Otras muy singulares mercedes he recibido del eterno amor y su bendita Madre en esta enfermedad. Dos veces me ha mostrado Dios el corazón de muy preciosa forma, todo de purísimo oro y plata, por el oro entendí la riqueza de caridad que posee, y por la plata, su gran pureza. Otra vez vi a la Santísima Virgen vestida de blanco de singular hermosura, y en sus amorosas manos el corazón de lo mismo de precioso, como lo vi en las manos de Dios. Este último me ha sucedido hoy día de la Asunción de la Santísima Reina, segunda vez, la primera vez vi a la Señora en el Coro, y a mi alma allí también, aunque mi cuerpo acá en la cama. Esta visión de hoy fue acá en la celda, y es primera vez que se me concede que yo vea en la celda a esta dulcísima Madre.

Una monja de este convento me da Dios a conocer o a entender con habla interior que le es muy agradable, que es verdadera Israelita, hoy me dijo Vuestra Paternidad lo que significa Israelita.

Todo cuanto me ha pasado en toda la vida lo he escrito a Vuestro Paternidad del modo que mi rudeza ha podido. Todo el corazón se lo he descubierto, Padre mío, sin encubrirle lo más mínimo. Ahora le ruego por amor de Dios que me pruebe y sondee bien mi interior, mortificándome en todo aquello que Vuestra Paternidad entienda desagrado yo a Dios.

Yo me abrazo de nuevo día de la Asunción de la Reina del Cielo con la Cruz y mortificación de Jesucristo hasta la muerte, y con el auxilio de la divina gracia, viviré lo que me resta en paciencia y humildad. Una de las cosas que arrebatan mi espíritu en dulcísimo éxtasis y deseo ardentísimo de ser verdaderamente humilde a los ojos de Dios, era oír las palabras del Evangelio por San Mateo, que dijo Jesucristo: Confiteor tibi Pater, Domine Coeli et terrae quia abscondisti haec a sapientibus, et prudentibus et revelasti ea parvulis. A ti te confieso Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque escondiste tus secretos a los sabios y prudentes del mundo, y los revelaste a los párvulos. Esto es, los humildes y sencillos de corazón. De estas almas, por quien bendijo Jesucristo su Padre he deseado yo ser siempre, no por otra cosa que sino porque sea mi alma arca del amor y huerto cerrado de delicias en que mi amado Esposo se recree.

El sábado en la noche oí en sueños estas palabras muy claras que decían en el introito de la Misa que yo estaba oyendo. Elevata est magnificencia tua super caelos Maria Mater gratiarum. Ni me acordaba yo que en el rezo de nuestra Madre Santísima del Carmen tenemos esta antífona, y con todo oí estas palabras muy claras. Deseo, Padre mío, obedecer a Vuestra Paternidad y darle consuelo en lo que le escribo y que sea para gloria de Dios y de su amorosa Madre y para bien y provecho de esta alma. Amén.